

VÉNGANOS TU REINO



Juan Gabriel Vázquez

VÉNGANOS TU REINO

Juan Gabriel Vázquez

Copyright 2020 por Juan Gabriel Vázquez.

Facebook: [Pirata JG Vázquez](#)

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, sin permiso escrito del autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Agradecimientos especiales a:

Diseñadora de portada: Flor Figueroa

Contactar en: https://www.fiverr.com/florfi/create-a-minimalist-cover-for-your-book?context_referrer=guest_homepage&source=inspired_by_recent_views&ref_ctx_id=4b3112e2-aa12-4bf9-b201-a75fa1af767b&context=recommendation&pckg_id=1&pos=1&is_pro&context_alg=recently_vi

Para: Pao

Al escribir una novela de ficción se debe exagerar, porque si no, no se acercaría ni tantito a la realidad

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[AUTOR](#)

[OTRAS NOVELAS](#)

La televisión es el opio del pueblo
Ernesto Sábato

Capítulo 1

Manhattan, New York, 23 de marzo de 1994

Rodney R. Campbell, salía de una tienda, con un par de cafés y una cajita con donas. En los lugares donde compraba lo conocían muy bien, por esa razón siempre le acomodaban todo lo que pedía, de tal forma que lo pudiera llevar con una sola mano, para así tener la otra siempre desocupada. Eso lo había aprendido en la academia de policía.

No era que en la academia les enseñaran hacer malabarismo con el café y las donas, si no que el objetivo era tener siempre una mano desocupada, para en caso de acción no tuvieran problema en tomar su pistola, para enfrentar el problema. Como muchas veces, esa regla la llevaría a cabo ese día.

Éste, tenía cuarenta y seis años, medía casi uno noventa de estatura y aunque era descendiente afroamericana, no era realmente, negro. Era de tez oscura, ojos negros, pelo negro, con canas blancas o viceversa al igual que su barba. Era delgado, gracias a lo saludable que solía comer, debido a su religión. Aunque algunas veces se permitía algunos gustos, como ese día.

Apenas había entrado la noche y empezaba a llover. Aunque no hacía realmente frío, si se sentía algo fresco. Era típico de la entrada de la primavera. Se dirigía a su patrulla, donde su compañero lo esperaba, cuando vio como un tipo corría con las dos manos juntas, e inmediatamente alcanzo a ver como otro lo venía persiguiendo con un arma apuntándole.

— Detente — escuchó ordenar al hombre armado, al pasar justo en frente de él.

Inmediatamente tomó su pistola y aventó lo que tenía en la otra mano.

— Alto, deténganse — gritó esta vez el, al mismo tiempo que empezaba a correr.

Vio cómo su compañero se bajaba de la patrulla y empezó a gritarles lo mismo mientras emprendía la carrera hacia ellos. Observó como el tipo de atrás se abalanzaba hacia su presa, alcanzándolo y tirándolo.

— Soy agente encubierto — gritó el tipo armado, mirando a los dos compañeros que habían llegado a ellos.

— No se mueva — ordenó uno de ellos.

— Tire su arma y alce las manos — dijo esta vez Campbell.

— Está esposado y es mi prisionero — dijo el agente encubierto, señalando al que se encontraba en el piso.

El compañero de Campbell se dirigió al tipo que estaba armado, mientras el encañonaba al otro y le ordenaba que se parara.

— Deme su identificación — escuchó decirle su compañero, al supuesto agente encubierto.

— No tengo — contestó —. Pero le daré la clave y un numero donde podrá llamar, para confirmar lo que le digo.

En un instante dio el número y la clave. Campbell vio como llegaban refuerzos y como estos retiraban a los curiosos del lugar, mientras su compañero se dirigía a su patrulla para hacer la llamada.

— Aquí tiene — dijo el policía que había ido hacer la llamada, unos minutos después, entregándole nuevamente su arma.

— Gracias — dijo el encubierto —. Denme a mi prisionero — agregó esta vez viendo a Campbell.

— Nada más llenamos el reporte y te lo daremos — se adelantó a contestar el mismo que había hecho la llamada.

— Es que no entienden — objetó el agente encubierto con cierta autoridad —. Es que nunca estuve aquí y nunca sucedió esto.

— Mire, no me importa quien sea usted, pero está en mi ciudad y hay reglas que hay que seguir.

— ¿De verdad quiere volver a llamar por teléfono? — esta vez el agente se posó autoritariamente en frente del policía.

— Déselo — dijo el policía a Campbell, un poco molesto y con el rostro enrojecido —. Voy por la patrulla.

Cuando regresaba con la patrulla vio como un par de patrullas más se retiraban y también alcanzó a ver como Campbell, que ya había dado el prisionero y se dirigía hacia él, volvió a regresar y le dijo algo al agente encubierto. El agente le respondió algo corto y se retiró. Después vio como Campbell, nuevamente se dirigía a la patrulla.

— ¿Que le dijiste? — preguntó intrigado, apenas Campbell cerró la puerta de la patrulla.

— Le desee suerte — contestó.

Sonora, México. A esa misma hora.

— Porque estoy convencido de que podemos tener un mejor país del que tenemos — el candidato a la presidencia por parte del PRI (Partido Revolucionario Institucional), hizo una pausa, mientras escuchaba la algarabía de la multitud.

Aprovechó para tomar un sorbo de agua y secarse el sudor de su frente, con un pañuelo blanco, que empezaba a percutirse.

Francisco Villavicencio, era el nombre del aclamado político. Tenía cuarenta y cinco años. Media cerca del metro ochenta, era algo corpulento, pelo castaño claro, igual que el color de sus medianos ojos, su nariz un poco chata y cuando hablaba o sonreía, relucían sus blancos dientes, contrastando con su piel morena.

Ese día se encontraba en una de sus últimas campañas políticas, para poder aspirar al voto, de todos aquellos que aún estaban indecisos. Y como siempre, cada vez que hablaba, la multitud se enardecía, por la esperanza que daba al hablar, con esa facilidad nata. Esta misma facilidad de palabra, hizo que sus seguidores aumentaran, ya que hablaba con convencimiento y con esa claridad que solo lo tienen aquellos que se creen lo que están diciendo.

Hacía más o menos un mes que su retórica había tomado un rumbo sorprendente, tanto para el pueblo, como para sus compañeros de su partido, incluyendo a su mentor y padre político y que era el actual presidente de la República. Salomón Gálvez.

Zócalo de la ciudad de México. Un mes antes

— El PRI, es el hijo mayor, de la Revolución Mexicana y como tal, tenemos la obligación y el compromiso de ser un buen ejemplo para los hijos menores de la misma — dijo esa ocasión en

el zócalo de la ciudad de México —. El PRI, debe demostrar que su Madre Revolución, no engendró un paracito al acecho de sus víctimas, sino un hijo sano, fuerte y con la convicción de hacer el bien.

El Candidato, hizo una pausa, y vio como la gente estaba hipnotizada por lo que había dicho. Sobre todo, advirtió, como la mayoría de los políticos que se encontraban al frente de todo el público, se removían en sus asientos, algo incómodos. Un instante después el zócalo estallaba en aplausos y hurras aprobando y respaldando lo que el candidato decía.

— El PRI, debe demostrar que, antes que nada, está para velar los intereses del pueblo mexicano y no los intereses de otros países — continuó diciendo, pero tuvo que detenerse por el estruendo que hacían los aplausos del público.

Los políticos que se encontraban allí aplaudían desconcertados, más por la espontaneidad de la gente que por convencimiento propio. Ellos sabían, porque había dicho eso el candidato y es que, en el partido, era bien sabido que él no estaba de acuerdo con el TLC (Tratado de Libre Comercio). Pero hasta ese momento, no lo había dicho en público.

— Claro que México, quiere y se debe abrir a la competencia económica internacional — continuó con su oratoria el candidato —. Pero esta competencia solo valdrá la pena, si todas y cada una de las familias mexicanas salen beneficiadas y no solo un sector de la sociedad mexicana....

Así siguió su discurso ese día, que tardó un poco más de lo establecido, por la continua interrupción de la muchedumbre por tanto aplauso al candidato.

Esa misma noche se reunió con el presidente de la república, ya que en un par de días tendría un recorrido por las principales ciudades del país.

— Muy emotivo el discurso — dijo serenamente el presidente Gálvez a su pupilo.

El presidente Gálvez, le estaba pegando a los sesenta años. Medía uno setenta y cinco de estatura y aunque no era del todo atlético, si conservaba una buena fisonomía, tenía unos ojos grandes y café oscuros, era de piel blanca y tenía abundante cabello que lo hacía ver más joven de lo que era.

— Aunque pareciera que no estás muy contento con tu partido — volvió a decir el presidente, al ver que el candidato estaba callado.

— Usted sabe que, si hay alguien que quiere a esta institución, ese soy yo — contestó por fin el candidato.

— Vaya que lo sé. Pero el que no te conoce diría lo contrario — alegó el presidente Gálvez, dirigiéndose a una mesita donde se encontraba unas botellas de vinos, wiskis y una jarra de agua.

— Señor presidente, usted sabe en el fondo que es un error minimizar los problemas que tenemos actualmente — contraatacó el candidato Villavicencio, suavizando su voz.

— ¿Problemas? — contestó el presidente extendiendo sus manos, que sostenían cada una, un vaso de agua.

— Usted sabe que ese famoso tratado, tarde que temprano nos va a pasar factura — alegó el candidato, recibiendo y agradeciéndole el vaso de agua que su mentor le ofreció.

— Ahora resulta que además de un buen orador, es usted un vidente — dijo el presidente, un tanto divertido y antes de tomar un sorbo de agua.

— No hay que ser un vidente para adivinar lo que va a pasar en unos años, cuando los pequeños empresarios quieran competir con las empresas extranjeras.

— Usted se preocupa mucho

— Me preocupo porque este tratado va a afectar a los más necesitados de este país y eso le dará la razón al Movimiento de Chiapas — argumentó el candidato, refiriéndose al movimiento

zapatista.

— A que nuestro amiguito enmascarado — dijo el presidente, sabedor que ese tema lo tocaría también su pupilo.

El candidato iba a decir algo más, pero se detuvo cuando el presidente Gálvez alzó su mano izquierda, extendiéndola para que no dijera nada, mientras con su otra mano se llevó su vaso de agua a la boca.

— Lo dicho, usted se preocupa mucho — dijo nuevamente el presidente cuando terminó de tomar agua —. Todos esos temas que usted quiere solucionar, no lo va a hacer gritándole al pueblo.

— Pero pre.....

— Escuche — le interrumpió el presidente Gálvez al candidato Villavicencio, impidiéndole que hablara —. Si de verdad quiere llevar a cabo su agenda, lo primero es que gane la presidencia. Baje un poco de tono a sus discursos con esos temas que no lo llevan a nada, si los quiere mencionar, méncionelos por encimita pero no se profundice y ya cuando esté en la presidencia, entonces hablamos — concluyó el presidente, caminando hacia la puerta. Dando por terminada la reunión.

— Gracias señor presidente — se despidió el candidato dándole la mano, entendiendo que no iba a lograr nada ese día.

El presidente Gálvez dio un suspiro cuando se quedó solo. Sabía que no había logrado persuadir a su pupilo. Por eso mismo, se quedó muy inquieto al verlo salir de su oficina, no muy convencido de lo que habían hablado y aunque lo quería realmente, sabía que no podía hacer nada si seguía esa línea en sus discursos. Después de todo, él era solo el presidente y hasta un presidente tiene un patrón y no necesariamente era el pueblo. Y si ese patrón le ordenara algo, tenía que acatar las órdenes, órdenes que serían hacer que su pupilo renuncie a su candidatura a la presidencia, por las buenas o por las malas.

De regreso a Sonora.

— Porque si bien es cierto — continuó su discurso, el candidato del PRI, ese veintitrés de marzo en Sonora —. El país, en estos últimos años, pareciera que está en vías de desarrollo, hay algunas cosas que se deberían revisar. Una de esas cosas es nada menos que el TLC. — El repentino griterío de los que estaban presentes, hizo que el candidato callara nuevamente.

Un hombre, como de cuarenta y tantos años, se encontraba entre la multitud, y apenas escuchó lo que había dicho el candidato, empezó a retirarse del lugar. Había escuchado una de las dos palabras claves que le habían dicho para que entrara en acción. El candidato a la presidencia sería asesinado ese mismo día.

— Porque sé que, a la larga, si no tenemos un Tratado de Libre Comercio, justo y ecuánime, esto nos puede acarrear graves problemas en un futuro no muy lejano — escuchó el hombre que se alejaba lo más rápido posible, aunque sin llamar mucho la atención.

Entre empujones, empellones y algún salivazo en su cara de algunos que gritaban, logró salir de la multitud. Llegó a un carro negro, cuatro puertas, con franjas grises a la mitad y se subió. Arrancó y prendió el radio.

Después de un rato y un poco lejos de donde se encontraba el mitin del candidato del PRI, apagó el radio para organizar sus ideas. Le habían dicho que apenas escuchara una mención del TLC o del problema con Chiapas, que dejará ese lugar y se dirigiera a unos kilómetros de allí,

donde se encontraría una carretera más, formando una cruz. Le habían dicho que siguiera derecho a unos 5 kilómetros más o menos y se detuviera. Después esperaría una camioneta azul. De cuatro puertas, también.

Mientras manejaba veía como algunos carros más iban por el mismo rumbo, pero al llegar a la carretera que cruzaba, casi todos daban la vuelta, de hecho, solo un carro que iba delante, cruzo la carretera y siguió el mismo camino que él. Redujo un poco la velocidad y vio cómo se alejaba el dicho carro. Llegando más o menos a la distancia que habían acordado se detuvo, prendió un cigarro y se puso a fumar, mientras esperaba.

Un poco más de una hora, alcanzó a divisar, como una camioneta de color azul, levantaba polvo y se acercaba rápidamente. Su trabajo estaba por terminar.

La camioneta se detuvo atrás de su coche. Esperó un poco y después se bajó. Inmediatamente se dio cuenta que dentro de la camioneta estaban tres hombres. Dos adelante y uno atrás.

— Traemos a nuestro héroe — dijo el tipo que se encontraba en el volante.

Un instante después, su cerebro voló en la cabina. El tipo de atrás no tuvo tiempo de reaccionar y también fue acribillado con dos tiros instantáneos, en el pecho. El tercer hombre estaba paralizado, sin saber que era lo que estaba pasando.

— Pásate a mi coche — ordenó al tercer hombre —. No me mires así, te acabo de salvar la vida — dijo al ver que el tercer hombre no le hacía caso —. O creías que estos hombres te iban a dejar vivo.

El tercer hombre, aun sin saber por qué, obedeció y se subió al coche. Un poco después, se alejaban del lugar. Un par de kilómetros adelante, se detuvieron.

— Bájate — le dijo a su acompañante —. Quiero que esperes aquí. Otro viene por ti y te llevara a un lugar seguro.

El tercer tipo se le quedó viendo sin moverse.

— Si quisiera matarte lo hubiera hecho cuando mate a tus acompañantes — dijo enseñándole las manos, para que viera que no tenía la pistola.

Nuevamente obedeció. Se bajo y esperó que aquel tipo le disparara. Sin embargo, vio como el asesino, arrancó nuevamente y empezó a darse la vuelta para regresar de donde vino, un brillo de esperanza en sus ojos se dibujó. Sin embargo, cuando el asesino paso por enfrente de él se detuvo solo un instante, extendió su mano y disparó. Solo necesitó un disparo y vio como el tercer tipo caía muerto. Había matado a los tres hombres que le habían encargado. No pudo, no estremecerse al saber que este tercer tipo que había matado no tenía mucho que había asesinado a Francisco Villavicencio, el candidato a la presidencia, por parte del PRI.

Capítulo 2

La Barca, Jalisco, enero 2001.

Luca estaba por terminar de cavar un hoyo. Soltó el pico que tenía y tomó la pala para sacar la tierra. El agujero tenía más o menos dos por uno y un poquito más de dos metros de profundidad.

El clima, a pesar de ser invierno estaba agradable. Era una noche sin luna, sin embargo, las estrellas le daban al lugar un poco de luz. Anocheció cuando empezó a cavar y como a las diez de la noche, había terminado su labor. Lo había hecho relativamente rápido, aun cuando el lugar no tenía una tierra blandita y era difícil cavar en ella, más porque estaba al lado de una pequeña montaña y había muchas piedras, haciendo más difícil el trabajo.

Aun así, Luca estaba preparado para dicho trabajo y aunque tenía tiempo suficiente, como para hacer el hoyo más despacio, no era su estilo demorar sus labores, por lo cual trabajó lo más rápido posible y ya después tomó el tiempo que le quedaba para descansar.

Después que terminó su trabajo, sacó sus herramientas y salió del hoyo. Se sentó al lado, consciente de que tenía tiempo para lo que iba hacer después. Con la ayuda de las estrellas apreció a lo lejos unos sembradíos de agave. En el lugar había muchos sembradíos de esta planta. Un poco más cerca vio unos árboles de aguacate que los sembraban para venderlos.

Para haber llegado a donde se encontraba, había pasado los sembradíos de los agaves y el terreno donde estaban los árboles de aguacate. No fue fácil llegar a ese lugar y por ese mismo motivo lo había escogido para hacer el hoyo. Después de un rato de estar sentado allí, agarró el pico y la pala y entre unos arbustos los escondió para que nadie los encontrara, aunque sabía que eso era prácticamente imposible, ya que nadie podría llegar allí.

Después de eso empezó a caminar por donde había venido. Sacó su reloj (que siempre lo andaba trayendo dentro de su bolsa del pantalón), miró la hora y lo volvió a meter. Era un poco más de las once de la noche y el trabajo apenas empezaba. Esa manía de andar con el reloj en el pantalón, lo había optado, por las recomendaciones que le habían hecho, cuando se graduó de asesino y que era no llamar mucho la atención.

Le habían dicho que fuera lo menos visible posible y él pensaba que al tener el reloj en su muñeca, se prestaría a que cualquiera le preguntara la hora y así tendría alguien que lo reconocería si alguien más quisiera saber de él. Por eso creía que llevar el reloj fuera de la vista de alguien, esta posibilidad era prácticamente nula.

Unas dos horas después y a unos kilómetros de allí, una camioneta negra, salía a toda velocidad, de una cárcel de alta seguridad. Adentro iban cuatro tipos, tres de ellos usaban el uniforme de la Policía Federal Preventiva (PFP). El cuarto hombre iba cubierto con una capucha, en la cabeza y esposado.

La camioneta era cerrada y eran las que usaban para trasladar a los reos de una cárcel a otra. Un policía iba manejando, mientras los otros dos se encontraban en la parte trasera y bien armados, con el hombre encapuchado.

— Quítenme las esposas y esta mierda de mi cabeza — ordenó el hombre encapuchado.

Los dos hombres armados, voltearon a ver al conductor a través de la reja que dividía la cabina del chofer, éste simuló no escuchar la orden

— ¿No escucharon, hijos de puta? — dijo el hombre esposado, con un tono de autoridad.

Los dos hombres armados y que se encontraban sentados delante de él, lo quedaron viendo. Un instante después uno de ellos se acercó al encapuchado.

El hombre encapuchado, al no tener ninguna respuesta, supo de inmediato, que algo iba mal. No era tonto y sabía que lo habían traicionado. Un zumbido en su cabeza, confirmó sus sospechas. El uniformado que se acercó a él, le había pegado con la cachapa de su arma. Nadie se hubiera atrevido a tocarlo, si todo lo que le habían dicho fuera cierto.

Lo único cierto era que lo habían traicionado. Aunque esto se lo esperaba desde que había caído en la cárcel. Sin embargo el hecho de que lo habían dejado manejar sus negocios desde donde estaba encerrado, le había hecho olvidar esta posibilidad, incluso llegó a creer lo que le habían dicho a cerca de porque lo tenían en la cárcel.

Le habían dicho que en la cárcel estaba seguro, ya que afuera había muchos que lo querían matar y cada vez era más difícil protegerlo. Así que teniéndolo en la cárcel y con la protección del estado era intocable. Y también le dijeron que solo lo tendrían un tiempo en lo que las cosas se arreglaban. Parte de lo que le habían dicho, sabía que era verdad y por eso aceptó. Sabía que era verdad que había muchos que lo querían matar.

Un poco antes que lo metieran a la cárcel, había protagonizado una balacera en un centro comercial. A pesar de que muchos de sus colaboradores resultaron muertos él pudo salvarse y escapó. Así que aceptó, sabedor que tarde o temprano (y el estando en una cárcel), habría muchos que quisieran adueñarse del territorio, ya sea sus enemigos o sus propios amigos, dejándolo fuera del juego. Ese día había llegado y ahora el narcotraficante más poderoso del país, apodado “El Chacal Del Norte”, estaba acabado.

El Chacal Del Norte, era el narco más poderoso del país, tanto en poder monetario como político. Era uno de los hombres más ricos del mundo y controlaba gran parte del negocio de las drogas, incluyendo el pago de todos aquellos países que quisieran pasar su droga por México, rumbo a Estados Unidos.

El Chacal era de tez blanca, ojos cafés claros, la nariz la tenía un poco desviada a la izquierda debido a un accidente de pequeño, aunque era apenas visible, era un poco regordete, bajo de estatura, inteligente y gustaba de la buena lectura. Había tenido muchos aciertos en su carrera delictiva, así como muchos errores. Pero era de aprendizaje fácil y aquellos errores, difícilmente los volvía a cometer.

Aunque cometió dos errores. Grandes errores que lo tenían, donde se encontraba ahora. Uno de ellos, fue haber aceptado la proposición de aquel detective influyente, a quien le pagaba religiosamente, una gran suma de dinero en sobornos para dejarlo trabajar. Este detective había sido quien lo convenció para que se dejara encerrar y que estaría allí, el menor tiempo posible.

Así comenzó su vida en la cárcel. De vez en cuando llegaban y lo trasladaban a otra prisión, alegando que era por su seguridad. Pasó más de un año de un presidio a otro, hasta que llegó a la cárcel de alta seguridad y le dijeron que sería la última que conocería, ya que la próxima vez que lo sacaran, sería para liberarlo y como era una cárcel de alta seguridad podía manejar sus negocios como quisiera, podía tener visitas de sus amigos o de todas las personas que él ordenara y que en ese lugar nadie atentaría en contra de su vida

El segundo error, fue confiar ciegamente en uno de sus mejores amigos y que era quien más lo visitaba. Era uno de sus más cercanos colaboradores, a quien todos lo llamaban “el Camaleón”. Se llamaba Gonzalo Salcedo Flores. Media uno ochenta, era moreno, ojos negros, nariz mediana y una boca un poco grande. Le gustaba hacer ejercicios, en especial, levantar pesas, debido a eso, tenía un cuerpo musculoso.

Él era el que llevaba las órdenes a toda la gente del Chacal. Por eso era quien más lo visitaba y esto hizo que se diera cuenta de cómo la cárcel había cambiado a su patrón y amigo. Años atrás había mucha gente que lo quería matar y era porque últimamente al Chacal se le veía muy alterado y mataba por nada. Pero estando en la cárcel (que más bien parecía un palacio), le había sentado muy bien ya que, si era cierto que seguía al frente de los negocios, el no estaba envuelto en las disputas que se llevaba afuera y el ambiente apaciguador de la cárcel lo hizo un poco menos nervioso y más tratable.

La cárcel lo apaciguó tanto que, aunque se había dado cuenta que los negocios en lugar de subir iban en bajada, el no hacía mucho drama y aunque el Camaleón se daba a respetar, incluso con medidas a veces más severas que el Chacal, no era lo mismo. Después de todo, solo había uno capaz de resolver todos los problemas y era él, pero desde adentro era imposible. También algunas de sus gentes empezaron a bajar la cuota, alegando que la situación se estaba poniendo difícil.

Fue tanto el bajón del dinero, que hasta el detective a quien le pagaban lo notó y si no ponía cartas en el asunto iba a llegar el día, en que el dinero que le daban no alcanzaría para tener a todos contentos, en especial a su jefe. Así que un día llegó hasta el penal y se entrevistó con el Chacal.

— ¡Mi gran amigo!, que milagro que me visita — dijo el Chacal, acostado en su cama bastante cómoda.

El detective se dio cuenta que el Chacal estaba bajo los efectos de la coca.

— Tenemos algunos problemas que resolver — dijo el detective, mirando a su alrededor.

La prisión que tenía El Chacal era más lujosa que un hotel de cinco estrellas. Tenía un juego de recámara, un pequeño bar, su baño individual, televisión y en un rincón una especie de sala comedor.

El Chacal miró fijamente al detective, era un tipo algo gordo, aunque parejo, alto (aunque a decir verdad todos le parecían altos) tenía sus cincuenta años, cabellera negra, aunque escasa, por lo cual se le veía más frentón. Era de piel morena, ojos cafés, una nariz grande, igual que la boca y una barba y bigote bien cuidado. Su nombre, Antonio Huerta.

— ¿Tenemos?, yo estoy a toda madre — dijo el Chacal, levantándose de la cama y soltando una carcajada.

— ¿Podemos sentarnos? — dijo el detective Huerta, apuntando hacia una pequeña mesa que contaba con dos sillas.

El Chacal sin decir nada se dirigió al dicho lugar. Antes de sentarse abrió un cajón de un mueblecito que tenía y sacó un sobrecito, con un polvo blanco.

— ¿Gusta? — dijo, extendiendo el contenido en la mesita.

— Es una visita de negocios.

— ¿Qué es lo que quiere detective? — dijo el Chacal después de aspirar la coca —. Lo escucho.

— Mi jefe está preocupado por lo que pasa con tu familia — comenzó —. Me han quedado a deber mucho dinero para tu protección y sobornos, para que puedan hacer sus negocios sin problema. Hasta ahora no he tocado el dinero que le toca a mi jefe, pero de seguir así, llegará el día que no tendré ni para él y entonces sí que habrá problemas.

— Por mí se pueden ir a la mierda — Respondió el Chacal —. No fue mi idea meterme aquí.

El detective Huerta, conservó la calma. Era un hombre negociador, inteligente, audaz, no por nada había llegado hasta donde se encontraba ahora. No era la primera vez que había negociado con el Chacal, aunque a decir verdad esta versión del Chacal, lo ponía nervioso, ya que en verdad

le parecía que había perdido el interés por sus negocios. Y la mayor prueba era lo que estaba haciendo, dentro de la cárcel, algo que jamás había hecho fuera. Meterse cocaína.

— Si me dejaran salir — dijo el Chacal, levantándose —. Podría ayudarles.

El detective había considerado eso, aunque lo vio muy improbable y ahora viendo al Chacal como regresaba con otra bolsita de coca, le parecía imposible que pudiera resolver los problemas, afuera. Aunque no visitaba mucho al Chacal, siempre estaba informado de sus actividades.

Le informaban cuando metía prostitutas, cuando hacía fiestas, cuando compraba todo lo que el dinero podía comprar y hasta cierto punto sabía que eso iba a pasar. Pero lo que no se imaginó, era que estando en la cárcel se volviera adicto a la coca, ya que cuando estaba afuera y en frente de sus negocios, se sabía que no consumía drogas y ahora al verlo así, realmente le preocupaba.

— No te doy esperanzas — dijo el detective, cuando el Chacal volvió a sentarse —. Pero veré que puedo hacer.

— Entonces los problemas que tenemos, está en sus manos — dijo el Chacal, aspirando un poco más de coca.

— Te tendré noticias — dijo el detective y se levantó.

Capítulo 3

Una semana después, el detective Huerta se encontraba en la oficina de su jefe (ambos sentados), para dar parte de lo platicado con el Chacal.

— ¿Y tú qué opinas, crees que sea bueno sacarlo de la cárcel? — preguntó su jefe, después que le contara todo.

— Si fuera el mismo que antes de entrar a la cárcel, sería buena idea — contestó el detective Huerta —. Sin duda el pondría todo en su lugar. Pero ahora, tengo mis dudas.

El detective Huerta, vio cómo su jefe se levantaba de su asiento y se dirigió a donde tenía una mesita con una botella de whisky. Sirvió dos copas y regresó a sentarse.

El jefe del detective Huerta, era un senador con mucho poder. Se llamaba, Ernesto Portillo. Tenía cincuenta y dos años. Era alto, gordo, canoso, piel blanca, ojos verdes, nariz y boca mediana y siempre estaba bien vestido.

— ¿Y qué hay de su amigo? — preguntó el senador Portillo, después que le diera una de las copas que había servido.

— ¿El Camaleón?

— Ese mismo, ¿crees que nos puede servir?

El detective Huerta se quedó pensando, analizando lo que su jefe quiso decir. No le estaba preguntando si creía que el amigo del Chacal lo traicionaría, sabía que todos tenían un precio. Lo que le estaban preguntando era que si podía llevar en paz el negocio del bajo mundo.

— Sería una buena opción — contestó.

— En unos días voy a tener una reunión con mi jefe — dijo el senador —. Mientras considera al tal Camaleón.

El detective Huerta salió de esa reunión, sabiendo que la era del Chacal había terminado, solo había que saber, ¿cómo?

Dos semanas después, tres agentes de la Policía Federal Preventiva (PFP), se dirigían a la cárcel de alta seguridad, donde se encontraba encerrado el Chacal, con órdenes de sacarlo de allí. Les dijeron que no iban a tener problemas ya que los custodios de dicha cárcel estaban al tanto.

Cuando llegaron y se presentaron, casi de inmediato vieron salir al jefe del cartel, con dos guardias al lado. El chacal iba esposado y con capucha.

— Tiene que firmar aquí — dijo uno de los guardias, señalando una hoja, a un agente de la PFP.

— Con gusto — dijo uno de ellos, recibiendo la hoja.

El guardia vio a su alrededor, le pareció extraño que no hubiera más camionetas para trasladar al preso y aunque él nunca había visto el traslado del Chacal, sabía que era considerado de alta peligrosidad y recordó cuando lo llevaron a esa cárcel que iba toda una manada de camionetas de la PFP y un helicóptero. Más sin embargo ahora solo estaba una camioneta.

Aun así, tenían órdenes de sus superiores que ese día, pasando un poco más de la media noche, debían tener listo al Chacal para su traslado. Lo que no les dijeron era lo que pasaría unos instantes después cuando el Chacal ya estuviera dentro de la camioneta.

— Aquí tiene — dijo el agente que había recibido la hoja

Los otros dos agentes, agarraron al Chacal y lo metieron a la camioneta blindada. Después de cerrar la puerta tomaron sus armas y apuntaron hacia los guardias. Estos solo tuvieron tiempo de

abrir bien grande los ojos antes de caer acribillados. Después los tres agentes empezaron a disparar la fachada del penal, a pesar de que tardaron como un minuto disparando, lo hicieron sin preocuparse ya que del lado de la cárcel jamás hubo respuesta. Después de haber disparado, el agente que firmó el papel se subió adelante y arranco la camioneta, mientras los otros dos se subían atrás con el Chacal.

— ¿Todo bien? — preguntó el Chacal, con la adrenalina hasta el cielo, debido a los disparos.

— De maravilla — dijo uno de los agentes, con una sonrisa que el Chacal no pudo detectar, por la capucha que llevaba.

Esa respuesta y los disparos fueron lo que empezó a poner nervioso al Chacal, ya que si bien, él estaba enterado que lo iban a sacar para que se fugara, le habían dicho que todo ya estaba planeado y que se iba a ser sin ninguna bala, contrario a lo que había pasado. Este hecho hizo que el Chacal, empezara a pensar que había sido traicionado y después de ordenarles que le quitaran las esposas y al no tener respuesta sus temores se acrecentaron y fueron confirmados con el golpe que le habían dado, con la culata del arma del agente. Después que reacciono, del golpe, no tuvo ganas de decir nada solo sintió una gran nostalgia, ya que sabía que el que lo había traicionado era nada menos que su amigo, el Camaleón.

Un día antes su amigo, lo había visitado. Como siempre, después de saludarse con afecto, empezaron a repasar los acontecimientos, desde el último día que se vieron. Lo puso al tanto de todo y hasta el final, le menciono algo que lo dejó sorprendido.

— Tu amigo, el detective, fue a verme, hace unos días.

— ¿Para qué? — preguntó el Chacal, sorprendido.

— Me dijo que tiene todo preparado, para que salgas de aquí.

— ¿Me van a trasladar?

— No. Te van a dejar ir y después alegaran que te fugaste.

El Chacal se levantó de donde estaba sentado.

— Todo está preparado — dijo el Camaleón, sin dejar que el Chacal dijera algo —. Se va a hacer sin ningún disparo.

— Pero ¿qué dirán de mi fuga? — preguntó impaciente.

— Dirán que te saliste escondido y que nadie se dio cuenta.

— ¿Y por qué te fue a ver a ti y no vino a mí para decirme todo eso? — Preguntó el Chaca, algo desconfiado.

— El detective me dijo que no quería ser visto por aquí, por obvias razones. Para que nadie sospechara de él.

— ¿Para cuándo está planeado?

— Para mañana mismo.

— ¿Tan pronto?

— Al parecer todos están nerviosos por lo que está pasando en el negocio.

— Y, ¿para dónde me van a llevar?

El Camaleón sacó un boleto de avión y se lo enseñó. No necesitó preguntar porque le enseñaba el boleto, sabía que el boleto era para él, aun con el nombre diferente. También se había dado cuenta para donde lo iban a llevar.

— Todo está preparado para recibirte en ese país.

— No me estás jugando chueco, ¿verdad?

— Por favor, como podría hacerlo. Además, te quieren afuera para que arregles las cosas, tú sabes que yo soy más obrero que jefe.

Esa respuesta tranquilizo al Chacal. Era cierto que su amigo estaba encargado de los negocios y hasta cierto punto él sabía que, si los negocios iban mal, era precisamente porque el Camaleón, como él lo había dicho, era más obrero que jefe. Era un hombre de acción, no de estar rodeado de otras gentes tratando de pensar la mejor forma de actuar. El solo actuaba. “Tu di culo y yo cago”, le había dicho una vez.

Así que, después de que el Chacal aprobara lo de su fuga, el Camaleón le dio los pormenores. Le dijo que a la media noche los guardias lo irían a traer a su celda e inmediatamente lo entregarían a los agentes de la PFP, y de allí se dirigirían al aeropuerto con rumbo al país indicado y ya estando allá tendría la visita del detective Huerta, donde planearían lo que tendrían que hacer, para mejorar las cosas en los negocios.

Después de aclarar todo, ambos amigos se despidieron, dándose un fuerte abrazo. El Chacal se quedó acostado, pensando en todas las posibilidades de una traición, pero recordando que el Camaleón era su gran amigo, descartó esa posibilidad. Mas, sin embargo, si bien era cierto que el Camaleón le hizo saber de la visita del detective, no le había dicho todo lo que habían hablado. Tampoco le contó que no se habían visto una sola vez, sino dos.

La primera vez que lo vio y conoció al detective Huerta, fue en un pequeño departamento, donde vivía. Era de madrugada cuando éste llegó, dispuesto a descansar.

— Buenas noches — escuchó. apenas encendió la luz.

Inmediatamente se llevó la mano derecha al cinto, pero no tuvo tiempo de sacar su pistola, ya que una figura apareció delante del apuntándole.

— Dese la vuelta — le ordenaron.

— No sabe con quién se está metiendo — dijo obedeciendo.

— Se equivoca — le contestaron —. Si hay alguien aquí, quien no conoce al otro, es usted, señor Camaleón.

— ¿Quién es usted? — preguntó dándose la vuelta nuevamente, ya desarmado.

— Detective Huerta, a sus órdenes.

Inmediatamente, recordó el nombre. Su amigo el Chacal, siempre lo nombraba.

— ¿Qué desea?

— Hablar de negocios — dijo el detective, devolviéndole el arma.

— Si quiere hablar de negocios, usted sabe dónde encontrar a mi jefe.

— Un jefe que parece haber perdido interés en los negocios — dijo el detective Huerta.

— ¿Esta insinuando que traicione a mi amigo?

— Yo no insinuó nada. Yo hablo siempre claro.

— No lo está haciendo esta vez.

— Es difícil hablar de negocios parados y con armas en las manos.

— Le voy a decir una cosa y quiero que se lo grave bien — dijo el Camaleón —. Yo no traiciono a mis amigos, primero muerto que hacer eso.

Al decir esto, miró la pistola, no había que ser muy inteligente para saber que el detective le había quitado las balas.

— Pues, eso precisamente va a pasar — dijo el detective —. Y no solamente usted va a morir, sino toda su “familia”, cuando los del otro cartel se apoderen de su territorio.

El detective, vio como el Camaleón se quedó pensativo. Era cierto. El otro cartel se venía apropiando del territorio que antes era de ellos y al estar el Chacal en la cárcel, estos se aprovechaban de la situación.

— Tu jefe, está acabado y tú puedes salvar a tu familia de los buitres — prosiguió el detective Huerta —. Pero si no aceptas, estoy seguro de que algunos de tus otros amigos aceptarían y tú quedarías como un simple narco más. Y que difícil se está poniendo la calle para los narcos últimamente.

El Camaleón vio como el detective Huerta se quedaba callado, para que este asimilara lo que le habían querido decir.

— Te estoy dando la posibilidad de ser algo más que un simple narco — continuó el detective —. Te estoy dando la posibilidad de que seas el jefe de esta familia. Y si aceptas tendrás toda mi ayuda.

— ¿Qué clase de ayuda? — dijo suavizando el tono.

— Si tus enemigos ahora se están apoderando de tu territorio es porque tienen mejores armas que tu — contestó el detective —. Yo te facilitaré el camino para comprar mejores armas, que la de ellos, o ¿cómo pensabas recuperar el terreno perdido, yendo a verlos para que te lo devuelvan?

El Camaleón asimiló lo que el detective le había dicho. Si bien ellos tenían armas, desde que habían encarcelado al Chacal, cada vez era más difícil comprar nuevas armas.

— Piénsalo — dijo el detective —. Y la próxima vez que hablemos de negocios, quiero que lo hagamos sentados y sin armas en las manos. Sería un buen paso para llegar a ser jefe.

Después el detective le dio un papel con una dirección. Era un lugar solitario.

— Te veo allá en dos días, para ultimar detalles.

Dos días después ambos personajes ultimaban detalles con complicidad de la fresca madrugada.

— No mataré a mi amigo — dijo el Camaleón.

— Eso lo sé — contestó el detective —. Lo que quiero es que vayas a verlo y le digas que está preparada la fuga. Que has hablado conmigo y que te dije que es hora de que vuelvan las cosas en su lugar.

— Él no es tonto — dijo —. Sabrá que hay algo raro.

— Tal vez, pero tu trabajo será convencerlo de que no hay nada de raro en mi proposición y que solo lo necesitamos afuera porque los negocios andan muy mal.

El detective vio un poco de tristeza en el rostro del Camaleón.

— A tu gente les dirás que el Chacal se fugó a otro país y que por seguridad solo tú mantendrás contacto con él.

— Pedirán pruebas de su fuga.

— Eso déjanoslo a nosotros. Amaneciendo la fuga del Chacal será noticia internacional. Y todos creerán eso, nadie sospechará que, en lugar de estar prófugo, estará bajo tierra.

Nuevamente el detective Huerta vio aparecer la tristeza en el rostro del Camaleón.

— Mi gente, seguramente me cuestionará, porque no les tuve al tanto.

— Les dirás que era un secreto. que si bien el Chacal a estado encerrado aún hay enemigos que lo quieren ver bajo tierra, así que entre menos gente lo supiera sería mejor.

El Camaleón miró al detective y no pudo negar que éste era un hombre preparado.

— Tú tomarás las decisiones. Sin embargo, para tu gente y tus enemigos, cada paso que des será atribuido al Chacal.

— Entonces no seré el jefe a la vista de todos.

— Por el momento no. Si todos supieran que tú eres el jefe, entonces corres más peligro, ya que tus enemigos te buscarían y no pararían hasta eliminarte. Con la creencia de la fuga del Chacal, los mantendrás ocupados buscándolo. Mientras tú, con la ayuda mía, volverías a

recuperar el territorio que te han quitado.

El Camaleón notó, como el detective le hablaba como si el Chacal ya no estuviera vivo.

Después de un buen rato, la reunión se acabó. No había marcha atrás, el Camaleón se había condenado y había traicionado a su amigo. Se consolaba pensando que lo había hecho para salvar a toda la familia. Así que ya todo decidido, solo tendría que ir a ver a su amigo, el Chacal para darle la noticia, de la supuesta fuga.

Ocho años estuvo en la cárcel el Chacal, de los cuales siete se la pasó en esa cárcel de alta seguridad. Ahora esposado y con una capucha en la cabeza sabía que su era había terminado. Solo esperaba que su final no fuera dolorosa. Recordando a todos aquellos que había matado y torturado le dio un escalofrío. Por un momento deseo ver a sus amigos, había pasado gran parte de su vida con ellos y ahora quisiera verlos para decirles que todo estaba bien que no se preocuparan, en especial al Camaleón, que era asuntos de negocios y que le alegraba el saber que su amigo fuera ahora el jefe.

Capítulo 4

Abraham Torres, se encontraba en su trabajo muy de madrugada. Siempre que le decían que tenía que estar en su oficina, a unas horas fuera de su turno de trabajo, sabía que había unas noticias muy enriquecedoras para su currículo periodístico. Eran casi seis y media de la mañana y tenía unos cuarenta minutos que había llegado a los estudios de donde trabajaba. Aunque había unos cuantos laborando no se sorprendieron al verlo tan temprano o no le dieron importancia, ya que no era muy querido entre sus compañeros.

Era un personaje prepotente. Muy, pero muy poco amigable. Muchos de sus compañeros se sorprendían, cuando veían sus entrevistas, como éste era tan amable, respetuoso, realmente como si fuera otra persona. Nada que ver con la persona que conocían en la vida real. Aunque muchos de ellos sabían que, en ese medio, era difícil tener amigos, siempre trataban de tener un mejor compañero de trabajo, para hacer más amena las labores.

Sin embargo, ellos notaban que para Abraham Torres eso carecía de importancia. No le importaba nada que no fuera él y desde que lo conocieron lo habían visto así. En la cara se le veía la ambición, de aquel que no dejaría, que nadie se interpusiera en su camino hasta lograr lo que quisiera. Y eso era, estar arriba de todos ellos. No había llegado para hacer amigos, si no a trabajar fuerte, para lograr sus objetivos, ya estando arriba habría tiempo de hacerlos. Sin embargo, entre más arriba llegaba menos posibilidad había de hacer amigos. Pero eso a él no le importaba, más cuando ahora había llegado a ser gracias a ese canal de televisión, el periodista estelar y más conocido de todo México.

Abraham Torres si bien era déspota y no era un virtuoso en eso de la amistad, si era un estudioso. Se devoraba cuanto libro podía. No necesitaba a nadie más (según él), que un buen libro, el presidente y dueño de la empresa donde trabajaba y sobre todo a la persona que lo había recomendado para que trabajara en ese lugar.

La primera vez que había visto a esa persona, fue a las afueras de la universidad donde estudiaba. Este hombre, cuidadosamente vestido y con unas ropas que lo hacían distinguir de entre todo los demás, se acercó a él.

— Buenas tardes, señor Torres — escuchó, decir ese personaje, sorprendiéndolo.

Abraham Torres, se quedó viendo al hombre que lo había saludado. Si bien lo había visto acercarse, no pensó que la cosa era con él y mucho menos que este hombre supiera su apellido.

— Me gustaría invitarlo a comer señor Torres — dijo nuevamente haciéndolo reaccionar —. Si me lo permite — agregó extendiendo su mano.

—¿Con quién tengo el gusto? — respondió al fin Abraham, estrechando tímidamente la mano del extraño.

— Perdón. Senador Portillo, a sus órdenes.

— Senador — dijo Abraham, sin entender que era lo que estaba pasando.

— Se que tiene muchas preguntas — dijo el senador portillo —. Por eso lo quiero invitar a comer y allí todas sus dudas se desvanecerán — agregó señalando su carro.

Abraham Torres, no supo si dijo “claro” en ese momento o cuando ya estaba adentro del coche.

Unos instantes después el coche del senador Portillo arrancaba e inmediatamente se alejaron de ese lugar. El senador encendió la radio, inmediatamente le bajo el volumen. Se escuchaba una canción de Nirvana. Abraham Torres inmediatamente reconoció la estación de radio. Era su preferida. En esa estación pasaban todas las canciones de rock clásico. Instintivamente volteo

para ver al hombre que iba manejando. “¿Será que aparte de que lo conocía, sabía qué tipo de música le gustaba?”, se preguntó para sí mismo. “¿Que más sabría de él?”.

— No te preocupes — dijo el senador Portillo interrumpiendo sus pensamientos —. Solo quiero ofrecerte trabajo — agregó con una pequeña sonrisa.

Abraham, hizo una mueca nerviosa. En lugar de tranquilizarse, por lo que le habían dicho, hizo que se le vinieran más preguntas que antes.

— Mira — dijo nuevamente el senador Portillo —. Pensaba comer antes de hablar de negocios, es muy malo hablar de negocios con el estómago vacío. Sin embargo — volteo a ver a su acompañante — solo hay una cosa más mala que eso.

Abraham Torres se asustó cuando vio que el senador dio como un salto e inmediatamente le subió el volumen a la radio.

♪♪ Someone told me long ago, ♪♪

♪♪ there's a calm before the storm ♪♪

— Perdón ahorita hablamos — dijo el senador con un brillo en los ojos.

Abraham torres se relajó escuchando la canción “Have You Ever Seen The Rain?” de Creedence Clearwater Revival. Se relajó tanto que ya no le importo si ese extraño que lo había abordado en la escuela lo conocía o no. Además, había escuchado el ofrecimiento de trabajo y un estudiante que está a punto de terminar sus estudios, que le ofrezcan trabajo, es lo mejor que le puede pasar.

— Perdón, pero es una de las mejores canciones que he escuchado — dijo el senador Portillo bajándole nuevamente el volumen a la radio.

— Yo también lo creo señor — dijo Abraham ya relajado y con más confianza.

El senador noto eso y solo le dio una sonrisa.

— En que estábamos. Ah si — dijo inmediatamente el senador Portillo —. Decía que solo hay algo más feo que hablar de negocios con el estómago vacío.

— ¿Y qué es eso? — preguntó Abraham.

— Es, comer con una incertidumbre — respondió el senador —. Así que primero hablaremos de negocios y si aceptas entonces pasaremos a comer. Para disfrutar de los sagrados alimentos. ¿Qué dices?

— Como usted diga — respondió Abraham.

Unos instantes después, se encontraban en un restaurante. No había mucha clientela, pero aun así se sentaron alejados de la poca gente que había en el lugar. Se acercó una mesera dando su mejor sonrisa a ambos.

— Buenas tardes caballeros — dijo la chica, simulando limpiar la mesa.

Ambas personas, no trataron de disimular ver los apetitosos pechos de la chica ya que sabían que eso era lo que quería ella. Para las meseras eso era como una norma no escrita en esos lugares. Entre más enseñas, más reconfortante sería la propina.

— Solo nos podrías traer por el momento agua cariño — dijo el senador, correspondiéndole a la coquetería de la muchacha.

— Por supuesto, caballero — contestó dándoles la carta del menú.

Nuevamente ambos personajes no disimularon al verle el culo a la mesera mientras se retiraba.

Abraham Torres, le dio una mirada al restaurante. No se podía decir que era un restaurante de

primera. Pero si era un buen restaurante. Aunque había pasado por allí jamás había entrado. Le parecía, por fuera un restaurante muy llamativo y por eso no había entrado. Sin embargo, por dentro era muy diferente. El lugar era amplio por lo cual, las mesas no estaban muy juntas tenía el lugar muchas ventanas, pero en ellas se encontraban puestas unos maseteros con sus respectivas plantas dejando entrar solo un poco de luz, dándole privacidad a los comensales. Solo esperaba que la comida fuera buena.

Volvió a ver nuevamente la mesera como se acercaba con una jarra de agua y un par de vasos.

— ¿Gustan ordenar de una vez? — les preguntó, después de servirles sendos vasos.

— Lo haremos después — contestó el senador —. Nosotros te avisamos — agregó enfatizando, para hacerle saber que no se acercara a ellos hasta que el la llamara.

— Por supuesto, con su permiso — dijo la mesera sonriéndoles, antes de retirarse.

Ambos personajes volvieron hacer el mismo rito al ver que la mesera se retiraba.

— Esto no va a tomar mucho tiempo — dijo el senador, apenas se perdió la mesera.

Abraham Torres reacciono apenas unas milésimas de segundos después, pero suficientes para que su interlocutor se diera cuenta que la mesera lo había cautivado.

— Solo tienes que decirme si aceptas el trabajo o no — continuo el senador Portillo llevándose el vaso de agua a la boca.

— ¿De qué trabajo se trata? — abordó el tema.

— Por lo que se, estas estudiando leyes.

— Así es.

— Si estuvieras en Estados Unidos sería una buena carrera, ¿pero aquí?

El senador dio una sonrisa al decir eso y Abraham captó lo que el senador quería decir. Hasta ese momento jamás se había puesto a pensar porque realmente estaba estudiando leyes.

— ¿Y de que va el trabajo? — preguntó Abraham, algo curioso.

— Que te parece trabajar en la televisora más importante de México.

— Tan escasos están de actores — se permitió una broma Abraham, haciéndole sacar una carcajada espontanea al senador.

— No seas narcisista — dijo el senador —. No eres tan guapo, si no te diste cuenta la mesera me veía más a mí que a ti — agregó devolviéndole la broma.

Abraham sintió como sus músculos se le relajaron, al ver que el senador era un hombre al cual se le podía decir una broma en medio de asuntos importantes.

— Mas bien el trabajo que te propongo — continuó el senador —. Es como presentador de noticias.

El senador volvió a tomar su vaso de agua y se lo llevo a la boca. Abraham hizo lo mismo.

— No ahorita, pero te aseguro que con el tiempo podrás llegar a ser el presentador estelar.

— ¿Qué tiempo?

El senador sonrió al ver como aquel muchacho se le iluminaban los ojos.

— Bueno, supongo que no mucho — contestó —. Tomando en cuenta que nuestro presentador estelar esta de salida.

Abraham Torres se dio cuenta como el senador enfatizo cuando digo “nuestro presentador estelar”.

— Entrarás como ayudante de éste. Aprenderás lo que hay que aprender y lo demás vendrá por sí solo.

— Acepto — dijo Abraham

— Solo hay una cosa — dijo el senador.

— Lo que sea.

Una pequeña sonrisa, nuevamente se dibujó en el rostro del senador. Mas por lo que había escuchado fue por lo orgulloso que se sintió al no equivocarse al haber escogido ese muchacho.

— No harás, ni dirás nada que no sea lo que te digamos.

— ¿Digamos? — interrumpió Abraham.

— Bueno, yo, aunque algunas veces te lo dirá el presidente y dueño de la televisora.

Abraham no había reparado en eso, y eso se debía a la forma de hablar del senador. Hablaba como si fuera el dueño de la televisora.

— De hecho, es el quien te dirá lo que hay que hacer o decir, solo en casos especiales recibirás ordenes mías.

— ¿Y cuándo conoceré al dueño de la televisora?

— Mañana mismo — contestó el senador —. Pasemos a lo no menos importante — agregó señalando el menú.

Ambos empezaron a hojear el menú. Unos instantes después El senador Portillo hizo una seña a la mesera para que se acercara. Inmediatamente ésta se acercó caminando hacia ellos, más sensual que antes.

— ¿Qué van a ordenar los caballeros? — preguntó la mesera, con su acostumbrada sonrisa.

Unos instantes después la mesera se retiraba y nuevamente ambos personajes quedaban como hipnotizados al verla como se retiraba.

— ¿Sabes cómo saber si un restaurante es bueno? — preguntó de repente el senador Portillo.

— ¿Cómo?

— Bueno, cuando quieres regresar a ese lugar, por su comida y no por sus adornos — recorrió el lugar con sus ojos, haciendo que Abraham Torres hiciera lo mismo —. Incluyendo a las meseras — agregó.

Un poco más de una hora después, el senador dejaba a Abraham Torres en el lugar donde lo había abordado.

— Toma. Allí está el nombre de la persona que te va a recibir — dijo el senador dándole un papel —. Y la dirección también está allí, por si no sabes dónde queda las instalaciones de la televisora.

— Gracias — dijo Abraham dándole la mano al senador. E inmediatamente se bajó del coche.

Iba a decir algo más, pero el senador arranco inmediatamente sin decir nada más. Jamás lo volvería a ver.

Al siguiente día, Abraham Torres se encontraba en la dirección que le había dado el senador. Le sorprendió que no fuera recibido por el presidente y dueño de la televisora, como le había dicho el senador Portillo, sino que lo hayan llevado directamente con el presentador estelar de las noticias. Ignacio Fuentes.

Ignacio Fuentes media uno setenta, estaba por cumplir setenta y dos años, su pelo era castaño, aunque estaba lleno de canas, propias de la edad que tenía. Ojos verdes, tez clara, tenía una nariz respingada y usaba lentes, no debido a la edad, ya que desde joven los necesito. Se había casado un par de veces. Con su primera esposa, tuvo un par de hijos, que vivían en el extranjero. Fue muy feliz con ella. Hasta que la muerte se la arrebató de una enfermedad. Con el tiempo, se volvió a casar, Pero no pudo amar a su segunda esposa, como a la primera, así que optó por el divorcio y al final vivía solo con un par de sirvientes.

Al principio Abraham Torres, empezó a salir en algunos cortos informativos y esto se le hizo extremadamente fácil, ya que solo leía lo que le daban y cuando no salía en ningún corto informativo su trabajo consistía en esperar que alguien le avisara de algún acontecimiento y los almacenaba para las noticias de la tarde o de la noche, en la hora estelar de las mismas.

Desde el primer momento que conoció a Ignacio Fuentes, supo que no iba a ser nada fácil lidiar con ese periodista, ya que se sentía invadido en su territorio y sobre todo porque sabía que ese joven, muy posiblemente sería su sustituto, ya que le habían insinuado que era tiempo de pensar en el retiro, aunque éste le parecía que tenía mucho aún que dar.

Por otro lado, a Abraham Torres eso no le importaba, tenía el apoyo del senador Portillo y ese hombre quien fuera que fuese tenía mucho poder en esa televisora, aún más que el propio dueño. Así que un vejete decadente no le intimidaba, ni siquiera porque ese periodista viejo le decía que cuando quisiera referirse a él, le dijera licenciado, como según todos le llamaban y cuando el dijera que cosa tendría que hacer lo hiciera sin protestar.

Con el tiempo Ignacio Fuentes se dio cuenta que los desplantes y regaños que le daba al aprendiz de periodista, no hacía mella en él. Entonces, éste tuvo la intención de acercársele. De vez en cuando se sentaban a platicar de la situación del país y al poco rato se encontraban hablando de literatura. Pero casi siempre, en esas tertulias salía ganando el joven periodista, de cada tema o libro que estuvieran discutiendo.

Así que después de un tiempo el periodista viejo desistió de esas tertulias, ya que veía como ese joven daba sus opiniones más acertadas que él y el ego en la televisión no se puede tocar, así como así. Que un subordinado supiera más que el maestro en ese medio era intolerable. Así que optó, cada vez que veía a este joven solo saludarlo con algún gesto de desprecio, que al poco tiempo solo quedó el gesto de desprecio, ya sin el saludo.

Capítulo 5

Con el tiempo a Abraham Torres, le fueron dando más cortos informativos, incluso un par de veces había dado las noticias, cuando el periodista estelar le habían dicho que se tomara el día. Pero sin duda el día que dio un giro drástico en su carrera fue, la tarde del miércoles veintitrés de marzo de mil novecientos noventa y cuatro.

Ese día, había llegado un poco más de la una de la tarde. Dio algunos cortos informativos, preparando al público de las noticias que su colega iba a dar, a la hora estelar de las noticias que eran a las tres treinta.

Cuando Ignacio Fuentes terminó de dar las noticias a la hora habitual, le notificó a su colega joven, que se quedaría un rato más y que él estaría apareciendo en los cortos informativos, ya que eran épocas de elecciones y había mucha actividad política en el país. Le hubiese dicho que se podría retirar a su casa, pero sería en vano, ya que lo conocía muy bien y sabía que no haría eso. Así que lo dejó que anduviera husmeando en el lugar.

Por su parte, Abraham Torres no puso objeción y se conformó con estar al mando del periodista estelar. Ignacio Fuentes salió en un par de cortos informativos más y cuando se estaba preparando para dar el tercer corto informativo, escuchó como el teléfono de su oficina sonaba. Casi todas las llamadas se las pasaba su secretaria y él decidía si contestaba o no. Pero su secretaria le hacía saber de esas llamadas por el interpone. Así que esa llamada sabía muy bien que no podía ser de ella y que solo podía tratarse de dos personajes, y que eran, el dueño y presidente de la televisora o del senador Portillo.

— A sus órdenes señor — contestó como siempre lo hacía, sabedor que era una llamada de alguien importante.

— Don Ignacio, un placer poderlo saludar.

— El placer es mío señor — contestó, reconociendo la voz del senador Portillo.

— Lo felicito por las noticias que dio, como siempre es usted un profesional.

— Gracias senador, ¿en qué le puedo servir? — preguntó el periodista un poco impaciente.

— Necesito que nos veamos, para hablar de algunos asuntos — dijo el senador Portillo.

Ignacio Fuentes iba a protestar alegando que en esa época de elecciones había mucha actividad periodística, pero sabía muy bien que lo que el senador le estaba dando, era una orden.

— Dígame el lugar y después de dar el siguiente corto informativo que no tarda, allí estaré — dijo el periodista, resignado.

— No se preocupe por eso, que lo de otro — contestó el senador —. ¿No está allí el novato?

— Si señor, creo que por aquí anda — contestó Ignacio e inmediatamente supo que lo que realmente quería el senador, era que Abraham Torres se quedara dando los cortos informativos.

— Entonces, ¿no confía en su pupilo?

— Claro señor. Dígame el lugar donde lo puedo ver y ahorita mismo salgo para allá.

Unos instantes después salía de su oficina con los papeles en mano dirigiéndose hacia donde estaba Abraham Torres.

— Tendrás que darlas tú — dijo malhumorado y después salió azotando la puerta.

Abraham Torres miró el reloj. Iban a dar las siete y los cortos informativos los estaban dando cada hora. Así que seguramente saldría en algunos instantes. Se levantó para ir a maquillarse y después dirigirse al estudio donde daban las noticias.

Ignacio Fuentes salió del canal y mientras se dirigía a su coche pensó seriamente en el retiro.

No le gustaba ser tratado así y lo más digno que se podía hacer, era anunciar su retiro antes de que poco a poco lo desaparecieran de la pantalla chica.

— ... Les informo, Abraham Torres — dijo éste al término de su corto informativo —. Gracias y buen provecho — remató, presumiendo su buena educación.

Al término del corto informativo se dirigió a su oficina, donde estaba acomodando (unos minutos antes), las noticias para el siguiente corto, que ahora los daría el, ya que su colega se había retirado. Después de salir al aire, se sentía importante y llegando a su oficina siempre llamaba a su secretaria pidiéndole un café, a la hora que fuere, se le antojara o no.

Su secretaria se llamaba Concepción, a quienes todos la llamaban, “Conchita”, todos, menos él, que siempre le decía “señorita”, a pesar de ser un poco mayor que él. Era de tez blanca, ojos verdes, nariz un poco grande, que de no ser por su boca grande se notaría más de lo que era. Aun así, tenía un rostro bello, un buen cuerpo, aunque un poco pasado de peso y aunque siempre iba vestida como ejecutiva, sus buenas formas no se perdían bajo esas vestimentas.

Había estudiado la carrera de secretaria y le costó mucho entrar a trabajar a la empresa donde ahora estaba y a pesar de haber sido muy buena estudiante y de haber aprendido muy bien la taquimecanografía, se le había hecho muy difícil, trabajar para alguien específico. Se conformaba con cubrir a las secretarias que faltaran o con poquita suerte cubrir a las que estuvieran de vacaciones. Hasta que llegó, el que ahora era su jefe. Ese día lo recordaba muy bien.

Ese día después de haber hecho la presentación del nuevo y joven periodista, el jefe de recursos humanos se acercó a ella y le dijo que a la hora de la comida la esperaba en su oficina para hablar de su futuro. Así lo hizo. A la hora en que la mayoría salían a comer, ella fue a ver al de recursos humanos, que era un licenciado gordo, aunque guapo. Se llamaba Luis Campos.

— Cierra bien la puerta — dijo el licenciado a Conchita, después de haberle concedido la venia para entrar.

— ¿Me necesitaba señor? — dijo Conchita, después de sentarse.

El licenciado campos, se retranco en su asiento giratorio, detrás de su escritorio, como para darse importancia.

— Dígame Conchita — dijo éste —. ¿Qué tiempo lleva trabajando aquí?

— No se señor. Mucho tiempo, a mi parecer.

— Me han encomendado, para conseguir una secretaria para este joven, que apenas llegó.

El licenciado hizo una pausa, para ver la reacción de la secretaria. Vio un brillo espontaneo en sus ojos. Después hecho el cuerpo hacia adelante y continuó.

— Incluso me dieron unos nombres a considerar, de los cuales resalta usted.

— Gracias señor — dijo conchita e intuyendo lo que el licenciado realmente quería.

El licenciado Campos, se levantó de su asiento y fue a retrancarse en su escritorio, delante de ella.

— Dígame, ¿que está dispuesta hacer por ese puesto?

Conchita se quedó pensando, cabizbaja. Tenía dos hijas, que estaban estudiando y aunque era casada y su esposo trabajaba en una embotelladora de refresco, si ella dejaba de trabajar seguramente sus bolsillos lo sentirían. Además, había esperado mucho tiempo para esa oportunidad y con el sueldo de ella ayudaba para llevar una vida cómoda y sin duda si le daban el puesto de secretaria de planta, la paga sería más.

— Lo que sea señor — dijo después, resignada.

Unos instantes después, salía de la oficina del licenciado Campos con un nuevo futuro en esa empresa.

— Señorita, me podría traer un café — ordenó Abraham Torres

— Si señor, Licenciado — escuchó éste por el auricular.

Después de darle un sorbo a su café, Abraham Torres, se puso a revisar los papeles de las noticias que iba a dar en su próximo corto informativo. Tenía más de media hora para volver a salir al aire, así que lo hizo con alma.

En eso estaba, cuando empezó a escuchar mucho ruido. Algunas personas, pasaban por su oficina casi corriendo. Escuchó inmediatamente después una exclamación. Sin más se levantó y abrió la puerta de su oficina. Todos los que estaban en el lugar (menos la secretaria de éste), se encontraban reunidos en una bolita. Uno de los que estaban en ese grupo se acercó inmediatamente a él, con un papel en la mano.

— En un momento salimos al aire — dijo éste y se retiró como de rayo.

Extrañado Abraham miró a su secretaria y después volteó a ver los papeles que tenía en su mano. Apenas leyó el primer renglón se quedó paralizado. Uno por la noticia y otro porque no podía creer la suerte que tenía, al dar el mismo, dicha noticia.

Un rato después le informaba al mundo entero, el atentado que había sufrido Francisco Villavicencio, candidato a la presidencia por parte del PRI.

— Esta es una noticia en desarrollo, por lo cual lo mantendremos informado apenas tengamos nueva información — dijo después mandando a comerciales.

Después de los comerciales, volvió al aire con nueva información. Todo era muy confuso, había dicho que el atentado se llevó a cabo después del mitin del candidato. Que tenían un sospechoso en custodia y de allí no volvió a salir del aire. Se paso prácticamente repitiendo lo mismo. Se conecto con algunos colegas locales de donde había ocurrido el evento, pero estos decían lo mismo, que la policía tenía en su haber, al responsable del disparo y que al candidato lo habían trasladado inmediatamente al hospital más cercano.

Cerca de las once de la noche Abraham Torres se encontraba leyendo un comunicado de la presidencia de la república, que decía que el candidato a la presidencia Francisco Villavicencio, había muerto. Instantes después las televisoras del país se encadenaban para ver al presidente de la república, Salomón Gálvez, confirmando lo sucedido y para condenar tan atroz acto.

Después de ese día, su carrera empezó a subir como la espuma. Se vio en algunos debates, con algunos congresistas y políticos que daban su punto de vista, no sin demostrar su indignación por lo que había ocurrido. El hacía las preguntas y sus invitados respondían lo que ellos creían que había pasado y lo que pasaría con el nuevo candidato por parte del PRI, que se llamaba Adalberto Centeno y que era el candidato a la vicepresidencia para acompañar a Francisco Villavicencio a los pinos, pero debido a los acontecimientos, pasó a ser, el candidato a la presidencia.

Aunque Abraham Torres de un momento a otro se vio en la cima periodística, no había hecho mucho para eso. Él se había limitado a hacer las preguntas que le pasaban por escrito y esperaba pacientemente las respuestas de sus invitados. Una sola vez y por el calor del debate, se le ocurrió hacer una pregunta por su cuenta. Dicha pregunta resultó ser un poco comprometedor para sus panelistas.

— ¿Y qué va a ser del asesino, que dice no ser culpable?

Los invitados por un momento se quedaron sin decir nada y al estar en vivo y en la televisión ese momento se les hizo eterno a todos.

—¿Y qué asesino, acepta sus actos? — dijo por fin un senador que se encontraba entre sus invitados y que era el más viejo.

Otro de ellos salió diciendo algo más y en unos instantes se encontraban hablando nuevamente

de las preguntas que tenía el periodista, saliendo de esa pregunta espontánea y comprometedora. Cuando vino el corte comercial, un colaborador de Abraham Torres se acercó para decirle que tenía una llamada. Se disculpó con sus invitados y fue a recibirla. Resultó ser el senador Portillo.

— Si señor — dijo Abraham Torres, apenas alzó el teléfono.

— **Limítate a preguntar lo que se te ha dado y déjate de pendejadas.**

— Perdón se..... — no terminó la frase. Ya que un silbido continuo le indicó que le habían colgado el teléfono.

Después de esa llamada, volvió a donde se encontraban sus invitados. Los miró, casi todos con las piernas cruzadas, en silencio y se preguntó, si todos ellos también tendrían sus respuestas escritas.

Aquello había pasado algunos años atrás y gracias a todos esos acontecimientos, ahora era el periodista que era. Había aprendido que no tenía que hacer ni decir más de lo que se le indicara y cuando fuera requerido tendría que estar allí a la hora que fuere. Por eso, ese día que le había dicho el senador Portillo que estuviera temprano en su oficina, así lo había hecho.

Como las seis y treinta de la mañana, uno de sus colaboradores (ya que su secretaria no había llegado), le pasó una hoja de papel.

— Es importante — dijo su colaborador y se quedó parado frente de él.

Abraham Torres, bajó la mirada para poder leer el papel que le habían pasado y lo que leyó, le sorprendió. Volvió a leerlo para ver si no se había equivocado. No lo había hecho. En el papel que le habían dado decía que El Chacal, el narcotraficante más famoso y poderoso del país, se había fugado de la cárcel de alta seguridad, después de una gran batalla bélica, unas horas atrás.

— En algunos instantes saldremos al aire — dijo a su colaborador.

Capítulo 6

UNAS HORAS ATRÁS

Luca se encontraba acostado entre los surcos de los agaves, cuando a lo lejos escuchó el ruido de un motor. Se incorporó y se dirigió hacia la carretera que estaba a unos metros de allí. Antes de llegar, a dicha carretera, se detuvo entre algunos arbustos verdes que le sirvieron para medio esconderse. Se puso en cuclillas y diviso un resplandor de luz, que cada vez se acercaba más. Sin duda sería la camioneta que traía a los que estaba esperando. Se puso alerta. Revisó su arma, una cuarenta y cinco, todo negra. También se aseguró, tocándose atrás de la cintura, que tuviera su puñal, por si era necesario.

Luca tenía un cuerpo atlético. Casi uno ochenta de estatura, espalda ancha, tez clara, ojos cafés oscuros, nariz mediana y chata, boca mediana, pelo castaño. No era feo, aunque tampoco guapo. Era de los tipos que si no fuera quien hablara a las mujeres, estas jamás se enterarían de su existencia. Esto ayudaba para lo que había escogido como para su profesión. Un hombre que no llamara mucho la atención.

Luca vio como la camioneta iba bajando la velocidad, cada metro que se acercaba, hasta que se detuvo. El chofer apagó el motor, se bajó y abrió la puerta trasera. Después miró como caía un bulto al suelo y acto seguido, vio a dos tipos, con uniforme de la PFP, como saltaban hacia el suelo, bien armados. Uno de ellos dio una patada al bulto y éste apenas se movió y dio un quejido apenas audible. A leguas se veía que se habían divertido con el bulto. Antes de que se dieran cuenta, Luca se encontraba delante de ellos.

Los tres agentes de la PFP vieron enfrente de ellos a un hombre, zarrapastoso, aunque de facciones duras. Sin duda era el hombre que les habían dicho que los esperaba para que les entregara el “paquete”.

Luca se les quedó mirando tan solo un instante. Pero no necesitó más para estudiarlos.

— Alguien que lo cargue y síganme lo más rápido posible — les ordenó Luca, dándoles la espalda y empezando a caminar.

— Nuestro trabajo termina aquí — dijo uno de los agentes.

— Es cierto — apoyó otro —. No somos mozos de nadie, si quieres cárgalo tú.

Los tres agentes vieron, complacidos, como Luca se detenía y daba la vuelta. Una sonrisa cómplice se dibujó en sus rostros. Sonrisa que se borró inmediatamente al ver que el tipo Andrajoso, tenía en su mano un arma.

Los dos tipos que habían hablado, cuando supieron que estaban en peligro, ya estaban muertos. El tercer agente y que era el que se había encargado del volante de la camioneta solo le dio tiempo de ver como sus compañeros caían al suelo con un balazo en la frente a cada uno. Cuando quiso voltear su cabeza hacia el asesino, vio como en cámara lenta, como el orificio del arma del asesino estaba enfrente de él. Instantes después, esté también caía en el suelo, ya sin vida.

Cuando Luca apareció de la nada y se posó al frente de los tres agentes, se había dado cuenta que dos de estos habían bajado con sus armas en las manos, unas ak-47 cada uno. El tercer hombre sin embargo había bajado de la camioneta sin arma. Grave error para cualquiera que fuera de las fuerzas especiales. Se dijo que no tendría dificultad en matar a los tres en ese preciso momento, solo tenía que escoger al primero de los dos que había bajado con sus armas. Solo tenía que saber a quién matar primero. Éste tendría que ser el más brabucón, y ese sería sin duda el primero que

protestaría al recibir una orden de un desconocido.

Después mataría al que quedara con su arma y después lo más fácil para él, mataría al hombre desarmado. Por eso cuando les dio la orden de cargar al bulto y al darse la vuelta y caminar un par de pasos al frente, agudizo su oído para saber quién era el que hablaría primero y así consecutivamente y mientras agudizaba su oído su mano sacaba su arma que la tenía enfrente, apenas a un ladito de su bragueta. Cuando dio la vuelta, no perdió tiempo, su mano apuntó al primer agente que había hablado, después al segundo hombre armado y al último al pobre desgraciado que había bajado sin su arma.

Después que había asesinado a los agentes, prestó atención al bulto que se encontraba tirado en el suelo y que no se movía, como si estuviera muerto. Aunque sabía, por el quejido que escuchó, cuando uno de los tipos que lo transportaban le había dado una patada, que no era así. Nuevamente su arma apuntó por cuarta vez a un objetivo y disparó. Por fin el Chacal encontraba la muerte que estaba esperando desde el momento que se había dado cuenta que su amigo, el Camaleón, lo había traicionado.

Acto seguido, Luca, alzó el bulto que habían llevado y lo puso a la orilla del camino. Después se dirigió a la camioneta y abrió la puerta, sacó el arma del tercer agente y empezó a disparar. Empezó a dispararles a los agentes ya caídos, prácticamente desfigurándoles la cara, como el cuerpo y después remató disparándole a la camioneta. Cuando terminó la faena, aventó el arma sobre el cuerpo del tercer hombre y se marchó inmediatamente de allí.

Un rato después echaba el cuerpo del Chacal y la pistola que había utilizado, al hoyo cavado unas horas atrás y empezó a tapanlo con la tierra sustraída. Después de acabar su labor, emprendió el camino a su lugar de reposo, que era un pequeño hotel cerca de allí.

Caminó casi una hora, antes de llegar a un carro que ocupó, para llegar al sitio donde estaba. Claro que el carro había sido robado por él, esa mañana. Cuando llegó a dicho vehículo, se cambió de ropa, incluyendo sus botas. Dejó en ese lugar su pantalón y una bota la aventó lo más lejos que pudo. El resto de la ropa la iría aventando en el camino. Ese había sido hasta ese momento el trabajo más importante, desde el día que se graduara como asesino. Con la ayuda del detective Huerta.

—¿Acepta? — le había dicho ese día el detective Huerta.

— Acepto — contestó éste. Estrechando su mano con el detective, después de analizar la proposición.

Al día siguiente de que él y el detective Huerta se hubiesen estrechado sus manos, aceptando la proposición de hacerlo un asesino profesional, ambos se dirigían hacia el lugar donde empezarían con su entrenamiento.

— Ese lugar te va a hacer olvidar los pequeños rencores que aún tengas conmigo, muchacho — le dijo esa vez el detective a Luca que para entonces aun no lo llamaba así. Si no simplemente le decía muchacho.

Este simplemente lo miró sin decir nada. La verdad es que estaba ansioso por tener una nueva vida. Su vida anterior hasta ese momento solo le había traído desgracias. Así que se esforzaría por olvidar su pasado y concentrarse en su entrenamiento.

Bajó la ventanilla del coche donde viajaban y sintió el aire en su cara. Habían tomado una autopista. No sabía que autopista era, ya que el jamás había salido de la ciudad, así que trató de disfrutar el viaje, hasta que un par de horas más tarde se quedaba dormido.

—Espero hayas descansado muchacho — dijo el detective Huerta cuando se dio cuenta que Luca se despertaba.

Luca se había despertado, debido a un pequeño enfreno del detective Huerta. Mientras veía como un autobús salía de una pequeña terminal, se dio cuenta que ya no estaban en la autopista sino en un pueblo

— ¿Ya mero llegamos? — preguntó Luca

— Aun no — contestó el detective Huerta --. ¿Qué pasa? — agregó

— Quiero ir al baño

El detective Huerta no dijo nada. Cuando terminó de salir el autobús, volvió arrancar y emprender el camino. Unos minutos después salían de ese pueblo y un poco más adelante se paraban en una gasolinera.

— Llena el tanque — ordenó el detective al empleado de la gasolinera.

— Si jefe — contestó el empleado.

— Puedes usar el baño — dijo el detective Huerta a Luca — señalando el baño de la gasolinera.

Luca se bajó del coche sin decir nada y se dirigió al baño. Unos instantes después regresaba. El detective lo estaba esperando estacionado a la orilla de la carretera.

— Espera aquí — ordenó cuando Luca se subió al coche.

— Voy a traer algo que comer — dijo señalando esta vez un Oxxo que se encontraba en la gasolinera.

Luca se quedó sentando, sintiéndose un poco raro, debido a lo sobrio que estaba. Tardo ensimismado unos diez minutos, hasta que vio algo que le llamó la atención. Vio como una joven salía a la orilla del camino, con unas mochilas al hombro. Puso en el suelo las mochilas y empezó a sacudirse con sus manos. Seguramente a ella no le había dado tiempo llegar al baño de la gasolinera.

La muchacha volteo y se dio cuenta de que Luca la estaba observando. Tomó una de sus mochilas y empezó a rebuscar algo. De la mochila sacó una gorra y se la puso, tratando de tapar su rostro. Sin duda la joven se dirigía al pueblo y tendría que pasar junto a donde se encontraba él. Así que entendía la vergüenza que tenía, que la hayan descubierto que había entrado a los matorrales hacer del baño.

Luca dio una sonrisa, no se acordaba que tiempo hacía que no había sonreído. Vio en esa joven una especie de libertad, el hecho de que tuviera unas mochilas, indicaba que se dirigía alguna parte. Que era libre de escoger a donde ir. Por primera vez agradeció estar sobrio y darse cuenta de que tenía mucho que recorrer, que solo había que estar sobrio, para darse cuenta de lo que la libertad puede dar. Fue en ese momento que se dijo que jamás volvería a su antigua vida y que si realmente aquel tipo que se encontraba con él, quisiera ayudarlo el pondría todo de su parte para que así fuera.

Vio como la joven se acercaba lentamente hacia donde él se encontraba. El hecho de que ella tratara de ocultar su rostro le hacía sonreír más. Cuando paso enfrente de él, trató de verle la cara, pero no pudo debido a la gorra que llevaba. Cuando paso en su totalidad, Luca utilizó el retrovisor para seguirla.

— Toma esto — dijo el detective Huerta interrumpiendo lo que Luca estaba Haciendo.

Luca atrapó lo que el detective le había aventado.

— Come algo — dijo el detective un poco sorprendido porque en el rostro de Luca se desdibujaba una sonrisa. Después arranco el coche —. Vámonos — agregó

Se alejaron del lugar y de vez en cuando Luca veía en el retrovisor a la joven. Hasta que desapareció totalmente de su vista.

Un par de horas más tarde ambos llegaban a un pequeño rancho. Se dirigieron a una casa. Vio

un coche que se encontraba en el lugar. El coche del detective se estaciona al lado del otro y después se bajaron ambos. Se dirigieron a la puerta. Antes de tocar, dicha puerta se abrió.

— Bienvenido, señor Huerta — dijo el que parecía su anfitrión.

— Gracias general Briseño — contestó el detective.

— Pase por favor — dijo el general al detective, ignorando a Luca.

El nombre completo de ese general era, Horacio Helías Briseño. Era blanco, ojos cafés claros, pelo castaño con bigote del mismo color, era un hombre alto y corpulento y era un hombre de acción, como comprobarían sus pupilos durante el entrenamiento. Helías era su primer apellido, pero por alguna extraña razón, le gustaba que le llamaran por su segundo apellido. Por lo cual sus allegados, siempre le llamaban general Briseño.

Cuando entraron, Luca se dio cuenta que en la casa había otras cuatro personas más. Todos hombres. Un par de ellos estaban cocinando, mientras los demás se encontraban sentados. A Luca le dijeron que se sentara y así lo hizo, mientras el general Briseño y el detective Huerta desaparecían.

Aparecieron justamente cuando un coche más se estacionaba. El general fue a abrir.

— Ya está todo señor — dijo el tipo que había llegado

El general le dijo que pasara a sentarse con un ademán sin dirigirle la palabra.

— Es el que mande para que comprara algo para sobrevivir — dijo al detective Huerta —. ¿Como va la comida? — agregó mirando a los de la cocina.

— En diez minutos — contestó uno de los cocineros.

Esperaron ese tiempo y después todos se sentaban a comer. Al terminar de ingerir los alimentos, el general les dijo que después hablaría con todos ellos, que mientras no lo hacía, que eran libres de hacer lo que quisieran dentro de la casa. El general y el detective salieron de la misma.

Luca volvió a sentarse, igual que otros tres personajes más, en el lugar que lo había hecho, cuando llegó a esa casa. Solo dos se quedaron recorriendo la casa y jugueteando entre ellos. En total eran seis personas. Seis personas que al igual que Luca se encontraban allí para cambiar sus vidas.

Capítulo 7

Al siguiente día, muy temprano, todos eran levantados e inmediatamente se les ordenó subirse en una camioneta militar. El general Briseño era quien manejaría y el detective Huerta los seguiría con su coche. En el recorrido cada uno tuvo tiempo de estudiarse mutuamente. Todos tenían una fisonomía muy parecida. Solo Luca era el que tenía menos cuerpo, aunque sin duda, se veía que con algo de ejercicio tomaría una buena fisonomía.

Luca estudio a sus cinco compañeros. Dos de ellos eran muy parecidos a él, en cuanto a sus compartimientos. No hablaban mucho, si no lo necesario y si cruzaban las miradas trataban de voltear a otro lado, como evitando cualquier conversación. En cambio, dos de ellos eran todo lo contrario. Eran los que más hablaban del grupo. Incluso entre ellos empezaban a jugar, para pasar el rato y trataban de que todos se les unieran.

A Luca les pareció, hasta cierto punto unos individuos como cualquier otro. Solo había uno que lo inquietaba y que se encontraba, justamente en frente de él. Era un tipo alto. El más alto de todos. Inclusive más alto que el general Briseño. Tenía un cuerpo atlético, siempre estaba erguido, inclusive hasta cuando estaba sentado. Y si por casualidad se cruzaban con su mirada, éste no les quitaba la vista de encima hasta que ellos lo hicieran. Inspiraba miedo.

Cuando llegaron a su destino, se les hizo saber y se bajaron. Se vieron en una zona caliente y húmeda. En ese lugar se encontraban dos chozas, hechas de bambú sus paredes y de palma sus techos. Una mucho más grande que la otra.

— Entren allá — ordenó el general Briseño, señalando la choza grande.

— Si señor — contestaron algunos, mientras los demás solo se limitaron a obedecer.

Cuando todos habían entrado a donde se les ordenó, tanto el general Briseño como el detective Huerta, se dirigieron a la choza más pequeña y no salieron hasta el otro día.

Cuando amaneció, el detective Huerta entró a la choza, los levantó y ordenó a los que habían cocinado el día anterior, que lo volvieran hacer, que todo lo que necesitaban se encontraba en la cocina. En menos de una hora todos estaban satisfechos y haciendo nada, dentro de la choza. Se encontraban algo desesperados ya que, hasta ese momento, no les habían dicho de que se trataba todo eso. Todos menos el grandulón. Que parecía no importarle nada.

El detective Huerta volvió a entrar y les ordenó que salieran. Así lo hicieron. Al salir se estiraron, como si hubiesen estado sentados mucho tiempo. Nuevamente, todos hicieron eso menos el grandulón.

Luca, como todos los demás se quedaron nuevamente casi todo el día afuera, sin recibir una orden de que hacer. Su desesperación crecía cada vez más, aunque Luca trataba de no aparentarlo. Tenía mucho en que pensar y es que su vida había sido tan trágica que cuando pensaba en ella, se perdía y cuando volvía a la realidad se veía entre sus compañeros. Solo había dos que parecía que se la estaban pasando bien y eran los dos que siempre estaban haciendo algo como para pasar el tiempo. Todos sabían que tanto el general como el detective los observaban desde la chocita donde se encontraban.

Cuando ambos personajes salieron, el detective Huerta le hizo señas a uno de los dos juguetones, para que se acercara a él. Mientras el general arrancaba la camioneta.

— Acompáñalo — le dijo al tipo que se había acercado.

Éste obedeció, despidiéndose de todos sus compañeros, pero especialmente de aquel con el que tenía más amplia relación. Después el detective les dio una mirada a todos los que quedaron,

dio media vuelta y volvió a dirigirse a la chocita.

Un poco más de una hora, vieron como la camioneta del general Briseño volvía. Pero cuando bajó de la misma, se sorprendieron al notar que regresaba solo. Éste se dirigió a donde se encontraba el detective. Atardecía cuando ambos personajes volvieron a salir a verlos.

— Fórmense — les ordenó el general

Luca se dio cuenta que era la primera vez que les hablaba a todos como grupo. Inmediatamente obedecieron, haciendo una fila horizontal.

— Todos ustedes están aquí — empezó a decirles el general, parado en frente de ellos —. Para ser entrenados y sobre todo para que sean disciplinados. No van a ser más ni menos de lo que se les pida.

El general empezó a caminar y ver a cada uno de ellos, mientras el detective Huerta se encontraba como espectador.

— Mañana empieza su entrenamiento — dijo el general —. Eso es todo. Pueden hacer lo que quieran — agregó

Luca como el resto de sus compañeros se sorprendieron, ya que pensaron que el general les iba decir algo más, como para motivarlos. Como hacían en las películas americanas, de guerra. Sin embargo, no fue así. Después de que rompieran filas, dos de ellos se metieron a la choza. Luca se quedó un rato más afuera y solo el grandulón empezó hacer ejercicio. Cuando Luca le dio la impresión de que estaba siendo observado, también entro a la choza.

Al otro día muy temprano empezaron con su entrenamiento. El grandulón era el que más se destacaba. Empezaban con una rutina de ejercicios para la condición y casi siempre terminaban con una pelea cuerpo a cuerpo. Esta era la tarea más pesada para ellos, sobre todo aquel que le tocara enfrenar al grandulón.

Pasaron algunos meses con la misma rutina, antes de tocar un arma. Por supuesto que el grandulón parecía ser el líder de ese grupo, era primero en todo. El general le empezó a llamar “Aquiles”. De allí todos empezaron a llamarle así. Era el único que el general le había puesto nombre. A los demás solo les hacía señas o les decía. “hey tu”.

Luca se sorprendió el mismo al darse cuenta como su cuerpo estaba embarneciendo y como cada vez se destacaba de entre los otros tres más. Por supuesto que le faltaba para competir con Aquiles, pero cada vez se le acercaba más.

Una vez llegó el detective Huerta con un helicóptero militar. El general les ordenó que subieran y así lo hicieron. Les sorprendió cuando vieron que el general también subió junto con ellos, como un pasajero más.

— Pónganse esto — les dijo el general, dándoles unos trajes de buzo.

Todos obedecieron y se cambiaron. Inclusive el general hizo lo mismo.

Como una hora después lo único que veían era agua por todos lados. Sin duda que irían a bucear. Luca se estremeció. Nunca le habían preguntado si sabía nadar y seguramente a nadie le habían hecho esa pregunta. Agradeció esas escapadas de la escuela con un amigo y donde a veces se iban a nadar y donde había aprendido, solo que eso había pasado hacía mucho tiempo, y esperaba que no se le hubiese olvidado, porque si no, estaba seguro de que no se iban a detener a auxiliarlo si éste se estuviera ahogando.

Sintieron como el helicóptero bajaba la velocidad y al mismo tiempo vieron como el general Briseño, hizo un movimiento, dando a entender que muy pronto se aventarían al agua. Luca sentía como el corazón le latía y la adrenalina se le subía. Unos instantes más el helicóptero se detuvo y el general sin decir nada se levantó y todos lo vieron como caminó hacia la puerta para saltar.

Acto seguido le vieron desaparecer e inmediatamente atrás de él se lanzó el grandulón Aquiles,

como lo llamaba cada vez más el general y el detective Huerta. Apenas unos instantes después, Luca reaccionaba y sin pensarlo más, éste se eventó atrás de ellos. Al entrar en contacto con el agua y al comprobar que aún sabía nadar, la adrenalina le fue bajando, hasta que tuvo control de la situación.

De repente vio como uno de ellos dejó de sumergirse. Luca se estremeció al ver que ese compañero no sabía nadar. Empezó a subir. Con una seña el general les indicó que continuaran y se regresó a auxiliar al que salía a la superficie.

Los reclutas continuaron buceando. Al poco rato el general se les unía y empezó a ser su guía. Tres de los reclutas se miraron, como preguntándose qué había pasado con su compañero. Sin embargo, Aquiles solo siguió al general, como no dándole importancia al acontecimiento.

Llegaron a una especie de cueva debajo del mar y el general les hizo saber, con señas que esperaran. Así estuvieron un gran rato. Todos perdieron la noción de tiempo. Luca como todos los demás trataron de calmarse, cuando se dieron cuenta que solo harían eso. Que no harían nada más que esperar a que el general les dijera, vámonos.

Eso era lo que trabajaban más. La paciencia. Lo habían hecho muchas veces en su entrenamiento, inclusive antes de empezar oficialmente. Luca recordó que un día les dieron un rifle de alto alcance, se les ordenó que apuntaran a un objetivo, y después de decirles, apunten preparen, pasaron mucho tiempo en esa posición antes de decirles disparen. Fue la primera vez que Luca vio como Aquiles se le desdibujaba su rostro al fallar. Por supuesto todos fallaron.

Pero esta ocasión era diferente ya que, si aquella vez que todos fallaron no pasó a mayores, siguieron con el entrenamiento. Sin embargo, estaba seguro de que aquel que fallara, esta vez no seguiría con su entrenamiento, ya que quedaría en ese lugar como alimento de los tiburones. Al pensar todo eso, no tuvo más remedio que aceptar aquello que había estado muy adentro de él y que era que aquel compañero que no pudo sumergirse. Seguramente el general no se había regresado para ayudarlo si no todo lo contrario, inclusive empezó a creer aquello que tenía muy en el fondo y que era que aquel tipo que se había ido con el general en su camioneta ahora estaría muerto. Seguramente ese era el pensamiento de todos los demás, pero nadie se atrevía a preguntar nada, ni siquiera entre ellos.

Luca hacía mucho rato que sentía que no aguantaba más y que estaba dispuesto a subir a la superficie. Aunque ahora comprendía que, si hacía eso, era hombre muerto. Le pareció casi irreal cuando el general dio la seña para subir, el empezó a subir aun no convencido que hubiera dado la seña, si no más bien por alguna alucinación. Sin embargo, cuando salía a la superficie se dio cuenta que una lancha se encontraba esperándolos y quien manejaba esa lancha era el detective Huerta.

Después de ese entrenamiento especial, volvieron a la rutina de ejercicios, incluyendo a la práctica del arma de alto alcance, solo que esta vez Aquiles cuando les dijeron fuego, acertó al blanco, por supuesto que Luca no se sorprendió de eso, estaba seguro de que después del ejercicio en el mar ese ejercicio del arma era pan comido para Aquiles. Sin embargo, hubo algo que le sorprendió y es que él también había acertado.

Después de ese ejercicio hicieron otra vez, lo de los buzos y cada vez tardando más. Luca se sorprendía lo cerca que estaba de Aquiles, inclusive cuando se enfrentaban cuerpo a cuerpo. Aunque el que ganaba era siempre Aquiles, el que más se le dificultaba para hacerlo era sin duda Luca. Por supuesto que eso no pasaba desapercibido para el general, ni para el detective.

A los cinco meses el general les dijo que tendrían un mes más de entrenamiento y de allí si lo pasaban, recibirían su título. Luca como seguramente todos los demás, se preguntó a sí mismo, que les pasaría si no pasaban la prueba. Ese mes fue si bien el más fuerte entrenamiento, también fue

más fácil para todos, ya que realmente estaban bien entrenados.

Un día antes de la culminación del entrenamiento el general los reunió para hacerles saber que para el día siguiente sacarían a un ganador de ese grupo y ese ocuparía un puesto muy importante, aunque los demás también serían asignados a un puesto no menos importante, así que ese penúltimo día podían tomárselo libre para descansar y que al día siguiente sabrían por obvias razones quien sería el ganador.

Todos aplaudieron y se estrecharon las manos a petición del general. Después empezaron a platicar entre ellos. Se sentía un ambiente confortable y sin duda se veían como una familia, inclusive Aquiles se permitió tener esos gestos de familia, aunque solo fue el momento ya que inmediatamente se apartó de ellos. Aquiles estaba seguro de que sería el primer lugar, ya que había aceptado ese entrenamiento con ese objetivo y estaba a solo un paso de lograrlo y nada lo iba a distraer y el sentir algo de afecto hacia sus enemigos de entrenamiento, lo hizo sentir como una distracción innecesaria.

El detective Huerta y el general Briseño salieron de la chocita. El detective se quedó parado enfrente de la chocita y el general se dirigió a la camioneta de militar arrancó dicha camioneta y se marchó. Jamás lo volverían a ver físicamente. El detective huerta volvió a entrar a su chocita, no antes de ordenar que cocinaran algo para comer y cuando estuviera listo que le llevaran algo a donde él.

Esta vez Luca se prestó para ayudar a cocinar. Solo Aquiles se apartó de ellos. Así que había tres personas cocinando e inclusive se permitían una broma entre ellos. Luca se sentía bien entre ellos, los consideraba como una familia, como cuando tenía aquel par de amigos cuando era niño.

Al otro día cuando se reunieron afuera, se sorprendieron cuando vieron solo al detective Huerta, sin rastro del general Briseño.

— Hoy es el gran día — les dijo el detective Huerta —. Quiero felicitarlos, lo han hecho muy bien — continuó —. Les diré de que se trata esta competencia para ver quién es el ganador y quiero que sepan que cualquiera de ustedes que gane, no me sorprendería, todos tienen algo especial. Así que sin decir más les diré de que se trata esa competencia.

El detective se acercó con cuatro planos.

— Aquiles y Tu — dijo señalando a Luca — a mi derecha.

Ambos obedecieron.

— Ustedes dos a mi izquierda — les dijo a los otros dos.

Después le dio a cada uno un plano y les dijo que los observaran bien. En cada hoja se veían dos rutas y en una cierta distancia estaba remarcado con rojo

— Los dividí en dos grupos — dijo el detective —. Porque un grupo va a partir del lado derecho y el otro del lado izquierdo. Lo que quiere decir que cada grupo tiene un mapa diferente. Si se dan cuenta en su hoja hay dos rutas cada uno va a escoger porque ruta quiere ir, no se preocupen la distancia de ambas rutas es igual. Donde esta remarcado con rojo son los objetos que tienen que traerme al final de la competencia. No es un camino fácil, pero sin duda no habrá problema que superen cualquier obstáculo, están bien entrenados. Cuando lleguen aquí yo los estaré esperando. Inmediatamente que lleguen aquí se enfrentaran cara a cara con su mismo compañero, así sacaremos al vencedor de cada grupo el vencedor se enfrentara al otro vencedor del otro grupo y así sabremos quien es el campeón de este entrenamiento. Escojan entre ustedes la ruta que quieren tomar y yo salgo en diez minutos e inmediatamente empezara la competencia.

Después vieron como el detective Huerta se metió a la choza sin decir mas

Los cuatro competidores, se quedaron sorprendidos ya que, si bien les había dicho todo, no les dijo que iban a ganar y que pasaría con los que perdieran. Algo nerviosos empezaron a ver sus

hojas.

— Escoge tu ruta — dijo Aquiles mirando a Luca.

Luca lo hizo sin darle mucha importancia ya que les habían dicho que las rutas eran iguales.

Diez minutos más tarde salía gritándoles el detective Huerta para que se formaran y un par de minutos más, cada grupo salía por su lado y cada competidor por su ruta. El detective los vio desaparecer. Entró nuevamente a su choza y en unos minutos más, salía con sus llaves de su coche en mano. Se subió y lo puso en marcha. Después se dirigió al lado izquierdo.

Manejó como quince minutos y se detuvo a la orilla del camino. Se bajó e inmediatamente se adentró a la maleza. No necesitó mapa para saber que por ese lugar pasaría en algunos minutos uno de los competidores. Se detuvo cuando vio una banderita roja y que era el primer objeto que debería tomar el competidor. Se retrancó en un árbol y unos minutos después escuchaba como alguien se acercaba. Sacó su arma lista con un silenciador e inmediatamente salió. La sonrisa del competidor, sonrisa por el hecho que había encontrado su primera prueba, se desdibujó cuando vio que el detective salía con un arma en la mano. El detective le disparó volándole, literalmente los sesos.

Unos minutos después su coche se ponía en movimiento. Manejó otros quince minutos e hizo la misma faena. Detuvo su coche se adentró a la maleza, localizó la banderita, esperó al competidor y cuando escuchó que se acercaba sacó su arma para después salir sorprendentemente y dispararle al otro competidor. Después regresó a su coche le dio la vuelta y se dirigió a la choza.

Entró a la choza y unos instantes después salía con una silla en la mano. Después de acomodarla se sentó a esperar a los dos competidores que en algún momento aparecerían. No tenía duda de quien era el primero en llegar. Solo esperaba no equivocarse en los tiempos. Éste había calculado que tendría suficiente tiempo como para decirle algunas palabras, antes de que llegara el otro contrincante.

Si bien no le sorprendió cuando vio a Aquiles acercándose a la meta, si le sorprendió el tiempo que este había hecho para llegar a la misma. Dio una sonrisa satisfecho por lo bien entrenado que estaba. Siempre lo había demostrado. Era el mejor soldado que jamás allá tenido México y difícilmente tendría uno igual.

Sacó un cigarrillo. Lo iba a prender, pero decidió esperar ya que Aquiles estaba llegando a él.

— Acércate — dijo el detective Huerta a Aquiles.

Aquiles obedeció, un poco sorprendido, por el hecho de haber encontrado al detective huerta sentado, esperándolos.

— Señor — dijo Aquiles, cuando se postró enfrente del detective.

— Quiero que lo mates a la primera oportunidad.

Aquiles por un momento no comprendió lo que el detective le quiso decir. Solo fue un instante, porque inmediatamente después, este reacciono. Miró al detective y cuando comprendió a lo que se refería e incluso comprendió que no lo iba a repetir. Este se retiró.

— Señor — dijo éste, retirándose y viendo como el detective encendía su cigarrillo.

El detective apenas había dado su primera fumada cuando sorprendido escuchó un ruido. Ese día era sin duda el día de las sorpresas. De gratas sorpresas. Ya que, si bien se sorprendió en el tiempo que Aquiles había llegado al lugar, lo sorprendió aún más la diferencia que había llegado el otro.

Luca, se frenó cuando en el lugar indicado se encontraba Aquiles esperándolo. Sabía que Aquiles le ganaría, así que eso no lo sorprendió, la sorpresa fue mirar sentado al detective. No había que ser un súper genio para adivinar que ambos personajes habían tenido una charla.

Luca inmediatamente olió el peligro. Los movimientos corporales de Aquiles le hacían saber

que éste se estaba preparando para una pelea. Sonrió. Sabía que esa pelea iba a ser una pelea en donde solo uno podía salir vivo (literalmente). Ahora todas sus sospechas del destino que habían corrido todos los competidores dejaban de ser sospechas. Algo le dijo que todas esas personas estaban muertas. Incluyendo a los otros dos que habían partido por el otro lado.

Empezó a sentir esa sensación que le indicaba peligro. Sensación que lo tenía aún con vida. No necesitaba nada más que sentir el corazón un poco acelerado, para saber que tendría que estar alerta. Aun no llegaba a la meta y aunque antes de frenarse venía a toda velocidad, ahora no se preocupó. Empezó a caminar lentamente hacia la misma. La muerte podía esperar. Recordó una vez que alguien había dicho “la muerte esta tan segura de sí misma, que te da toda una vida de ventaja”.

En lo que se acercaba al lugar donde ya lo esperaba Aquiles. Éste trató de que su corazón volviera a su estado normal. Relajó todos sus músculos, como cuando lo hacía al estar a punto de disparar y que lo había aprendido muy bien de su instructor. No tardó en lograr su propósito. Su cuerpo empezó aligerarse, su corazón regresó a su estado normal. Cuando llegó al frente de Aquiles, éste ya había preparado su guardia. Se olvidó completamente del detective y se enfocó en su objetivo. Aquiles.

Pudo esquivar el primer golpe de Aquiles, (que había sido una patada), pero apenas instantes después sintió como la mano de su contrincante le paso rosando su pecho. Inmediatamente después se tuvo que emplear a fondo para no ser conectado con algunos golpes combinados. Hasta el momento no había tirado ningún golpe. Tenía que guardarlo, como aquel boxeador que se sabe superado y apuesta todo al nocaut.

Como en cámara lenta vio el puño de Aquiles como se dirigía a sus costillas. Aun así, se protegió el mentón, sabedor que Aquiles cambiaría el rumbo del golpe. De allí pudo esquivar otros golpes. Aunque esquivaba los golpes podía sentir el poder de su contrincante y sabía que era cuestión de tiempo para que éste pudiera conectar uno. Así que tenía que jugar su única carta.

Cuando Luca llegó al lugar y se dio cuenta del peligro que corría. Éste tiró las banderitas que había colectado en su travesía. Sin embargo, ni Aquiles y mucho menos el detective, se dieron cuenta como rompía un pedazo de la vara de la banderita e inmediatamente serró los puños, pero agarró la varita entre sus dedos tratando de ocultarla.

Solo tenía que esperar que Aquiles tirara un bolado para usar su arma, aunque sin duda se arriesgaría a que lo conectara con su otra mano o con una patada. Pero si lograba su objetivo el impacto sería menor, por el dolor que Aquiles sentiría cuando la vara se le incrustara en el antebrazo.

El detective Huerta escuchó un grito antes de ver como Luca era conectado cerca de la oreja. Éste calló. Mientras Aquiles se agarraba su mano e instantes después se quitaba la varita. Luca ya estaba de pie, aunque todo desorientado. Vio como Aquiles se abalanzaba contra él y entonces Luca por primera vez intentaba dar algunos golpes. Ambos conectaron algunos. Luca se sorprendió ya que la adrenalina de Aquiles estaba en su totalidad, solo tenía que aguantar un poco más para cuando el dolor de su mano regresara.

Mas sin embargo Aquiles parecía invencible. Y aunque Luca había emparejado la pelea si se descuidaba era hombre muerto. El descuido llegó. No supo cómo fue conectado entre sus costillas sacándole el aire. Este golpe lo puso de rodillas. El detective Huerta vio como Aquiles se acercó lentamente a él. Ambos sabían que Luca estaba acabado. Éste alzó la vista y miró borrosamente a su rival, aun así, logró ver las manos de éste invitándolo a pararse. Luca como pudo se levantó. Esquivó algunos golpes e incluso pudo conectar uno, que hizo retroceder a Aquiles.

Pero parecía inútil. Nuevamente Luca fue conectado y volvió a caer, trató de levantarse, pero

sintió un fuerte dolor, debido a una patada. Después sintió como Aquiles lo agarraba por el cuello y empezó a faltarle el aire, no tenía fuerzas ni para patear. Cuando creía no aguantar más. A lo lejos escuchó un pitido y dejaron de presionarle el cuello.

Unos instantes después volvía a respirar bien y aunque cada vez que lo hacía le dolía, trataba de hacerlo una y otra vez para tratar de recuperarse. Parado enfrente de él se encontraba un personaje que no podría ser Aquiles ya que éste era más bajo y, sobre todo, porque se había dado cuenta que Aquiles estaba al lado de él, tirado ya sin vida. Ese personaje que no podía distinguir bien se trataba del detective Huerta.

— Puedes levantarte — escuchó decir Luca al detective, sin apreciar bien si había sido una orden o una pregunta.

Luca se levantó apenas unos instantes después.

— Sígueme — ordenó el detective

Luca con pasos torpes lo siguió. Vio como el detective pasaba a traer la silla en la que estaba sentado y se dirigió a la choza.

— Siéntate — dijo el detective señalando otra silla que se encontraba en la chocita.

Luca obedeció. Nunca, desde que habían llegado a ese lugar, había entrado a esa choza. Se veía amplia, no porque realmente lo era, sino porque no había muchas cosas. Tenía un par de colchonetas un refrigerador y un par de sillas de las cuales él ocupaba una, sentado frente a una pequeña mesa. Vio como el detective se acercaba con unas botellas de agua. Le dio una y se sentó frente de él.

— ¿Preguntas? — dijo el detective a Luca después de tomar agua.

Luca iba a decir algo, pero inmediatamente se retractó.

— Este va a ser uno de los pocos días que se te permitirá hacer preguntas. Las que quieras.

— ¿Porque a él y no a mí? — preguntó a boca jarro Luca

— Era el mejor, ¿cierto? — dijo el detective — solo que tenía un problema

— ¿Cuál? — volvió a preguntar Luca

— Bueno, el problema no era que fuera el mejor, si no que realmente se lo creyera. Que se creyera el número uno.

— Creí que de eso trataba este entrenamiento. Sacar al mejor — dijo Luca

— Efectivamente — contestó el detective —. Pero cuando empiezas a creerte que eres el mejor, en ese momento empiezas a bajar la guardia y crees que eres inmortal y cuando piensas eso, la muerte te regresa a la realidad.

Luca escuchaba atentamente. Se sorprendió que aquel tipo, tuviera argumentos tan válidos, pero lo que realmente le sorprendió es que el entendiera lo que le estaba diciendo y por supuesto que estaba de acuerdo.

— El ser o sentirse el numero uno — continuó el detective —. A mí no me sirve. Eso hay que dejárselo para el país vecino.

Luca entendió a qué país se refería

— Para mí es más importante tener alguien que se crea el numero dos —continuó el detective —. Y pensando así, siempre estará atento cuando se tope al que se cree el número uno. El numero uno siempre tratara de mostrarte sus habilidades antes de matarte.

Luca recordó el cuerpo de Aquiles tirado en el suelo, ya sin vida.

— El entrenamiento sin duda te dio muchas habilidades. Te hizo un muy buen soldado. El problema es que yo no necesito un soldado, si no un asesino. El entrenamiento sin duda que te servirá. Te servirá para escapar a toda velocidad si es necesario. Con el entrenamiento de cuerpo a cuerpo te servirá para enfrentarte a tus contrincantes, pero si algún día llegas a tener un

enfrentamiento cuerpo a cuerpo, sería porque fallaste como asesino. Lo que quiero que entiendas es que el enfrentamiento cuerpo a cuerpo sería un último recurso. Por eso se inventaron estos recursos.

Luca vio como el detective le enseñaba la pistola con la que había matado a Aquiles y después dirigió la mirada hacia la cocina donde se encontraban unos cuchillos.

— Quiero que seas un ninja y no un samurái — dijo el detective a Luca.

Éste lo miró sin comprender y entonces el detective le empezó a contar la diferencia entre estos dos guerreros asiáticos.

— El samurái tiene un código de honor — empezó con su relato —. Jamás pelearía con alguien si ve que tiene un mínimo de ventaja. Al contrario, mientras su oponente sea más fuerte, más mérito tendría su victoria y si este oponente llegará a ganarle, sería un honor morir en sus manos.

Luca escuchaba atento, aún adolorido por la pelea con Aquiles.

— Sin embargo — continuó el detective Huerta —. El ninja es todo lo contrario. Éste no desperdiciaría cualquier momento, descuido o debilidad de su contrario, para acabar con él. A diferencia del samurái, éste no tendría ningún problema matar por la espalda. De hecho, esta práctica era la más común de los ninjas

El detective Huerta, siguió contando las actitudes y aptitudes de ambos guerreros, remarcando siempre que él quería tener o ser un ninja ya que, para el mundo real un ninja era más apto para sobrevivir en un mundo donde lo menos que importaba era el honor.

— Luca — dijo el detective después de que terminara de contarle esa historia.

Fue la primera vez que el detective le llamaba así.

— Así te voy a llamar. Luca — volvió a decir —. ¿No has leído El Padrino? — preguntó.

— No — contestó el recién bautizado

El detective Huerta se levantó y en unos instantes regresaba con el emblemático libro de Mario Puzo.

— Léelo — dijo —. Te va a gustar y retírate de cualquier italiano — agregó con una sonrisa.

Eso había pasado mucho tiempo atrás y el detective Huerta no se había equivocado, realmente le gustó la historia del libro. Aunque no sabía si le había puesto Luca porque realmente creía que sería un asesino, como el Luca del Padrino o era porque el detective Huerta se creía Vito Corleone.

Le gustó tanto el libro que, empezó a tener gusto por los mismos. De esa forma se topó con la historia del mítico Aquiles, el guerrero griego, que había dejado su huella en la famosa guerra de Troya. Y que fue derrotado por su aún más famoso talón. Y comprendió que cualquiera, por muy bueno que fuera tenía un punto débil. No tuvo que pensar mucho para saber cuál fue su talón de Aquiles, del Aquiles del campamento. Sin duda había sido el ego.

Luca, después de haber abandonado y prendido fuego el coche que había robado se dirigió al hotel donde se hospedaba. Ya dentro de su habitación prendió la televisión. Aunque estaba cansado, sabía muy bien que no descansaría, hasta ver las noticias, que sin duda darían la fuga del Chacal. Estuvo despierto toda la madrugada, hasta el amanecer, que fue cuando un periodista daba la noticia, de que el narcotraficante más poderoso de México y que se encontraba en la cárcel de alta seguridad se había escapado, apenas un par de horas atrás, aunque él sabía, que esa fuga llevaba muchas más horas.

— Aun no se sabe cómo el narcotraficante más peligroso del país logró

salir de su celda — Escuchó Luca decir al periodista a través de la tele.

Le subió un poco más a su televisor, aunque no mucho, por si alguien estuviera despierto en el cuarto de al lado.

— Lo que es cierto es que los guardias se dieron cuenta de esta fuga — continuó el presentador de noticias —. Cuando el delincuente llegó hasta la puerta que daba hacia la calle y traía consigo a otra persona más, que después se dieron cuenta que era un guardia del penal y que lo tenía encañonado con una pistola, en la cabeza, aparentemente la misma pistola del guardia. El delincuente les gritaba que abrieran la puerta y que no intentaran nada, ya que si lo hacían mataría al rehén. El rehén les gritó valientemente a sus compañeros que no le hicieran caso y que le dispararan aun a costa de su vida ya que este delincuente era nada menos que el Chacal del Norte, ya que hasta ese momento los custodios de la puerta principal aun no sabían quién era el que se estaba fugando.

Luca no pudo reprimir una sonrisa.

— Después de unos tensos minutos — continuó con su relato Abraham Torres —. Los guardias llegaron al acuerdo de abrir la puerta. Inmediatamente lo hicieron, como de la nada apareció una camioneta blindada. Con algunas personas adentro, el chacal le disparó a su rehén e inmediatamente se introdujo a la camioneta, mientras los hombres que estaban adentro de la misma sacaban sus metralletas y empezaron a disparar hacia el penal, fue cuando todos en la cárcel se dieron cuenta que algo grave estaba pasando y encendieron las alarmas y las luces. Los delincuentes arrancaron a toda velocidad, no antes de dejar a otro guardia muerto. Inmediatamente tres guardias armados subieron a su camioneta y empezaron a seguirlos.

Luca miró como el presentador hizo una pausa antes de continuar, como si la noticia que estaba dando, realmente le estuviera afectando “actor al fin y al cabo”, pensó.

— Pero a unos escasos kilómetros de allí — continuó el periodista —. Los estaban esperando en una emboscada, donde fueron acribillados, y asesinados inhumanamente. Después de las investigaciones correspondientes y de verificar en el penal de alta seguridad, se informó que el que se había escapado, era nada menos que el Chacal, el narcotraficante más famoso de México. Y que dicha desgracia había dejado cinco guardias muertos y algunos más heridos. Este.....

Luca apagó la televisión no necesitaba escuchar más, se dispuso a bañar y a dormir como un angelito. Sabedor que su trabajo estaba hecho.

Capítulo 8

UNOS MESES DESPUES

— ¿Por qué no te quedas un rato más? — dijo, Raúl Palafox

— Tienes razón — contestó su acompañante, en la orilla de la cama —. ¿Y qué te parece si después salimos a comer y más tarde vamos al cine?

Raúl Palafox se quedó callado, tumbado en la cama, escuchando los sarcasmos de su amante. Aunque le divertía mucho su forma de ser, a veces lo confundía, con sus aparentes peticiones. Él sabía que lo que le había pedido era imposible. Primeramente, porque era casado y en segunda, en cualquier lugar que fueran, serían reconocidos inmediatamente, ya que, si su seguridad era discreta, no se podía decir lo mismo de aquel ciudadano común, que podrían verlo a él y a su acompañante. No todos los días se veía al presidente de la república, junto con la actriz del momento.

Aunque por otra parte sabía que aquello que le había propuesto su amante era nada más para divertirse con él. Aún estaba muy resiente la supuesta fuga del Chacal y su popularidad había bajado, aun cuando apenas unos meses antes había ganado con un amplio margen, las elecciones presidenciales. Algunos Periodistas tanto nacionales como internacionales lo llamaron, el presidente del cambio. Pero con lo que había ocurrido, con el Chacal, muchos empezaron a dudar que lo fuera. Incluso empezó a correr el rumor, que él sabía lo de la fuga. Aunque no era así.

— ¿Quieres que te lleven, algún lugar? — se ofreció el presidente.

— Tomare un taxi — Contestó la actriz.

Terminó de arreglarse, le dio un cariñoso beso en la mejilla del presidente y se despidió.

— No olvides de verme en la noche — alcanzó a decir, antes de cerrar la puerta.

No es que se volvieran a ver ese día, sino que, en la noche, en horario estelar, se estaba transmitiendo su novela.

Ella se llamaba Abigail Nájera. No era una mujer hermosa, pero si muy atractiva. Era rubia, apenas rayando la estatura que necesitaba una actriz para ser la protagonista estelar. Aunque había sus excepciones. Una de las virtudes que debía tener una actriz para el papel principal, era la estatura y ella estaba en lo permitido. Tenía ojos verdes. nariz pequeña, unos labios sensuales, su piel de todo el cuerpo, no tenía imperfecciones y lo que la hacía ver un poco más atractiva, era ese aire de ausente y melancólica.

Sin embargo, aquellos que la conocían en el medio, la consideraban antisocial, aunque no antipática. Lo cierto era que a ella le gustaba hablar, pero no con la mayoría de gente con la que trabajaba. no tenían temas de conversación. Cuando hablaba con otras actrices, más o menos de su edad, se la pasaban hablando de tonterías o mordiendo a otra actriz (que no estuviera presente, claro está). Cuando hablaba con las actrices mayores y las cuales le parecía que era la gente más preparada en el medio, éstas siempre estaban a la defensiva, como echándole la culpa por estar apoderándose de los papeles principales que algún día habían sido de ellas. Y cuando hablaba con un actor, casi siempre terminaban hablando de ellos mismos o haciéndole excesivos cumplidos.

Rara vez llegaba hablar con alguien de cosas serias, como algún acontecimiento político del país, o internacional. No es que le interesara cambiar al mundo, pero ella pensaba que, si tenía que hablar, que fuera algo interesante, que las pláticas no fueran de la novela que estaba haciendo

o de los personajes de esta.

Otro tema de conversación que le gustaba mucho era hablar de libros, más sin embargo en ese medio que se movía, no había muchos que solieran leer un buen libro, según, que, porque tenían que repasar todo el día sus personajes, porque eran unos profesionales. Más bien ella pensaba que eran estúpidos, porque cualquiera podía aprenderse las líneas de una novela estúpida y que seguramente esas mismas líneas ya las habían dicho en otra novela, nada más que con diferente nombre.

Así que después de terminar de grabar, las escenas del día optaban por irse a su departamento, ir de compras a algún lugar interesante, donde nadie la reconociera, aunque muchas veces eso era imposible, siempre había alguien que dijera, " miren allá está la Abigail Nájera ", en los mejores de los casos, ya que casi siempre le llamaban por el nombre que aparecía, en la novela que estuviera trabajando. Y entonces en poco momento se tenía que retirar de ese lugar para no ser molestada por sus fans.

— José Rodrigo, si piensas que voy a permitir que te acuestes con cualquiera y después vengas a verme como si nada, estas muy equivocado.

— Pero no sé qué paso, esas potas que te enviaron...

-- Coorteeeee.

En la sala todo se iluminó. Era de noche y Abigail y demás compañeros, se encontraban grabando las escenas de la novela. Ella se encontraba un poco estresada, tenía un par de horas de grabación, más de lo que esperaba, aunque estaba acostumbrada a las equivocaciones de su colega, esa noche había roto récord.

— Esas notas, no potas — se escuchó alguien en el fondo con acento de fastidio.

El Tal José Rodrigo se llamaba: Francisco Collado y era el actor del momento y protagonista de la novela, junto con Abigail. Según los programas de farándula lo ponían como el actor más codiciado del medio y el hecho de que fuera soltero, hacía que su fanaticada aumentara. Media, un metro ochenta centímetros, aunque él decía que media, uno noventa. Era de aspecto rudo, aunque era joven y su fisonomía se lo debía a las horas excesivas en el gimnasio y uno que otro producto que ayudaba a tener el cuerpo que presumía. Empezando por unos brazos fuertes y regordetes, tenía espalda ancha, de tez morena, ojos cafés oscuros y era guapo. Por tal caso cuando se presentaba en algún lugar donde hubiera muchas mujeres, estas se descontrolaban y empezaban a gritar su nombre. Él se los agradecía, mandándoles besos, no importaba si estuvieran feas delgadas, bonitas o gordas, según él (y como siempre decía) que se debía, a todas ellas y que él disfrutaba al provocar tanta excitación.

Aunque Abigail, como algunas más de aquel medio, sabían que era gay. Y también se rumoraba que andaba con algún productor de novelas y que era su protegido. Solo así, se explicaba que dejaran grabar a alguien tan malo como él, retrasando el rodaje por las equivocaciones tan recurrentes y por si fuera poco, su ego, no le ayudaba para simpatizar con sus compañeros actores y actrices.

— José Rodrigo, si piensas que voy a permitir que te acuestes con cualquiera y después vengas a verme como si nada, estas muy equivocado — repitió pulcramente su guion, Abigail.

Abigail le pareció una eternidad la respuesta de su pareja, esa misma eternidad le parecieron a todos los del staff y seguramente si estuvieran viendo esa escena en los hogares mexicanos, también les pareciera una eternidad y eso era por una sola razón, que su guion de José Rodrigo, se le había olvidado.

— Corteeeeee — se escuchó en la sala nuevamente.

Abigail solo le dio por sonreír, una sonrisa no de enojo si no de frustración. Se preparó para tener una larga noche.

Abigail despertó muy tarde al otro día de esa horrible noche de grabación. Se preparó un café y prendió la televisión. Estaban transmitiendo un programa de farándula. De vez en cuando le daba por ver algunos programas de chismes, en especial cuando terminaban una novela. Todos los protagonistas salían en esos programas, riéndose entre ellos como si fueran los mejores amigos del mundo. Agradeciéndose los unos con los otros. Sin embargo, ella sabía que casi todas las novelas terminaban con grandes enemistades, por el tiempo que pasaban juntos y por tanto ego entre ellos.

Ella intentó un par de veces salir en esos programas con todos sus compañeros, al finalizar la novela, pero se sentía fuera de lugar. Así que optó por no hacerlo y se presentaba muy de vez en cuando en el medio artístico, aunque su representante le decía que tenía que salir más en la televisión, para que el público no se olvidara de ella. A lo que ésta, solo respondía que lo consideraría, pero no lo hacía y rechazaba muchas de las entrevistas que le querían hacer. Sorprendentemente, eso hizo que fuera más acechada y deseada por los medios de espectáculos. Así se dio cuenta que era mentira eso de que, si querías tener más trabajo, deberías salir más en esos programas de chismes, tantos como se pudiera.

Al esconderse de los medios, se dio cuenta que había algunos actores o cantantes que hacían lo mismo y nunca les faltaba trabajo. Uno de ellos era nada menos que Luis Miguel. Uno de los cantantes mexicanos más deseado y querido por sus fans. Este artista se perdía por mucho tiempo y pareciera que el público lo olvidaba. Sin embargo, cuando decidía salir en los medios, para promocionar un disco o un concierto, rompía récord de transmisión y su público de planta, como alguno que otro más, que diario se echaba al bolsillo, se presentaban en donde fuera que éste se presentaba. Así que ella hacía lo mismo.

Prefería quedarse en su apartamento, leyendo algún libro, imaginando que era alguno de esos personajes. Se veía en las páginas del libro, ayudando a Ulises, en su regreso a Ítaca. Imaginaba y a veces se sentía una miserable más de Víctor Hugo. Por momentos se creía D'Artagnan, el noble caballero y en ocasiones como Milady, la condesa de Winter. Que importaba no salir de ese lugar, cuando se había visto en Macondo o en Comala. Había conocido parte de los Estados Unidos, al lado de Lolita y Humbert Hulbert y había vivido muchas aventuras más, gracias a los libros leídos.

También empezó a ver que tenía otras ventajas en no salir mucho en los medios de comunicación. Ya que veía, a las otras protagonistas de otras novelas, como salían en un programa u otro diciendo lo mismo, línea por línea, como si se hubiesen aprendido un guion más, para una novela. También se dio cuenta que por mucho que se hubieran aprendido lo que iban a decir en estos programas, de vez en cuando decían otras cosas, contradiciéndose en lo que habían dicho, anteriormente.

Otras de las cosas que le hacía dudar en presentarse en estos programas, eran los periodistas de espectáculos. Había muy pocos entrevistadores que le parecían interesantes para charlar y si bien las actrices y actores se le subía el ego cuando empezaban a ser famosos, con los periodistas de espectáculos pasaba lo mismo.

Trataban de ser los primeros en entrevistar a una gran estrella. y cuando lograban su cometido les hacían excesivas apreciaciones, no las contradecían y las trataban como si fueran sus mejores amigas o amigos. Todo esto con tal que a la siguiente vez le concedieran otra entrevista, para poder restregarles en las narices a sus colegas, que él o ella, si era realmente amigo de las

grandes estrellas.

Mas sin embargo cuando Abigail terminaba de ser entrevistada, casi siempre salía desilusionada y tardaba en acceder otra entrevista. Le parecía que solo le hacían preguntas estúpidas, que a ella no le quedaba más remedio que contestar. Nadie le preguntaba algo interesante o trascendental para algo. Se le hacía, los periodistas de espectáculos, los más incultos del medio, incluso más que los actores o actrices. Al menos estos últimos, tenían que aprenderse algún guion.

Estos periodistas solo tenían que hacer preguntas estúpidas y alabar la gran labor del escritor o escritora de la telenovela, dando excesivos cumplidos, comparándolos con unos verdaderos escritores literarios.

Abigail siempre se preguntaba si realmente creían eso o les pagaban para mencionar a estos escritores de telenovelas, que no hacían más que cambiar los nombres de sus personajes para sacar otra telenovela. Y siempre caía en la conclusión de la segunda opción, ya que eso era muy común en el medio. Se sabía que algunos representantes de actores y actrices, no muy famosos, les pagaban a estos periodistas para que mencionaran a sus pupilos. Así que pensaba que, con los escritores o productores de estas novelas, pasaba lo mismo.

Una vez Abigail accedió a una entrevista, con uno de los más importantes periodistas del medio e hizo alusión a un capítulo de su telenovela, diciendo que le había gustado mucho. Coincidentemente a ella, también le había gustado.

— Oye cuéntanos de esa escena, donde sales gritando que jurabas que jamás volverías a dejarte de nadie y qué harías cualquier cosa por no pasar hambre— le dijo el periodista —. Esa escena me gustó mucho y más cuando lo dijiste, alzando la mano.

— Bueno esa escena fue inspirada en una novela que escribió Margaret Mitchell. — contestó.

Abigail se le quedó viendo, al ver que el entrevistador se quedó callado.

— ¿No sabe quién es ella?

— No — contestó

Por un momento se quedó pensativa "pendejo pensaba que esa escena se le podría ocurrir al escritor de una telenovela barata".

— Bueno pues. Es una novela que se llama: Lo que el viento se llevó — una chispa en los ojos de ella se notó nada más al pronunciar ese libro —. Es una gran novela y después fue llevado al cine y...

— Bueno eso no importa. lo que importa es que a ti te salió muy bien.

Abigail se molestó por ser interrumpida ya que si había un libro que le gustaba era ese. Por un momento llegó a creer que por fin podía conversar de algo interesante con ese entrevistador, pero se dio cuenta que, a éste, no le interesaba y siguió haciéndole preguntas sin importancia y alabando su trabajo de ella como a la escritora de esa telenovela.

Al terminar la entrevista se despidió y caminó hacia su coche. mientras lo hacía, recordó lo que un artista español, le había dicho a un periodista. **Los artistas son tratados como retrasados. A un político o científico le mandaban al mejor periodista y sin embargo al artista le mandan a cualquier guilipollas.**

Mientras caminaba hacia su auto para dirigirse a su departamento, le dieron ganas de abandonar la televisión. No era la primera vez que lo pensaba, pero después recapacitaba y recordaba que realmente le gustaba actuar. Tal vez sería por su amor a las grandes películas y si quería trabajar en la meca del cine mundial, tenía que empezar por algún lugar, aunque a veces creía que estaba en el lugar equivocado ya que no le gustaba hacer programas mediocres y al

parecer de ella, muchas de las telenovelas, lo eran.

Ella siempre se había imaginado en trabajar en Hollywood. De hecho, si entró a hacer telenovelas, era porque pensó que de allí podía saltar a Hollywood, como lo había hecho ya otras actrices. Pero siempre que le decía a su representante que, si podía recomendarla a Estados Unidos, éste decía que iba a tratar de contactarse con un amigo que tenía, pero que era un mercado muy competido. Aunque ella siempre sospechaba que su representante no hacía nada para ayudarla a salir de allí.

Capítulo 9

Abigail abrió la puerta e inmediatamente apareció el presidente de la república. Apenas éste cerró la puerta, la tomó por la cintura y la acercó a él. Empezó a besarla y acariciarla. Ella sin dejar de besar a su amante se encaminó a la habitación. En el trayecto se fueron despojando de sus ropas y para cuando llegaron a la cama los dos amantes estaban completamente desnudos y empezaron hacerse el amor inmediatamente.

En alguna parte del norte a esa misma hora se encontraba el Camaleón y sus secuaces. Desde que el Camaleón había tomado el mando de la familia y con la ayuda del detective Huerta, habían incrementado el ataque a las familias rivales que se estaban apoderando de la zona que antes había pertenecido al Chacal del Norte.

Pensó mucho en como contarles a sus amigos lo de la supuesta fuga del Chacal, incluso pensó mucho en decirles la verdad. Sin embargo, una de las condiciones que le hizo saber el detective Huerta era que nadie más supiera eso, hasta nuevo aviso. Así que descartó esa posibilidad.

Así que el mismo día y en el mismo momento que el Chacal había sido asesinado por Luca, éste le estaba contando a sus amigos que a esa misma hora su jefe se estaba fugando de la cárcel y estaba rumbo a un país vecino y que por seguridad de todos, se haría el trabajo a través de él. Se quedó viendo la reacción de sus compinches temiendo lo peor. Sin embargo ambos amigos dieron saltos y se abrazaron celebrando el hecho. Después ambos amigos lo abrazaron.

Así que hora se encontraban viendo un programa mañanero mientras jugaban cartas y bebían cerveza. Unos instantes antes el Camaleón les había dicho que había recibido una llamada, haciéndole saber que habían ubicado un cargamento de droga de un cartel rival y que iban a detener. Mientras esperaban la confirmación de la detención de sus rivales, jugaban a las cartas y veían ese programa mañanero que se había hecho muy popular por su carismático presentador. Mientras el Shaggy, que era el sobrenombre de uno de sus amigos, barajaba las cartas para el siguiente juego, el presentador del programa mandaba a comerciales.

Comerciales que duraron muy poco, ya que regresaron inmediatamente y en la pantalla del televisor, vieron algo que hizo que inmediatamente aventaran todas las cartas que tenían en la mano, prestando toda la atención en lo que veían en el televisor y escuchaban al sorprendido conductor de ese programa mañanero e incluso se escuchaban algunas exclamaciones de sus colaboradores en el set.

Mientras tanto, no lejos de allí y a esa misma hora se llevaba a cabo una operación, antidroga. Unos agentes de la AFI (Agencia Federal de Investigación) que eran las nuevas fuerzas antidrogas que se habían formado, después de la supuesta fuga del Chacal, llevaban esta operación. En ese grupo también se encontraba, el agente Rodney R. Campbell. Que, si bien era un agente, no era agente de la AFI, si no de la DEA. Llevaba algunos años trabajando en Latinoamérica, de los cuales llevaba más o menos un año y medio en México.

Había nacido en el Bronx. Era el cuarto de los seis hijos que tuvieron sus padres, de los cuales dos eran mujeres. Había tenido una adolescencia bien, a pesar de los acontecimientos en el país, propio de la raza negra. Y esto se debió a que siempre se sintió como el resto de los americanos, ni más ni menos que nadie. Se dedicó a estudiar hasta donde más pudo, pero tuvo que abandonar

los estudios, cuando su padre murió y su madre no pudo solventar los gastos de éste, por lo cual se dedicó a trabajar en una pequeña compañía de construcción. Hasta que decidió reclutarse para las fuerzas del orden de New York y más tarde hiciera lo mismo con la agencia de la DEA.

— Algo está pasando — escuchó decir al jefe de la operación en voz baja.

Llevaban toda la mañana esperando cerca de un taller mecánico. Les habían dicho que ese día iba a ver un cargamento grande de droga y que posiblemente el jefe de ese cartel iba a estar en ese lugar. Llevaban un buen tiempo tratando de agarrarlo y estaban seguros de que esa mañana por fin lo iban a lograr.

Tenía como media hora que había llegado una camioneta, de la cual bajaron tres tipos, pero ninguno se parecía al jefe del cartel. Sin embargo, ellos sabían que era cuestión de tiempo, ya que estaban seguros de que el jefe de ese cartel iba hacer su aparición en ese lugar. Y sin duda iba a ser así. Si es que ese día no hubiera ocurrido una verdadera tragedia en el país vecino.

El agente Campbell miró como el jefe de la operación hablaba con alguien por teléfono. Después vio como los tipos que llegaron en la camioneta salían y arrancaban la camioneta, para después irse de ese lugar.

— Vámonos de aquí — escuchó decir el agente Campbell al jefe de la AFI.

— ¿Qué pasó? — preguntó el agente Campbell sorprendido.

— Aquí no va a pasar nada — contestó el agente de la AFI —. Nada comparado con lo que va a pasar en su país agente Campbell — agregó con cierto orgullo por la noticia que le iba a decir. No todos los días un agente mexicano sabía más que un americano.

En ese momento el teléfono del agente Campbell empezó a vibrar, ya que lo tenía en silenciador. Aun así, el agente mexicano se dio cuenta de la llamada. Desilusionándolo un poco, porque de seguro la llamada tendría que ver con lo que él le iba a decir.

— Hello — contestó en inglés el agente Campbell, sabedor que el que lo llamaba era su jefe.

La noticia que le dieron lo dejó helado.

El presidente de la república, después de hacer el amor con su amante, se quedó en la cama, con la promesa de que su amante, la actriz Abigail le haría el desayuno y se lo traería a la cama. Estos gestos los tenía seguido Abigail y eso era precisamente lo que le gustaba al presidente tanto, que sin duda ya no podía negar que se estaba enamorado de ella.

Otra cosa que le gustaba era sin duda la forma de vivir de ella. Sin duda tendría dinero suficiente para comprarse una enorme casa. Y si no fuera el caso el mismo se la compraría, proposición que nunca se lo hizo porque sabía que ella lo rechazaría rotundamente. También podría tener servidumbre, sin embargo, le gustaba hacer las cosas ella misma y en lugar de una mansión llena de servidumbre, vivía en ese pequeño departamento sola.

Agarró el control de la televisión. La encendió justo cuando el presentador, señalaba una de las torres gemelas donde se veía mucho humo.

— Una avioneta — decía el presentador — una avioneta que se estrelló en una de las torres.

Abigail regresó al cuarto con una bandeja en sus manos y al ver al sorprendido amante dirigió su mirada al televisor. Al ver lo que estaba pasando se sentó en la orilla de la cama sin soltar la bandeja.

— ¿Qué pasó? — aventó la pregunta al aire, esperando respuesta del presidente o del mismo presentador.

La pregunta fue respondida y no necesariamente con una voz si no con una imagen. Tanto ella

como el presidente Palafox vieron en el televisor como un avión comercial se acercaba velozmente a la otra torre. Éste se estrelló en dicha torre aventando inmediatamente fuego por todos lados. Ella aventó la charola que tenía en sus manos desparramando todo en el piso, mientras el presidente Palafox acercó todo su cuerpo al televisor, sorprendido y con el corazón a mil. No tenían que ser unos genios para saber que eso que estaba ocurriendo no era un accidente. América estaba bajo ataque.

— ¡Ese es el pentágono, Vieron ustedes! — decía el presentador de programa, cuando cambiaron las imagines de las torres gemelas al pentágono, mientras sus compinches comentaban sorprendidos los acontecimientos.

En el set se escuchaba cada uno del que se encontraba allí, aunque no saliera en pantalla.

— Parecía un edificio de la ocupación en mil novecientos cuarenta y siete-cuarenta y ocho. Parece Bosnia — continuo con su relato el presentador del programa.

Tanto el presidente como Abigail se quedaron como hipnotizados al ver las imagines.

— Jamás se iba a pensar que en los Estados Unidos — decía el presentador —. Que han hecho tropelía y media alrededor del mundo entero, hoy estén viviendo en carne propia los sufrimientos, los dolores, los fuegos y los ataques que ellos han propinado con alegría y generosidad.

Abigail podía escuchar sus latidos de su corazón e incluso juraba que escuchaba también el de su amante como apenas unos instantes que habían terminado de hacer el amor. Estuvieron un buen rato viendo como por las calles de New York la gente miraba desconcertada lo que estaba pasando. Unos minutos después las imágenes cambiaban a otro lugar donde se veía que otro avión había caído.

— ¡Ya calló una torre! — decía con un grito el presentador viendo como caía la primera.

Todos en el set gritaban horrorizados por los acontecimientos. Unos instantes después el presentador decía que la segunda torre también había caído.

— En está mañana de martes once de septiembre del año dos mil uno, donde a Estados Unidos fuerzas, todavía no sabemos de dónde — continuaba diciendo el presentador —. Ellos ya lo saben. No sabemos si puede ser de Irak, o puede ser de los palestinos, o pueden ser los radicales dentro de Estados Unidos, ellos ya lo saben y pronto tendrán que darlo a conocer en palabra o en obra o en acto o en reacción, pero por lo pronto, minuto a minuto, hemos visto el batacazo completo en la espina dorsal, política y económica de estados unidos, y seguimos con ello.....

De repente Abigail reaccionó y volteo a ver a su amante. Éste se percató de su mirada y volteo a mirarla también. Por un instante no pudo descifrar lo que su amada quería decirle con la mirada. Sin embargo, después de algunos segundos reaccionó. Se levantó como pudo y se empezó a vestir.

Por un momento se lo olvidó que él era el presidente de la república y que seguramente a esa hora lo estarían buscando y sin duda más tarde tendría que salir en la televisión. Así que después de vestirse le dio un beso a su amada y se marchó.

Abigail se acomodó en la cama y estaba segura de que no saldría ese día de su apartamento, para enterarse de lo que estaba pasando y de lo que iba a pasar ya que Estados Unidos no se iba a quedar con los brazos cruzados. Ya que no perdonarían a quien fuere que haya hecho eso.

— **Queridos compatriotas** — escuchó decir Abigail al presidente de México, ya cambiado y con aspecto serio, dándole las condolencias y ofreciendo su apoyo al país vecino.

Capítulo 10

CINCO AÑOS DESPUES (2006)

El presidente Palafox, se encontraba sentado en una amplia oficina, junto con otros tres personajes. Eran las nueve de la mañana, de ese mes de febrero y como siempre, cada mañana, ya había corrido sus acostumbrados kilómetros, antes de trabajar. Eso lo ayudó a despejarse de la noche anterior, ya que no se la había pasado muy bien con su amante, la actriz Abigail. De hecho, ella le había dicho que no lo vería más. A pesar de que él, no estaba de acuerdo, también cada vez se le hacía más difícil tapar esa relación que empezaba a rumorearse por los pasillos de Los Pinos, como en el país. Así que decidieron que era lo mejor.

Ese día iba a tener una junta muy particular. El país no iba muy bien y su popularidad, jamás la recuperó y que la había perdido desde el primer año de gestación y que fue por la supuesta fuga del narcotraficante más poderoso y famoso de México. De allí vinieron otros incidentes, como la devaluación del peso, heredado por su antecesor, el Lic. Adalberto Centeno. Éste habría sido el vicepresidente del país si Francisco Villavicencio no hubiese sido asesinado, pero al pasar ese acontecimiento, el Lic. Centeno paso a ser el candidato a la presidencia, que posteriormente, ganara convirtiéndose así en el presidente, ese sexenio.

También este presidente le había dejado un asesinato que conmovió a todo el pueblo mexicano y que fue el asesinato de uno de los más famosos presentadores de la televisión mexicana. Este asesinato había sido en mil novecientos noventa y nueve y que le dio impulso a su candidatura prometiéndole a los votantes que esa clase de asesinatos en su gobierno no iban a quedar impune y que si lo eligieran ese caso como algunos otros se resolverían en su gobierno.

Lejos de cumplir con sus promesas, tuvo que lidiar con lo ya mencionado, la fuga del chacal y algunos asesinatos de servidores públicos que no se habían resuelto. Las huelgas laborales se habían incrementado y otros problemas más, tan comunes en un país caótico como México.

Uno de los que estaban con él, en esa oficina era, Don Germán De La Rivera y era el anfitrión de la reunión. Don Germán De La Rivera, era considerado la persona más influyente y poderosa del país. Allí no se hacía nada, que no estuviera enterado él. En el rostro, como en el cuerpo se notaban las noches largas que había pasado, para poder construir su imperio. Aunque su padre había tenido suficiente dinero para que él y toda su familia no pasaran apuros, él no se conformó y después de la muerte de su padre, se encargó de acrecentar su dinero y construir su propio imperio.

Nadie le había regalado nada y desde muy joven se dijo que, si había que vivir, lo iba a ser a su manera. Arriesgando, inclusive la vida para lograr sus objetivos. Hasta ahora nadie podía decir que no había logrado lo que se había propuesto. Él podía poner presidentes, escoger sus candidatos, para la presidencia y si alguno de estos se desviaba del camino indicado, los podía quitar o liquidar como en el caso del candidato a la presidencia por parte del PRI, Francisco Villavicencio.

Era de origen judío, nacido en España, pero a los pocos meses, sus padres lo llevaron a vivir a México. donde se quedó para siempre. Era blanco, ojos azules, delgado, pelo castaño claro. Uno ochenta de estatura, aunque aparentaba menos, debido a que caminaba un poco encorvado. Tenía setenta y dos años. Aun así, aunque en el cuerpo se notaba los estragos de los años, no era así con su cerebro, ya que la inteligencia y audacia que tenía parecía no tener fin.

Se sabía muy poco de él. No salía en periódicos o revistas ni mucho menos en la televisión, tenía muchos negocios y un imperio que mantener en pie, como para perder tiempo en esas cosas. Muy pocos personajes lo podían ver y siempre y cuando él quisiera. Ese era el caso ese día.

Otro de los personajes que se encontraban ese día era el senador, Ernesto Portillo. Era un senador priista y como de costumbre, era el mejor vestido de esa reunión. Entre los políticos, era el más influyente, ya que nadie podía ver al gran señor, que no fuera a través de él. De haber querido hubiera sido presidente de la república, como alguna vez se lo había propuesto Don Germán, pero la verdad era que no le interesaba. Don Germán, tampoco insistió en eso, ya que lo prefería tenerlo en las penumbras, desde allí hacia su trabajo muy bien.

Si hubiera querido ser presidente, de una u otra forma la gente del pueblo tendría un político más a quien echarle la culpa por su situación. Sin embargo, desde donde trabajaba el senador Portillo, no necesitaba estar expuesto a la gente y si no estás expuesto, es más fácil trabajar. Tomando o acatando decisiones, sin tener que meditar si esas decisiones, serían buenas para el pueblo. Su trabajo no era ver los intereses del pueblo, sino del gran señor. Don Germán De La Rivera.

Para dar explicaciones al pueblo, para eso estaban los muchos políticos, que mataban, (literalmente) para salir en los medios de comunicación. Había mucha gente de ellos con gran ego y darían cualquier cosa para que fueran reconocidos, no importaba si fueran odiados, lo que importaba era que los reconocieran como uno de los dirigentes del país y tal vez algún día serían el primer mandatario, a la vista del pueblo, no así a la vista del senador Portillo y por supuesto de Don Germán De La Rivera.

Así que con el paso del tiempo el senador Portillo, se alababa el mismo, por la decisión que había tomado. En lugar de ser un presidente por algunos años y que su poder terminara cuando saliera de la presidencia, prefería ser un simple senador, un simple senador con extremo poder, aún más que el propio presidente, apenas unos escalones más abajo del gran señor y últimamente del otro personaje que se encontraba entre ellos y que era el hijo de Don Germán. Julio Cesar De La Rivera.

Julio Cesar De La Rivera, aunque todos lo llamaban Don Julio, era el Benjamín de la familia y el único varón de los tres hijos de Don Germán. Tenía cuarenta años y era muy parecido físicamente a su papá. Solo por tres cosas se podía decir que no eran gemelos. Una era la estatura ya que él media uno setenta, otra diferencia, era un pequeño lunar en el lado izquierdo de la frente y otra y la más vistosa, era claro está, la edad.

Don Julio era sin duda el heredero del Imperio Azteca. Era igual que su padre, inteligente, culto y audaz para los negocios. En las escasas juntas que hacían con desconocidos, jamás se contradecían. Si el papá decía algo que se tenía que hacer, el primero que lo aprobaba era su hijo y viceversa. Esa espontaneidad al aprobar lo que dijera uno o el otro, no era hecha sin pensar, esa espontaneidad, venía con unas horas de discusiones entre ellos solos y no descansaban hasta estar totalmente de acuerdo en las ideas que tenían y si había algo en lo que no estaban de acuerdo y no llegaban a solucionarlo para la fecha de la reunión, la suspendían, el tiempo que fuera necesario, hasta que arreglaran las diferencias de ideas entre ellos, y ya hechas las aclaraciones, entonces sí, volvían a convocar la reunión. Así que por eso jamás los vieron estar en desacuerdo con lo que se tenía que hacer.

Al principio Julio Cesar, solo tenía que participar muy poco, es decir se limitaba a apoyar a su padre. Solo algunas veces hacía algunos comentarios en la junta, pero la mayoría de las veces, el que llevaba la batuta, era su papá. Pero últimamente, Don Germán, lo dejaba participar más en las reuniones, inclusive algunas órdenes, las daba el.

La primera vez que hizo eso, fue en una reunión donde se encontraban solo el senador Portillo y ellos dos. El senador Portillo, antes de acatar la orden, (ya que le sorprendió que esa vez la orden la diera Julio Cesar y no su padre) volteo a ver a Don Germán. Don Germán no dijo nada y entonces el senador Portillo entendió. Desde ese día en adelante, el hijo del jefe se iba a ir inmiscuyendo más en las ordenes que se daban. El senador Portillo, que no era tonto se dio cuenta que, si el hijo empezaba a dar órdenes, era porque su padre, le estaban preparando el terreno para ser el nuevo jefe y dejando claro que el retiro de Don Germán era eminente.

Ese día se encontraban reunidos para darle un repaso a los acontecimientos del país, pero sobre todo y de lo que se hablaría primero, sería sobre algunos políticos, quienes eran candidatos a la presidencia de la república, ya que ese año, serían las elecciones presidenciales. Las precandidaturas de cada partido habían acabado y ya se sabían los nombres de los candidatos a la presidencia. De los cuales dos de esos candidatos, de los principales partidos, fueron sugeridos de Don Germán De La Rivera y que con la ayuda del senador Portillo fueron elegidos para ser precandidatos en su respectivo partido.

Uno de ellos se llamaba Cristóbal Fernández y era el candidato por parte del PAN. El otro se llamaba Hugo Barreto por parte del PRI. Ahora que ya eran ganadores, tendrían que escoger a que candidato apoyar.

— Lo escucho senador — habló Don Germán De La Rivera, abriendo el debate —. ¿Cuál es su candidato?

El senador Portillo agradeció el aparente gesto de Don Germán, al preguntarle su opinión, aunque él estaba seguro de que tanto Don Germán, como su hijo de éste ya tenían en mente, quien sería el próximo presidente de la república.

— El senador Cristóbal Fernández, me parece un buen candidato — sugirió.

El senador pudo haber dicho el segundo candidato, sin embargo, dijo este primero, por una sola razón y es que él sabía, por deducciones propias, que este político, era el candidato de Don Germán. Si fueran otros tiempos seguramente hubiera dicho el segundo nombre y luego si acaso nombraría al candidato que había dicho y que creía que sería el candidato del gran señor. Pero últimamente estaba muy irritado y lo que más le irritaba era no saber por qué.

— Aunque también sería muy buena opción el gobernador Barreto — dijo después, al ver que sus ambos jefes lo estaban mirando.

— Y usted qué opina señor presidente — dijo esta vez Don Julio De La Rivera, mirando al presidente Palafox.

— Creo que el primer candidato que dijo el senador sería muy buen presidente — apoyó el actual mandatario.

Se pasaron un par de horas dando sus puntos de vista del porque sería mejor un candidato que otro, hasta que llegaron a un acuerdo. Se apoyaría al gobernador Cristóbal Fernández, por parte del PAN.

— Creo que este candidato es una buena elección — dijo el presidente Palafox, después que quedó por sentado quien sería el nuevo presidente del país.

— Bueno senador Portillo, ya nada más usted tendría que hacer la visita correspondiente, para que ayuden a nuestro candidato, a ser el próximo presidente — dijo Don Julio Cesar

— Así será señor — contestó el senador.

El senador analizó nuevamente los nombres de los dos políticos que ese día habían sido protagonistas, de ese debate.

Hugo Barreto, había sido gobernador del estado de Nuevo León, por parte del PRI. Era un gobernador de unos cincuenta y cinco años, uno setenta de estatura, pelo blanco, ojos un poco

rasgados y de color azul, tenía, se podía decir un cuerpo atlético. Este gobernador se le achacaban un par de polémicas, que se medió tocó en la prensa. Se le acusaba de tomar dinero de algunas construcciones de carreteras, que se iban a construir y que nunca se hizo. También se le acusaba de acoso sexual a una chica menor de edad.

Aunque éste se había descartado para dirigir al país, él sabía que esas acusaciones, no le impedirían ser el presidente de la república si Don Germán así lo hubiese querido y siendo el segundo candidato que estuvo en la mira de Don Germán y su hijo, no dudaría un cambio de planes, si algo fallaba con el principal candidato a apoyar.

Por otro lado, el gobernador Cristóbal Fernández, también tenía sus cosas que esconder. Había sido gobernador de Tlaxcala antes de lanzar su candidatura a la presidencia. Tenía años viviendo en esa ciudad, aunque no era nacido allí, sino en un pueblito llamado Santo Toribio Xichohtzinco y que pertenecía a ese estado. Tenía cincuenta y ocho años, pelo negro, uno setenta y dos de estatura, un poco gordo, de piel blanca, ojos cafés, nariz mediana y dentadura perfecta.

Había llegado a vivir a la ciudad de Tlaxcala, debido a que tenía un tío metido en la política y fue quien lo ayudo a no salir embarrado en una acusación de asesinato que se le atribuía, junto con otros amigos. Aunque según el juez dictaminó que no tenía nada que ver con ese asesinato, los familiares del fallecido no quedaron conformes y sin duda a la primera oportunidad, estos se vengarían. Así que optó por irse a vivir a la ciudad de Tlaxcala. Ya estando allá y con la ayuda de su tío, se fue inmiscuyendo en la política y fue escalando rápidamente, hasta ser gobernador. Y ahora tenía, la enorme posibilidad de llegar a ser presidente de la república.

— Ahora hablemos del señor Lucio Juárez — dijo Don Germán, regresando al presente, al senador Portillo.

Lucio Juárez, era el presidente del partido de la oposición y que había sido candidato a la presidencia en las elecciones pasadas.

— Y de su candidato principal — Agregó Don Germán.

— Isidro Pérez — dijo el presidente Palafox apenas con un susurro.

El Lic. Isidro Pérez, había sido el gobernador del distrito federal, antes de lanzar su candidatura y era el mayor opositor al presidente Palafox. Era un hombre emprendedor y hablaba hasta por los codos. Siempre se andaba quejando por la falta de acción de las autoridades correspondientes, ante la impunidad de algunos políticos corruptos.

El Lic. Isidro Pérez, pertenecía al Partido Revolucionario Demócrata (PRD). Tenía sesenta y un años. media uno ochenta y dos de estatura, moreno, de cuerpo mediano, ojos negros, nariz mediana, bigote y sin duda el más culto de todos los políticos que tenía el país, o al menos, el más enterado de los problemas que había y que vendrían, si no se hacía lo que se debía.

— No habrá ningún problema en entorpecer su candidatura — dijo el senador Portillo.

Don Germán se quedó pensando un poco en este personaje. También él creía que no habría ningún problema con este rival, ni con mil de estos candidatos, ya que él había decidido, quien sería el próximo presidente y sin duda así sería.

Este era el único partido (PRD) que nunca le había interesado, tenerlo de su lado. Siempre era interesante tener con quien luchar y esa lucha, hacía interesantes los debates para el pueblo, pero, sobre todo le daba un poco de realidad, a todo ese circo que se formaba en las elecciones presidenciales. Además, ¿de qué serviría tener la oposición de su lado?, ¿de que servía tener poder si no se lo podrías demostrar a alguien? Y, además este partido de chusmas jamás llegaría a nada sin su consentimiento y si algún día llegaran a aspirar a algo, siempre había gente con pasado tan negro (aun en ese partido) y lleno de corrupción, que chantajear no sería tarea difícil.

— Bueno senador Portillo — dijo Don Julio levantándose de su asiento —. Pues ya tenemos a

quien apoyar y a quien no, ahora nada más falta que haga esa visita que le dije.

— Si señor — dijo el senador Portillo, volteando a ver al presidente Palafox, que también se levantaba de su asiento —. Así se hará.

— Espere un rato más senador — pidió Don Germán sin moverse de su asiento —. Gracias por venir señor Palafox.

— Siempre que me necesite, aquí estaré — dijo el presidente, entendiendo que el único que había terminado ese día, era él.

Después de tomar su saco, se volvió a despedir de todos y salió cerrando la puerta.

— No lo voy a entretener tanto tiempo senador — dijo Don Germán levantándose y sirviéndose un trago y después a los otros dos, que se encontraban con él.

— Tengo todo el tiempo que usted necesite señor — dijo el senador.

— Gracias amigo — contestó Don Germán.

El senador Portillo, le gustaba pensar que tenía un amigo. Aunque en esa carrera no los había. El más que se acercaba a serlo era, Don Germán. Incluso algunas veces, los dos se ponían a conversar de cosas triviales, fuera de los negocios. Aun así, ambos sabían que no podían llegar a ser grandes amigos. Tal vez, si se hubieran conocido en un pueblito, fuera de la política, lo serían, pero en los negocios, no se podía tener amigos, mucho menos en la política. Ya bien lo decía Rudyard Kipling. **"El político lleva una vida de perro, pero sin las carisias"**.

— Nada más quería que se quedara para decirle que la próxima vez que nos veamos, veremos el problema que hay con su amigo de la frontera.

— Si señor — contestó el senador, sabiendo a quien se refería Don Germán.

— Necesito saber, a que se debe esa baja de sus negocios que empieza a afectarme.

— Lo siento señor.

— No, no se disculpe, estos son negocios y siempre hay temporadas malas, por eso nos reuniremos la próxima vez, para solucionar estos problemas.

— Hasta entonces — dijo Don Julio dirigiéndose a la puerta.

El senador Portillo entendió y se dirigió a la salida de Era oficina. Un rato después salía a la calle, dejando a sus dos jefes. El se iría a descansar el resto del día y hacer una llamada al dueño de la televisora más importante del país, para hacer una cita para el siguiente día. Su trabajo aun no terminaba. Tenía que llamar al señor Armando Logroño, dueño de dicha televisora.

Capítulo 11

Armando Logroño. Era un hombre agradable, carismático. Media uno setenta y cinco de estatura, pelo castaño, ojos cafés, nariz aguileña, boca mediana. Tenía cuarenta años y hacía diez años que había quedado como dueño absoluto de su empresa, al morir repentinamente su padre.

A pesar de haber tomado ese puesto a sus treinta años, lo había hecho muy bien, no obstante, de un rotundo fracaso al principio, al querer poner un canal, exclusivamente de deportes. Aparte del fútbol local, se transmitirían algunos juegos internacionales, también transmitiría, basquetbol, béisbol, hoky, etc. Con este nuevo proyecto gastó varios millones de dólares, en derechos de transmisión y algunos otros gastos más, propios de un nuevo proyecto.

Sin embargo, fue difícil hacer que el público mexicano viera esos programas. Ya que la gente que tenía, para estos eventos no estaban acostumbradas a narrar estos juegos y narraban todo el tiempo como si estuvieran narrando un partido de fútbol, (ya que era el deporte más popular del país) aunque este fuera otro tipo de deporte. Por tal motivo no logró tener los patrocinadores necesarios y al poco tiempo este canal fracaso.

Perdió mucho dinero, sus acciones se vinieron abajo. Su principal competidor no dejaba de lamerse los labios, al ver como muy posiblemente su competidor, caería estrepitosamente. Mas, sin embargo, ese fracaso, así como algunos más pequeños, le hicieron aprender y poco a poco fue agarrando más experiencia y había encontrado la clave para un buen empresario y que era la paciencia y ver hacía el futuro.

Se dio cuenta que no podía ser igual que la mayoría de los jóvenes empresarios mexicanos, que querían que su negocio les diera todo lo que quisieran en un año. Como por ejemplo carro, casa, mujer, amantes, etc. Y si no lograban eso, entonces empezaban a desistir a sus aspiraciones y empezaban a descuidar esa empresa que tanto les había costado empezar.

Si bien, su padre le había dejado un imperio establecido y podía tener eso y más, él sabía que, si le daba rienda suelta a sus deseos antes de tiempo, su imperio caería. No, él no podía darse ese lujo, tenía un negocio que mantener y si fuera posible incrementarlo. Así que desde que entendió eso, no había parado de trabajar, (dentro y fuera del país) con ese objetivo. Y al llegar a algo que se ponía como meta, se le habría otra posibilidad de llegar más lejos, haciéndole ver que ese negocio no tenía fin.

Sin embargo, en los primeros años de haber asumido como presidente y dueño de la televisora más importante de ese país, daba la impresión de que no lo lograría. Seguía perdiendo dinero, como rating en sus programas. Todos estos acontecimientos eran observados detenidamente por Orlando Arriaga. Su competidor. Y por supuesto, no se iba a quedar con las manos cruzadas. Quería contribuir para que cayera estrepitosamente y así el poder acercarse y tal vez algún día tener él, la televisora más importante de México.

De eso estaba también consciente el señor Logroño. Sabía que no tardaría su principal competidor en aprovechar su aparente fracaso. La primera vez que dio señal de esto fue cuando el presidente de la FIFA se le acercó haciéndole saber que el señor Arriaga lo había citado para hablar acerca de la transmisión del mundial, dos mil dos en Japón y Corea. Apenas había pasado el mundial de mil novecientos noventa y ocho y el señor Logroño estaba negociando, para las transmisiones de los siguientes mundiales.

El presidente de la FIFA, le había dicho que el señor Orlando Arriaga le había ofrecido un poco más de lo que le estaba ofreciendo él.

— No se preocupe mr. Logroño — le dijo el presidente de la FIFA, con un español casi perfecto, pero con acento —. Le contesté que las negociaciones con usted estaban muy avanzadas y que seguramente se firmaría el contrato en apenas un par de semanas.

El señor Logroño, se quedó viendo al presidente de la FIFA. Seguramente no era verdad lo que le había dicho y sin duda sacaría provecho de la situación.

— Se lo que piensa sr Logroño — dijo nuevamente el presidente de la FIFA —. Piensa que le estoy mintiendo. Pero quiero que sepa que no es así.

— La única forma que le creería sería firmando el contrato de transmisión — dijo el señor Logroño, agarrando el toro por los cuernos. Haciendo que el presidente de la FIFA le saliera una sonrisa espontanea.

— Conocí muy bien a su padre — dijo el presidente aparentemente cambiando de conversación —. Un muy buen negociador. Duro como pocos. Pero tenía un defecto.

— ¿Cuál?

— Espero no se ofenda con lo que voy a decir.

— Por favor — contestó el señor Logroño haciendo un ademán para que continuara.

— Este defecto era el dinero — dijo secamente —. El dinero no le dejó ver nunca las grandes posibilidades que tenía, para tener algo más que eso.

El señor Logroño inmediatamente supo a que se refería el presidente de la FIFA. Recordó las numerosas ocasiones en que él había discutido con su padre, haciéndole saber que no entendía cómo se dejaba mangonear por ciertos políticos.

— El poder —continuó el mandamás del fútbol—. Con el poder tienes todo. Cuando en una reunión entre conocidos o amigos les haces la pregunta que, si prefieren el dinero o el poder, aquellos que respondan que el dinero, aléjate de ellos. Seguramente algunos lleguen a tener dinero y te querrán impresionar con sus casas sus yates sus pinturas o música clásica y todo aquello que pueda comprar el dinero. Pero el poder no se puede comprar, eso se gana y no hay nada que te impresione más que el poder.

El señor Logroño escuchaba como hipnotizado.

— Mas, sin embargo — continuó el presidente de la FIFA —. De ese mismo grupo que te responda que prefiere el poder, si los analizas y encuentras uno que esté dispuesto a todo por él, sería mucho. Ya que muchos anhelan tener poder, pero no están dispuesto a tener la espada de Damocles amenazándolos.

El señor Logroño dio una sonrisa al recordar la historia mítica de Damocles.

— Para llegar a tener poder — continuó el presidente de la FIFA —. No es nada más querer tenerlo, sino que se necesita algo más. Algo que nunca encontré en tu padre ni mucho menos en el señor Arriaga.

En la oficina del señor Logroño se podía escuchar el silencio. El presidente de la FIFA se quedó callado un solo instante, pero para el señor Logroño fue eterno.

— Pero que puedo ver en usted — por fin lo soltó. Soltó aquello que el señor Logroño quería escuchar.

— Gracias — dijo el señor Logroño como sintiendo un gran alivio y sintiendo los latidos de su corazón tan acelerado.

— Ahora nada más es saber, que está usted dispuesto hacer, para tomar ese poder.

El señor Logroño se quedó analizando lo que le había dicho el presidente de la FIFA. No supo que tiempo se quedó analizando y cuando reacciono se dio cuenta que el presidente de esa institución lo estaba observando con una sonrisa.

— Prepare todo el papeleo del contrato y que cuando lo tenga todo listo lo firmamos — dijo.

— Lo haré lo más pronto posible — dijo el señor Logroño.

— Tome su tiempo — contestó —. Y no se preocupe que no le voy a dar los derechos al señor Arriaga. El tendrá mucho más dinero que yo, pero yo tengo el poder de decidir con quien firmar — concluyó con una sonrisa.

Después del que el presidente de la FIFA lo dejara solo. El señor Logroño, se encerró en su oficina. Canceló todos los compromisos que tenía y se pasó unas cuantas horas pensando. Después sacó una Biblia que tenía en uno de sus cajones de su escritorio, la abrió en una página específica y empezó a leer. Un rato después se quedó dormido.

Una semana después el señor Logroño se encontraba en una de las oficinas que tenía el señor Arriaga.

— Gracias por recibirme — dijo el señor Logroño a su interlocutor.

— En que puedo ayudarle joven — contestó el señor Arriaga, como si le estuviera hablando a cualquier persona, menos a uno de los empresarios más importantes de México.

El señor Logroño se le quedó mirando. Orlando Arriaga era un hombre de cincuenta y dos años. Era alto, eso se notaba aun sentado detrás de su espacioso escritorio. Era de tez morena con una melena abultada y muy negra al igual que su espeso bigote. Con estos rasgos cualquiera diría que era un hombre imponente, más sin embargo tenía una voz muy delgada que no iba con su fisonomía, restándole autoridad.

El señor Logroño sabía que así iba a ser el recibimiento. Simple. Frio. Ya que tenía al frente, al hijo del que fuera su más férreo rival en los negocios, y seguramente se querría desquitar de tantos atropellos que le había hecho su padre y más al haber sido el, quien le había llamado para pedirle una cita para hablar de negocios.

— Me enteré de que le interesaba los derechos del mundial — dijo por fin el señor Logroño.

— Bueno veo que ya se enteró — contestó el señor Arriaga con una sonrisa —. Así que no se lo voy a negar — agregó dando por hecho que aun el contrato de la transmisión del mundial de fútbol aún no lo había firmado. Ya que una noche antes, estaba negociando el contrato con el presidente de la FIFA.

El señor Logroño dio una sonrisa. Su competidor no sabía nada de los derechos que ya había firmado con la FIFA. Agradeció el sentido del humor del presidente de esta organización ya que le había dicho que se iba a divertir un rato con su contrincante.

— Me gustaría poder ayudarlo señor Arriaga — dijo —. Pero no me es posible hacer eso.

— Bueno, eso lo sé — contestó —. Por eso, es que estoy negociando con el que si puede hacerlo.

— Mire señor Arriaga — continuó el señor Logroño —. Le puedo ofrecer cualquier otra cosa. Menos eso.

— Le repito joven. De haber querido negociar con usted lo hubiera hecho desde un principio.

— Para no quitarle más su tiempo — dijo el señor Logroño —. Le diré que hace una semana hemos firmado el contrato de los próximos dos mundiales.

El señor Arriaga se quedó callado un momento. Pensó que tal vez eso lo estaba diciendo para que dejara de insistir con el presidente de la FIFA y así tener el campo libre para poder negociar el. Mas sin embargo unos instantes después de que el señor Logroño dijera eso le puso unos papeles en su escritorio.

— Este es la última página del contrato — dijo el señor Logroño sacando la hoja de varias otras que tenía, y dejando a la vista la firma del presidente de la FIFA y del presidente de la televisora. Es decir, la firma del señor Logroño.

El señor Arriaga sintió que la tierra se habría a sus pies. Uno porque con ese contrato de transmisión iba a ganar mucho dinero y otro por la forma que el presidente de la FIFA le había faltado al respeto dándole ilusiones sabiendo que ya había firmado el contrato con su contrincante.

— Y si ya firmó el contrato, ¿a qué ha venido? — dijo por fin el señor Arriaga recuperándose.

— Bueno como le dije — contestó el señor Logroño —. Tal vez le pueda ayudar con otra cosa.

El señor Arriaga se le quedó viendo a su competidor y comprendió a que había ido a verlo. Seguramente se vio tan cerca de haber perdido el contrato de la FIFA, que le dio miedo. Miedo de que siguiera insistiendo en dejarlo en la ruina o al menos tenía miedo de que se le acercara económicamente a él. Así que tal vez le iba a ofrecer algo a cambio de que dejara de meterse en sus intereses.

— Aun no entiendo muy bien a que ha venido — dijo el señor Arriaga —. Pero si de verdad quiere ayudarme le tengo una petición — agregó echando el cuerpo hacia adelante.

— Usted dirá — contestó el señor Logroño

El señor Arriaga echó nuevamente el cuerpo hacia atrás. Analizó muy bien lo que iba a decir y es que, si bien él quería el contrato del mundial, después de haber conseguido eso, su segundo plan era quitarle a una de las estrellas más importantes de su televisora y que era el que le daba mayor audiencia a esa empresa. Así que si bien no había conseguido lo primero que quería. Bien podía lograr lo segundo y aprovechándose de que su contrincante seguramente tenía miedo de lo que pudiera hacer, tal vez pensaba que cumpliéndole esta petición se quedaría quieto. Así que se iba a aprovechar.

— Quiero a Lucio Báez — dijo refiriéndose al famoso presentador.

— Es todo tuyo — dijo el señor Logroño, apenas pensando unos cuantos minutos —. Le hago este favor, tal vez algún día yo necesite un favor suyo y sé que me ayudará.

— Por supuesto — dijo emocionado el señor Arriaga, por lo que había logrado.

Después empezaron a planear la forma en se iba a dar ese acontecimiento. Se le comunicaría al presentador que su programa iba a ser cancelado. Seguramente el pediría explicaciones pero que patrón tiene que dar explicaciones a sus empleados. Así que solamente se le diría que ya no está en los planes de la televisora, se le pagaría lo que establece el contrato y quedaría libre para que lo otra televisora lo buscara y tratara de contratarlo.

Un buen rato más el señor Arriaga despedía, triunfante al su competidor. Si bien no logró el contrato de la FIFA. Si había ganado lo segundo que había pensado y sin duda era el principio, ya que no descansaría hasta quitarle a los principales actores o actrices de su televisora. Y así seguramente en algunos años su televisora sería la más rica del país. Estaba tan emocionado que no se detuvo por un instante, es más parecía no haberse dado cuenta de lo que el señor Logroño había dicho, eso de que tal vez algún día necesitara un favor y él podría ayudarlo.

Por su parte el señor Logroño, salía de ese lugar doblemente triunfante. En primera porque logró lo que quería y que era hacerse el débil y dar la impresión de que su contrincante lo intimidaba. Y lo segundo, porque había salido de ese lugar haciendo un favor. Favor que más adelante sería cobrado, con creces. Ahora tenía que preparar una reunión aún más importante.

Después de una semana que había hablado con el señor Arriaga. El señor Logroño se encontraba en unas bodegas abandonadas y que eran de su propiedad. Su empresa las había comprado, para construir un set para la televisión. Aunque le habían presentado algunos proyectos, aun no se decidía y no había dado luz verde para que dicho proyecto empezara.

Dichas bodegas se encontraban en las afueras de la ciudad y ya que no las ocupaba, para hacer algún programa de televisión. Las iba ocupar de oficina clandestina y el primer personaje que iba

a ver allí era un general de la fuerza armada. El general: Horacio Helías Briseño.

— Me gusta el lugar — dijo el general, después de haberse sentado, ambos personajes, en unas sillas viejas.

El señor Logroño le agradeció por haber acudido a la cita y pasó inmediatamente a decirle cual era el motivo de esa reunión. Le dijo que tenía un proyecto y quería que él le ayudara.

— Soy todo oídos — dijo el general

Ambos personajes se conocían de hacía mucho tiempo. Se habían visto en algunas fiestas donde el papá del señor Logroño y algunos altos mandos del país solían coincidir. Aunque el general Horacio era considerado uno de los hombres importantes de las fuerzas armadas, había otro general aún más importante a la vista de los hombres que llevaban el país. El nombre de ese general era, Rogelio Santa Cruz.

Una vez en una de esas fiestas y un poco alcoholizado el general Horacio se le acercó al señor Logroño y le dijo que algún día el sería el dueño del imperio televisivo y que si necesitaba su ayuda estaba a sus órdenes. Ese día había llegado.

Le contó que necesitaba su ayuda para algunos proyectos que tenía y si aceptaba, estaba seguro de que algún día podría ser el mandamás de las fuerzas armadas. Aunque no le dijo todos los detalles, el general miró en ese joven las ganas que a poca gente se le ve. Así que aceptó ayudarlo, sin mucha insistencia. Solo pidió un favor. Éste era que le presentara o le facilitara un encuentro con una actriz de su televisora y que le había cautivado. Esta actriz salía en una novela que estaba por terminar y que era la coprotagonista. Su nombre era. Rebeca Acevedo.

El señor Logroño se le quedó viendo un solo instante. El general le mantuvo la mirada con una sonrisa pícaro, casi obscena. Después le dijo que lo haría, pero en su momento, que no quería que nadie se diera cuenta que entre ellos había algún tipo de relación, hasta ver la forma de como ir apoderándose de las riendas del país. De allí se fueron con unas nuevas y diferentes esperanzas.

El señor Logroño se retiró de esa reunión con un nuevo socio seguiría trabajando, esperando su momento. Estaba seguro de que llegaría. Solo necesitaba trabajar y esperar un poco de suerte. Todos en algún momento la suerte toca a sus puertas. Sin embargo, muy pocos están preparados para recibirla. Pero él no iba a desaprovecharla, por eso citaba muy seguido lo que algún día había dicho Salvador Dalí. “Que la suerte te encuentre trabajando”.

La suerte le llegó una tarde, varios meses después de su reunión con el general Briseño. Esa tarde lo había llamado y citado en el lugar de siempre. Aunque solo se había reunido una sola vez con él. No necesitó que le dijera cual era ese lugar de siempre. Así que al otro día se encontraba en las bodegas abandonadas.

— Le voy a contar algo que le puede ayudar a lo que quiere — dijo el general Briseño

Eso le gustaba al señor Logroño de ese general, que no se andaba con rodeos e iba al grano.

— Moctezuma tiene cáncer — dijo sin más.

Lo dicho directo al grano.

—¿Como lo sabe? — preguntó el señor Logroño

— Fue por casualidad — contestó —. El joven De La Rivera fue a ver al general Santa Cruz y le contó eso. Ellos no se dieron cuenta que yo estaba en la oficina del general, que lo había ido a buscar. Yo estaba en el baño y no hice ruido para escuchar bien y para que no se dieran cuenta que estaba allí y rezando para que eso no pasara. Así que escuché que los doctores le habían dado unos años de vida. No sé si es verdad que le hayan dado unos años o eso lo había dicho para ganar tiempo.

El señor Logroño escuchaba todo, atentamente sin que se le escapara algún detalle. Ya habría tiempo para analizar todo lo que estaba escuchando.

— Y hay algo más — continuó el general —. Al parecer el senador Portillo no sabe nada de esto.

El señor Logroño realmente se sorprendió ya que, si había alguien que supiera todo a parte del señor De La Rivera, era el senador Portillo.

— Escuché al joven De La Rivera decirle al general Santa Cruz que no le había dicho a nadie eso. No sé si sea cierto y no entiendo porque no le dirían. Después de eso el general le dijo al joven De La Rivera que podía contar con él para todo lo que quisiera, que estaba a sus órdenes. De allí ambos salieron de la oficina. Esperé un rato y salí sin que nadie me viera. Y el resto es historia.

— ¿Usted cree que podía conseguirme algo que pruebe lo que me dice?

— ¿Usted dice que quiere el certificado médico?

— ¿Creé que es posible? — dijo el señor Logroño con un brillo en los ojos.

— Todo es posible, conozco el doctor de la familia De La Rivera.

— No me gustaría que alguien más supiera de esto. Y menos el doctor.

— No se preocupe. Aunque se dónde están sus oficinas del doctor sería muy difícil entrar sin que sea yo visto. Sin embargo, algo me dice que esos papeles no los tiene en su oficina y más bien diría yo que las tiene en su casa y allí es más fácil entrar e ir alguna hora donde no haya nadie.

— Porque me ayuda general — dijo el señor Logroño observando al general.

— Esperaba esa pregunta señor Logroño — contestó —. La respuesta es fácil. En un país donde no pasa nada, el trabajo de un militar es muy aburrido y a mí me gusta la acción. Como usted sabrá yo fui el que mandaron a Chiapas y gracias a mi “acción” los zapatistas se la pensaron más en hacer lo que estaban haciendo.

El señor Logroño sabía a qué se refería el general ya que este general había hecho la gran matanza a indígenas en Chiapas. Fueran del movimiento zapatista o no. Hechos que no salieron en televisión. Lo que el general Briseño no le dijo, fue la última vez que alguien lo solicito para entrenar una especie de comandos especiales.

— Es por eso señor Logroño — concluyó el general.

Después de un rato más los dos se despedían.

En menos de dos semanas nuevamente se encontraban reunidos. El general Briseño le había llevado los papeles del doctor de Don Germán, donde decía claramente que éste, tenía cáncer.

— Gracias general — dijo el señor Logroño.

— Fue pan comido —contestó —. Nadie se dio cuenta cuando entré a su casa del doctor y encontré esos papeles en su escritorio. Ni siquiera estaba bajo llave. Allí mismo le saqué unas copias y volví a dejar el original donde lo encontré.

El señor Logroño se quedó viendo a su socio. Era una suerte haberse fijado en él y haber dado en el punto. Quería que supiera de verdad que estaba agradecido y solo había una forma de hacerlo, aparte de darle un poco de dinero.

— Sabe general, lo que me pidió la primera vez que nos vimos. Delo por hecho.

El general Briseño, se le quedó viendo, como tratando de recordar que era eso que le había pedido

— Ahh, lo de la actriz — dijo con un brillo en los ojos

— Yo lo llamaré — dijo el señor Logroño extendiéndole la mano.

El señor Logroño vio como el general Briseño se retiraba del lugar donde se encontraban. Él se quedó sentado en esas viejas sillas que se encontraban allí. Pensando que es lo que se debería hacer. No tardó en llegar a la resolución que el joven De La Rivera no le había dicho nada al

senador Portillo porque tenía cierto miedo. Ya que sin duda el senador tenía mucho poder y conocía mucha gente y éste seguramente pensaba que, si sabía que su padre iba a morir, no había otra persona más peligrosa que el senador Portillo, si éste no quisiera trabajar con él.

El señor Logroño se quedó un muy buen rato más pensando en todas las posibilidades que tenía. Después se levantó de la vieja silla y se dirigió a su auto. De allí hizo una llamada. Llamada que no fue respondida. Encendió su auto y después de unos kilómetros llamó nuevamente. Tampoco fue respondida. Sintió como se le calentaba los cachetes.

Aunque esto ya lo había previsto, no pudo sentirse un poco molesto por eso. Sabía que no había dado buena impresión al señor Arriaga y seguramente lo consideraría un enemigo débil ya que aparte de haberle dado a su presentador estelar éste no se había conformado y le había quitado algunas de las actrices del momento. Claro que esto pasó con su consentimiento, tratando de precisamente eso, hacerse el débil. Pero no recibir la llamada era demasiada falta de respeto. Seguiría insistiendo.

Capítulo 12

Un par de días después el general Briseño se encontraba en una pequeña casa a las afueras de la ciudad. Si bien era pequeña tenía un gran patio con piscina y un gran jardín. También al lado de la casa se encontraba otra aún más pequeña y que era habitada por una pareja ya mayor y que eran los que se encargaban del mantenimiento del lugar y que casi siempre cuando llegaba el general les decía que se tomaran algunos días y que no volvieran hasta que él les avisara.

En esta ocasión el general Briseño se encontraba con la actriz Rebeca Acevedo.

— Tienes una casa muy bonita — dijo la actriz

— No es lo único bonita que tengo — dijo agarrándose la bragueta.

— Oh de verdad — dijo la actriz acercándose a él —. Y también me la quieres mostrar.

— No — contestó atrayéndola hacia él y agarrándole el culo —. Te la quiero empujar.

Después ambos empezaron a desvestirse desesperadamente y empezaron a tener sexo por todos lados. (De la casa).

Después de haber disfrutado de los placeres de la carne y aun sin saber cómo, se encontraban tirados en el piso de la cocina.

— Vayamos a la piscina — dijo Rebeca levantándose del piso y caminando sensualmente.

El general se levantó y la siguió, admirando su espectacular figura, esto hizo que algunos instantes después, nuevamente se encontraban haciendo el amor. Así se pasaron el resto de la semana. No había sitio donde no hayan hecho el amor. Todos esos días se la habían pasado muy bien. Aparte de hacer el amor, el general se entretenía con algunos chismes que Rebeca le contaba. Le había contado de algunos actores que eran homosexuales. De cómo algunas actrices habían llegado a tener algún protagónico.

— Y tú, ¿harías todo eso con tal de obtener algún protagónico? — dijo el general interrumpiendo el chisme.

— En eso estoy trabajando — respondió agarrándole la verga y bajando hacia ella para mamársela.

— Quieres decir que me estas utilizando para eso — preguntó el general cuando éste había terminado.

— Solo si tú quieres.

— Y, ¿cómo te puedo ayudar?

— Necesito que me des un empujón

— Otro — respondió el general con un gesto libidinoso

— Si me ayudas me podrías dar todos los empujones que quieras — respondió siguiéndole el juego —. Y no nada más a mi — agregó

— No entiendo

— Si me ayudas a tener algún protagónico— dijo con un semblante serio —. Yo te conseguiría a chicas que quisieran estar en el medio. Chicas que estén mejor que yo — dijo tocándose su cuerpo —. Y eso es mucho decir — agregó con una sonrisa.

El general esta vez puso más atención. Llegando a la conclusión que su acompañante estaba hablando en serio.

— Mira — continuó Rebeca —. Hay muchas chicas de cualquier edad que quieren una oportunidad para estar, aunque sea en un pequeño papel, en una novela. La mayoría de estas chicas son de provincia que dejan su pueblo natal, algunas con ayuda de su mamá principalmente, que les

dan todos sus ahorros para alquilar un pequeño cuarto, mientras logran su objetivo. Pero al poco tiempo su dinero se les acaba y la oportunidad jamás les llega y acaban en cualquier putero para seguir solventando sus gastos, manteniendo el sueño de que algún día les llegue la oportunidad deseada. Yo puedo escoger las mejores para ti. No sé qué favor te están pagando por lo cual me enviaron a ti. Pero asumo que el que te está pagando este favor es alguien importante, por lo consiguiente tu conoces a gente importante. Gente que pagaría buenas sumas por una linda chica y repito de cualquier edad e inclusive si quieren chicos también se pueden conseguir.

— ¿Me estas proponiendo que sea un padrote?

— Y como todo buen padrote podrías ser el primero en checar el material.

— ¿Lo que me estas proponiendo es en serio? — preguntó solo para que ella lo confirmara.

— Jamás he hablado más en serio.

— ¿Y harías todo eso solo para conseguir un protagónico?

— Bueno y un porcentaje de lo que te paguen por las chicas o chicos — contestó —. Tomando en cuenta que yo te los conseguiría y sobre todo que aquellas que acepten lo harían sabiendo lo que van a hacer.

— Y como las convencerás

— No mintiéndoles, principalmente — contestó segura de si misma —. Les diré que ganarían mucho dinero, que hay mucha gente importante que pagaría por ellas o ellos. Y allí es donde te necesito — dijo con una sonrisa —. También les diré que les ayudaría a tener algún papel en una novela o programa de televisión. Claro que esto sería más creíble si yo soy una actriz protagónica.

— Y ese es el empujón que quieres que te dé — dijo el general Briseño —. Que te ayude a tener un protagónico.

— Ganarías mucho dinero.

— Si, pero tu aparte de ganar dinero, si acepto, también ganaras dinero con tus contratos de novela. Como quien dice que tu saldrías ganando mucho mas

— Y qué me dices de los manjares que te darías con las chicas que conseguiría. No te imaginas cuanta variedad hay y a que están dispuestas hacer por dinero o fama.

El general Briseño, sintió como un rayo que penetraba en todo su cuerpo, nada más al imaginarse lo que su amante y desde ese instante, socia, le había dicho. Se acercó hacia ella y le hizo el amor salvajemente. Era como que si estuvieran cerrando el trato de su próspero negocio.

UNOS MESES DESPUES

Unos meses después de la última reunión del señor Logroño con el general Briseño, se encontraban nuevamente cara a cara.

— Gracias, señor — dijo el general Briseño con una reverencia al señor Logroño.

Éste se sorprendió. No tanto por haberle dado las gracias, sino por haberle llamado señor.

— Estuvo exquisita — dijo el general llevándose los dedos a la boca.

El señor Logroño hizo una reverencia, apenas visible, aceptando las gracias. Sabía que el general le estaba agradeciendo por la entrevista que le facilito con la actriz Rebeca Acevedo.

— Le quiero pedir un favor general.

— Lo que usted quiera — dijo éste, agradeciendo que no había sido el primero en pedir un favor ese día.

El señor Logroño lo invitó a sentarse en las viejas sillas y empezó a decirle que favor quería de él.

— Quiero que parezca un problema de drogas — dijo el señor Logroño, unos instantes después. Después de que le dijera de qué favor era —. Y si se puede que involucre alguno más de sus compañeros — agregó.

— No habrá problema — dijo el general —. Así se hará

Iba a decir algo más. Sin embargo, se contuvo y no lo hizo. Prefirió esperar a cumplir la encomienda del señor Logroño. No era una tarea fácil y si lo cumplía, y sabía que lo iba a cumplir, después pediría el favor y estaba seguro de que el señor Logroño no se lo negaría y así cumpliría con el protagónico de Rebeca. En unos instantes más se retiraba del lugar dejando nuevamente solo al señor Logroño.

Una semana más tarde, el general Briseño se encontraba rondando cerca de un restaurante. Estaba vestido de deportista, llevaba un pants y una sudadera con capucha, de Adidas. Una gorra de los Yanquis, unos tenis negros con rojo, de la marca puma y remataba su vestimenta con una barba de máxima calidad para que nadie sospechara que fuera falsa, para darle un toque diferente a su rostro.

Se vistió así para no llamar la atención, ya que cerca de allí se encontraba un gimnasio y era muy común que hubiese gente vestido de deportista por ese lugar. De reojo miró su coche que apenas unos instantes antes lo había estacionado muy cerca de allí. Dicho coche tenía unas placas robadas y por supuesto el coche era también robado.

Tenía todo planeado. Apenas lograra su cometido tomaría ese coche y conduciría hacia otro auto que había dejado algunas calles arriba, y que también era robado. después de conducir unos minutos más tomaría otro coche y así escapar de ese lugar sin dejar rastro alguno.

Ese día iba a sellar su trato con el señor Logroño. Si bien ya lo había hecho de palabra, esta vez lo iba hacer en hechos. Su presa se encontraba dentro del restaurante donde él estaba rondando. Lo vigilaba unos días antes y se dio cuenta que, a esa hora, su presa siempre iba a comer a ese lugar. Siempre iba con dos personas, uno más o menos de la edad de él y otro más joven.

De pronto vio un carro conocido, éste se estacionaba en frente del restaurante. Era el carro que usaba su víctima, para ir a comer a ese lugar y que siempre lo manejaba su acompañante más joven. No tardarían en salir. Metió la mano izquierda en la bolsa del pants y pudo tocar dos pequeñas bolsitas, después metió la mano a la sudadera y sintió un arma, una cuarenta y cinco con la que iba hacer el trabajo.

Los había estudiado muy bien, si quisiera matar a los tres, no tendría dificultad para hacerlo. Sin embargo, su objetivo era solamente uno. Aunque si alguno de sus acompañantes, quisieran jugar al héroe, no tendría problema en dispararles a ellos también. Aunque prefería que no fuera así, ya que la cuartada estaba hecha y esos acompañantes servían mejor si quedaban vivos.

De pronto vio como tres tipos salían del restaurante y en ellos conoció a los que estaba esperando, se dirigió a paso rápido, aunque sin llamar la atención.

— Es un placer haberles servido señores — les dijo el que les había llevado el coche, entregándole las llaves al más joven del grupo y abriéndole la puerta del conductor.

Después se dirigió hacia la otra puerta delantera para abrirle la misma a el otro y más importante cliente. Mientras el tercer cliente abría el mismo la puerta trasera para subirse.

— Gracias le dijo el cliente importante al atento empleado.

El amable empleado iba a decir algo sin embargo un estruendo opaco su voz y apenas unos instantes después caía muerto en el suelo, con un balazo en la cabeza. Después el general Briseño se posó enfrente de su presa y jalo dos veces el gatillo, impactando en su objetivo, uno en la

cabeza y otro en el pecho.

Después aventó las dos bolsitas que tenía en el pants y salió disparado hacía el auto estacionado, mientras los otros dos acompañantes de su víctima se agachaban dentro del coche, y algunos, dentro del restaurante, empezaban a gritar. Antes de que la gente reaccionara el general Briseño ya se encontraba dentro del auto con rumbo desconocido para la gente, no así para él.

Unos minutos después llegaba al lugar donde había dejado el otro coche. Se bajó del primero y se dirigió al otro, aunque antes de entrar se dirigió a un teléfono público que estaba al lado del coche en que se iba a ir. Hizo rápidamente una llamada.

El señor Logroño se encontraba viendo la televisión. Rara vez lo hacía y mucho más rara vez veía a su competidor. Pero esta vez estaba seguro de que si había un día en que definitivamente le iban a ganar en el rating sería ese día y más o menos a esa hora.

—“ Ya está hecho” — le había dicho el general Briseño, apenas unos minutos antes.

Después de esa llamada prendió la televisión y le cambio al canal principal de su competidor. Había pasado unas semanas tratando de hablar con él y éste solo una vez había contestado y solo para decirle que estaba ocupado y que lo llamaría. Esa llamada seguía esperándola.

Unos minutos más adelante interrumpían la programación para anunciar el asesinato del principal presentador de esa televisora.

— Lucio Báez fue acribillado al salir de un restaurante donde había ido a comer — escuchó decir al presentador de noticias. Un joven que apenas empezaba en esa empresa. No por su presentador estelar. Lo que quería decir que no sabían nada de lo que iba a pasar, a diferencia de su televisora que los acontecimientos grandes del país antes de decírselo al pueblo, su televisora ya lo sabía.

Los reporteros se habían trasladado allí, las informaciones eran confusas. Se decía que la policía tenía en su custodia a dos compañeros de él, que trabajaban en el canal también. Después de unos minutos más apagó la televisión. Tomó su teléfono y marcó al señor Arriaga. Esperó a que sonara su teléfono solo una vez y colgó. Se levantó a servirse un vaso de agua, con el teléfono en la mano. Antes de llegar al lugar donde tenía el agua, sonó su teléfono.

— Señor Arriaga, ¿cómo está usted? —dijo a su interlocutor

— **Bbbien** — se escuchó detrás de la línea a un Arriaga, se podía decir asustado.

— Lo espero esta tarde en mi oficina principal — agregó el señor Logroño y colgó.

En la tarde el señor Arriaga era recibido por su homólogo en su oficina. Hacía casi un año que se habían reunido, esa vez el señor Arriaga había conseguido que su presentador estelar del señor Logroño, se pasara a trabajar a su televisora y ahora ese presentador carismático estaba muerto. Sin duda que algo tenía que ver el señor Logroño.

— Y dígame, ¿cómo están las cosas? — dijo el señor Logroño a su invitado.

— ¿Usted lo hizo? — preguntó éste sin contestar

— No. Yo estaba viendo casualmente su canal e interrumpieron la programación para dar la fatal noticia — dijo el señor Logroño con una leve sonrisa —. Usted cree en las casualidades.

El señor Logroño estaba realmente disfrutando el momento. Veía como el señor Arriaga casi se retorció en su asiento.

— Yo no creo en las casualidades — dijo esta vez un poco más rudo, el señor Logroño —. Las cosas pasan por algo.

El señor Logroño se quedó callado un momento, viendo las reacciones de su competidor.

— Señor Arriaga — dijo —. Yo no quiero ser su enemigo, al contrario, podemos trabajar en

paz y como amigos. Esa es mi condición, como amigos que se ayudan mutuamente. Amigos que cuando se les llaman, interrumpen todo lo que están haciendo para correr a contestar las llamadas — hizo una pausa para darle tiempo a asimilar lo que estaba diciendo —. Si usted acepta ser mi amigo podemos trabajar en paz y ambos ganaremos mucho más. Verá como su empresa ganará mucho dinero — dijo esto último lo más lento que pudo.

— Y usted, ¿que ganará? — interrumpió esta vez el señor Arriaga

— Cada uno ganará lo que tiene que ganar.

— Quiero el siguiente mundial — dijo el señor Arriaga.

El señor Logroño dio una sonrisa de alegría, pero también de desilusión. Como era posible que a ese hombre solo le importara el dinero. Recordó lo que el presidente de la FIFA le había dicho.

“Me recuerda a tu padre”

— Mira — contestó —. No te puedo dar el mundial porque ya firmé el contrato, pero podemos negociar unos partidos. Podemos darte tal vez las eliminatorias, algunas transmisiones de algunos equipos locales para la próxima temporada. Puede seguir intentando quitarme a mis actores y actrices del momento y pedirles que hablen mal de mi empresa y yo tratando de que regresen y hablen mal de la suya, eso da rating, a la gente le gusta el chisme.

Vio como el señor Arriaga se le suavizaba el rostro, como si la tensión se estuviera yendo de él. Esto último que había dicho el señor Logroño era cierto, si bien algunas actrices se habían pasado a su televisora, después de algunas temporadas están regresaban a la otra televisora hablando de lo mal que la trataban allí y al parecer era cierto que la gente le gustaba eso ya que en los programas de farándula había crecido en sus ratings gracias esos comentarios.

— En concreto — continuó el señor Logroño —. Podemos trabajar juntos y en paz. ¿Qué dice? — concluyó.

— ¿y qué pasará con todo eso? — dijo el señor Arriaga, refiriéndose al asesinato del famoso presentador

— No se preocupe por eso, yo me encargo. Todo a su momento, por lo mientras pueden sacar provecho con los ratings que les dará esa trágica noticia.

Eran los primeros días del mes de junio de mil novecientos noventa y nueve y el señor Logroño dejó bien claro quién era el que mandaba entre las dos televisoras. Unos instantes después, el señor Arriaga salía de las oficinas del presidente de la televisora más importante. Mientras éste se acomodaba en su cómodo asiento y sacó de un cajón su Biblia acostumbrada. La abrió, como casi siempre, en la misma página. En el padre nuestro y se puso a leerlo.

Capítulo 13

El senador Portillo se encontraba en la oficina principal del señor Logroño. Le gustaba esa oficina. Era una oficina muy cómoda, fresca y con un aroma a cedro, ya que todos los muebles eran de esta madera. Sabía que el señor Logroño siempre le había gustado el cedro y era muy cuidadoso en eso. Tanto que tenía un personal exclusivo para el mantenimiento de todos los muebles que tenía en ese lugar.

También notó desde que empezó a negociar con el ahora dueño de la televisora más importante en México, cierta simpatía por este joven, ya que lo trataba con suma cortesía y respeto. Así le había contestado la tarde anterior cuando le pidió una reunión para tratar algunos asuntos importantes. Asuntos que habían acordado con sus jefes. El señor De La Rivera y su hijo.

— ¿Y cómo ha estado senador? — empezó a conversar el dueño de la televisora.

— Muy bien, con mucho trabajo — contestó el senador Portillo.

— Así ando yo. Tuvo mucha suerte al encontrarme hoy, ya que, si me hubiese llamado un par de días después, no lo hubiese hecho, ya que estaría fuera del país — dijo Armando Logroño —. Aunque ya sabe que si recibía su llamada y aun estuviera en la Conchinchina, inmediatamente vendría, para verlo.

— Se lo agradezco — contestó el senador Portillo, dándole un trago a su copa que le había dado su anfitrión.

El senador portillo sabía que esto último que le había dicho el señor Logroño, no era mero formalismo y que lo había dicho en parte en serio. Se lo había demostrado una vez que le habló, solicitándole una cita para arreglar algunos asuntos. Según el señor Logroño, le dijo que no se encontraba en el país y que se encontraba en Francia, pero que, si era urgente, inmediatamente regresaría a México para verlo. El senador portillo quiso ver si eso era cierto y le dijo que, si era urgente, aunque en realidad sabía que el asunto a tratar no había problema si se atrasaba un par de días o una semana. Al otro día recibió la llamada de armando Logroño, diciéndole que, si quería podría pasar a verlo, que estaría en su oficina.

Al principio, el senador Portillo le pareció que éste, estaba mintiendo, no de que estuviera en el país, sino que un día antes hubiese estado en Francia y se hubiera regresado solamente para verlo. Hizo algunas investigaciones y resultó que un día antes si se encontraba en Francia y no solo eso, sino que apenas había llegado a ese país cuando éste le había llamado. Después que le hizo saber de qué se trataba, el asunto supuestamente urgente, pensó que el magnate se iba a molestar por haberlo hecho regresar de tan lejos, para lo que le había pedido, sin embargo, le agradeció por haberle pedido ese favor y que inmediatamente se pondría a trabajar en ello.

— Perdón que lo haya hecho venir desde tan lejos, pero me pareció importante pedirle ese favor — le dijo el senador al señor Logroño.

— No se preocupe senador, si no podemos resolver los problemas de la casa primero, como queremos resolverlos en otras — contestó, esa vez el señor Logroño, esa ocasión.

— Y dígame, ¿en qué le puedo ayudar senador? — empezó la reunión seria, el señor Logroño, después de algunos minutos de platicas sin importancia.

— Se trata de apoyar a este — dijo el senador, pasándole algunos expedientes.

— Cristóbal Fernández — dijo Logroño —. Creo que es una buena elección. De hecho, pienso que el señor Hugo Barreto también era buen candidato.

— Esta es la contraparte —dijo el senador pasándole otro expediente.

— Sera un placer — dijo Logroño, con una sonrisa, al mirar que se trataba del Lic. Isidro Pérez y que era su principal crítico.

El señor Logroño se quedó viendo los expedientes de los dos políticos. No era tarea difícil, apoyar a uno, como hacer que la contraparte se le hicieran más difíciles las cosas. Sabía que cuando escogían a sus candidatos para la presidencia, por lo regular casi no eran conocidos por el país. Apenas eran conocidos por algunos ciudadanos del estado que estos estuvieran gobernando. Sin embargo, con la ayuda de la televisión, su vida política subía como la espuma, al empezar hablar de estos. Pasando noticias de su estado, resaltando las obras buenas que había hecho, etc.

En cualquier programa de la televisión se empezaban hablar de ellos. Inclusive en los programas de espectáculos, relacionándolos con alguna actriz no muy famosa, aunque no fuera cierto. La cosa era que se hablaran de estos políticos y de paso le hacían un favor a la actriz, haciéndola salir, también a ella en más programas, aclarando que no sabía de dónde habían salido esos comentarios. Ésta también sacaba provecho de todos los chismes que corrían en los medios de comunicación, e incluso a veces le daban un papel protagónico, debido a lo conocida que resultaba, después de ese embrollo que le habían inventado, con el político en cuestión.

Por otra parte, casi no se hablaba de la contraparte. Sino de algunas malas obras que éste haya hecho. O resaltando la delincuencia en su estado o en el lugar donde estuviera gobernando. Así que no había problema, ya lo había hecho con el actual presidente, que también él, lo había ayudado y que fuera el primero ya que antes lo había hecho su padre.

— No se preocupe senador— dijo al fin —. Si este es nuestro gallo, a este apoyaremos.

— Gracias señor — contestó a secas el senador Portillo

— Y pasando a otras cosas, ¿cómo está su jefe? — dijo el señor Logroño, de repente.

— Muy bien — contestó el senador —. A pesar de sus años, sigue fuerte como un roble —
Agregó

— Como usted ve, yo prefiero el cedro — dijo Logroño, con una sonrisa y acariciando su escritorio —. Pero no me refiero al señor Germán, si no a su hijo.

El senador portillo se le quedó viendo. La pregunta lo agarró fuera de lugar.

— ¿Se siente contento con él, senador? — prosiguió don Logroño sin dejar que reaccionara, el senador Portillo.

— Claro — contesto éste.

— Me alegro — dijo Logroño, levantándose y dirigiéndose a una pequeña barrita que tenía en su oficina. Momentos después, regresaba con dos copas en su mano, le retiró la primera copa que le había dado al senador y le dio la nueva.

— Le voy a dar una primicia — dijo Logroño, regresando a su asiento.

—Dígame — contestó un poco ansioso.

— El señor Germán le queda muy poco tiempo de vida — dijo el señor Logroño, sin ninguna expresión en su cara.

El senador Portillo que se había llevado la copa a la boca, se quedó con ella sin tomar nada.

— Perdón — dijo atónico, retirando la copa de sus labios.

— Tiene cáncer— dijo esta vez Logroño, haciendo una mueca.

— ¿Como lo sabe? — preguntó el senador Portillo, incrédulo

— Recuerde que somos un medio de comunicación — contestó el señor Logroño —. Y como dijieran mis periodistas, tenemos nuestras fuentes.

— ¿A qué quiere llegar señor Logroño? — preguntó el senador, después de haberse tomado, de un solo trago, su bebida.

— Bueno, por lo que acaba de decir, me gustaría llegar vivo a la próxima hora — dijo sonriendo —. Pero eso depende de usted.

El senador Portillo, sintió como sus músculos se relajaban, debido al whisky que se había tomado. Realmente le caía bien ese tipo, al menos mejor que el hijo de Don Germán. Apenas pensó eso, éste se le quedó mirando fijamente a Logroño.

Logroño por su parte, esbozó una sonrisa, al mirar que el senador, había descubierto cual era la tirada de éste.

— Fue un placer conversar con usted señor Portillo — dijo Logroño —. Solo le pido un favor más.

— Dígame — contestó el senador levantándose.

— ¿Podemos vernos la próxima semana?

— Aun no lo sé — contestó nervioso el senador

— Esperare su llamada señor — dijo Logroño, estirando la mano.

Unos instantes después, el senador Portillo, se encontraba en su carro y con el corazón en la boca por lo que había escuchado. Al salir del edificio, volteo para todos lados, para ver si alguien lo seguía. Aunque había mucha gente, era difícil saber si intentarían contra él. Apenas salió unos kilómetros de allí, se detuvo en el primer lugar que encontró para estacionarse para poder meditar.

El señor Logroño, estaba preparando algo en contra de su jefe y muy posiblemente en contra de él. Pero lo que le intrigaba era no saber cómo lo conseguiría. Si de verdad, su patrón tuviera cáncer y moría, ¿cómo podrían atacar al hijo de éste? Era imposible que eliminaran al sucesor del país, ya que al igual que su padre, casi no salía y cuando lo hacía, por lo regular, nadie sabía a qué hora lo haría y siempre andaba con algunos guardaespaldas. El por su parte nunca había solicitado guardaespaldas. No le gustaba y aunque esta vez como otras, parecía que su vida estaba en peligro, se rehusaba a usarlos.

Se preguntó si el señor Logroño, en esos instantes en que él estaba pensando todo eso, estaría escondido por lo que le había dado entender, ya que al insinuar todo eso, también él se estaría jugando la vida. Por otro lado, si el señor Logroño quisiera eliminar a sus jefes, porque decírselo a él, que era el más allegado a ellos. Algo estaba tramando sin duda, pero no sabía qué y, sobre todo como lo haría, porque a su parecer, se le hacía imposible atentar contra sus jefes. Aun así, le pareció que la guerra estaba a la vuelta de la esquina y antes de que lo madrugaran, tendría que adelantarse, lo antes posible. No había otra opción, tendría que llamar al detective Huerta, para que éste le hiciera una llamada a su muchacho, Luca.

— Detective Huerta — dijo el senador, cuando el detective recibió la llamada.

— **Si, señor** — contestó.

— Necesito que usted y su muchacho estén alertas ya que podría necesitarles.

— **¿Ahorita mismo?** — preguntó el detective Huerta.

— Nada más localice a su muchacho y espere mi llamada — dijo el senador e inmediatamente colgó.

Mientras tanto el señor Logroño se había quedado en su oficina nuevamente analizando todo. Según el general Briseño le había dicho que había visto al señor German unas semanas antes y éste se veía terriblemente mal. Lo habían ido a ver el y el general Santa Cruz. Y aunque habían ido los dos, a él lo despacharon casi inmediatamente, quedándose solo, Don German, su hijo y el general Santa Cruz.

Así que el señor Logroño sabía definitivamente, que era tiempo de actuar. Había pasado algún tiempo considerable desde que se enteró de la enfermedad del señor De La Rivera. Había esperado el momento exacto para poder actuar, ya todo lo tenía planeado. No fue fácil el decidirse que hacer, principalmente que hacer con el hombre más poderoso después del señor De La Rivera y no precisamente se refería al hijo de éste, si no al senador Portillo.

Sin duda se le pasó por la cabeza eliminarlo. Sin embargo, sabía que eso era muy peligroso y sería un desperdicio el desaparecerlo. Lo ideal sería convencerlo para que traicione a su jefe. Aunque sabía que él no traicionaría a don German De La Rivera, pero que con su hijo tal vez sería diferente y más si el senador Portillo supiera que éste le estaba ocultando algo tan importante como la enfermedad de su padre. Si es que no lo sabía todavía.

Eso no lo sabría hasta que le dijera que Don German tenía cáncer y ver la reacción del senador. Así que cuando le dijo esa noticia, sintió un gran alivio cuando se dio cuenta que el senador Portillo no sabía nada de la enfermedad. Así que sería fácil ponerlo en contra de alguien que le faltó al respeto, no contándole algo tan importante y lo peor, que se lo hubiese dicho a alguien más que no fuera él.

Una semana después, el señor Logroño se encontraba en su oficina. Tenía una reunión muy importante del cual dependía su futuro y la de su empresa. Había llegado desde temprano y se encontraba ojeando algunos papeles, más para pasar el tiempo que por necesidad. Un rato después sonaba su teléfono anunciando la llegada de su invitado. El senador Portillo había llegado.

Después que le hizo pasar, le ofreció que tomara asiento y le invito una copa.

— Me alegra nuevamente verlo aquí senador.

— Quiero que sepa que, de principio esto no significa nada — dijo el senador Portillo.

— Yo lo sé senador — dijo el señor Logroño —. Pero sé que al final de esta reunión, va a significar mucho para ambos.

El senador Portillo comprobó, que cualquier cosa que el señor Logroño tendría en mente, él jugaba un papel muy importante. La semana pasada que le había dicho todo aquello, lo hizo reaccionar sin pensar. Cuando llamó al detective Huerta, le iba a decir que se preparara para la guerra. Pero algo le dijo que no dijera eso y que solo hiciera la llamada para hacerle saber que tal vez lo necesitara.

Después, ya estando en su casa y después de bañarse, se puso a meditar todo y llegó a la conclusión, que si le habían dicho eso, era porque lo necesitaban, que él no estaba en peligro y que no atentarían en contra de su vida, al menos no el señor Logroño, que si lo hubiese querido apartar del camino lo hubiese hecho, el ultimo día que lo había visto. Así que se alegró de no haberle dicho mucho al detective Huerta.

Al día siguiente llamó al señor Logroño, para confirmar la reunión que éste le había pedido. Le iba a llamar también al detective Huerta, pero desistió de hacerlo y se dijo que le llamaría después de la famosa reunión, con el señor Logroño. Así sabría muy bien que decirle al detective, que solo había sido una falsa alarma o que definitivamente se prepara él y su muchacho para la guerra.

— Hablemos sin rodeos señor Logroño — dijo el senador Portillo lo más serio que pudo.

El señor Logroño esbozó una sonrisa apenas visible, ya que ahora veía que tenía el sartén por el mango. Porque si bien sabía que el senador Portillo, había caído en cuenta que él no lo quería asesinar, si se había puesto la soga al cuello, al haber aceptado esa entrevista, ya que un solo rumor de traición a sus actuales jefes bastaría para que lo eliminaran. Aunque eso sería una sentencia de muerte también para él. Así que esa no era su intención y realmente deseaba que al

final de la reunión, todo terminara como lo había planeado

— ¿Usted quiere matar a mis jefes? — dijo el senador, bajando la voz como para que esto último, no fuera escuchado por nadie más.

— Señor Portillo, de verdad le agradezco haber aceptado esta reunión — dijo el señor Logroño, evitando responder la pregunta tan directa que le habían hecho —. Se lo que se está jugando. Pero también sé que usted sabe que yo no quedaría muy librado después de esta junta. Es más tal vez aquí, el que pierda más soy yo. Porque usted tendría una excusa el haber aceptado esta entrevista. Le podría decir a su jefe que quería escuchar lo que tenía en mente y que por eso no le habías dicho nada. Por precaución. Tal vez te crea, inclusive tal vez sea cierto esto último que estoy diciendo y entonces yo estaría en la lista negra.

El senador Portillo analizó lo que el señor Logroño estaba diciendo y casi se sintió invadido en sus pensamientos, ya que eso ya lo había pensado decir, si salía vivo ese día y no llegaban a un acuerdo.

— Solo quiero saber una cosa señor Logroño — dijo el senador

— Dígame — contestó el señor Logroño

— ¿qué posibilidad hay de que, si no llegamos a nada hoy, hiciéramos que esta reunión jamás haya existido?

— Me gustaría, señor Portillo, decirle que esa fuera una posibilidad, pero no es factible y si bien sé que, si no se llegara a un acuerdo, estaría yo en la lista negra, también sé que, si no hubiese una gran posibilidad de convencerlo a usted de mi idea, jamás hubiese puesto mis ojos en usted.

— Eso quiere decir que, si no llegamos a un acuerdo, ¿jamás saldría de aquí? — dijo el senador.

— ¿Y en qué manos quedaría nuestro país, muerto usted y yo? ¿En el señorito Julio Cesar? — dijo el señor Logroño, hablando como si el señor German ya no existiera.

El senador Portillo le sorprendió escuchar ese apelativo, de parte del señor Logroño, al referirse al hijo de Don Germán, sobre todo porque tenían casi la misma edad.

— ¿Realmente cree que él podría llevar el país sin su ayuda? — continuó —. Yo sé que no y usted sabe también que no podría. Solo que al parecer el cree lo contrario al esconderle algo tan importante como la enfermedad de su padre y no solo eso sino faltándole al respeto a usted y a su trabajo al hacerlo a un lado y contárselo al general Santa Cruz.

Hizo una pausa mientras observaba al senador sus reacciones a lo que estaba escuchando.

— Yo prometí no tocarlo a usted senador — continuó el presidente de la televisora —. Aun a costa de mi vida. Y quiero que sepa que soy un hombre de palabra, con quienes la merecen y usted la merece. Sim embargo no se puede decir lo mismo del hijo de su jefe. Quien le dice a usted que no es el quien querría matarlo después de que su papá muera. Mas aun teniendo de su lado al general Rogelio Santa Cruz.

El senador Portillo se le quedó viendo, analizándolo nuevamente. Agradeció que al menos estuviera enfrente de un hombre inteligente y decidido.

— No ha respondido a mi pregunta — dijo el senador Portillo —. ¿Usted quiere "apartar" a mis jefes?

El señor Logroño se levantó y se dirigió a la pequeña barra donde estaba la bebida. La primera fase del plan había concluido y que era, hacer que el senador Portillo se interesara en escuchar su plan. Después estaba seguro de que quedaría convencido de sus planes. Sirvió dos tragos y le dio uno al senador, retirándole la primera que le había dado y que no había tocado. El senador, instintivamente miró la copa que le habían retirado. El señor Logroño se dio cuenta de eso y se

tomó ese trago.

— Perdón — dijo —. Lo que pasa es que tengo esa costumbre — agregó al darse cuenta, lo que posiblemente estaría pensando el senador.

Unos instantes después se volvía a sentar en su escritorio

— Mire esto — dijo el señor Logroño, dándole unos papeles al senador Portillo —. Y no. No, no quiero eliminar a sus jefes.

El senador dio una revisada a los papeles que le habían dado y aunque no entendió mucho las terminaciones médicas, si vio el nombre del paciente, la enfermedad que tenía y el tiempo estimado de vida que le daban.

— Son los estudios de su jefe — dijo el señor Logroño —. Aquí el único que quiere atentar contra su jefe, es ese maldito cáncer.

— Entonces quiere esperar a que éste muera para poder eliminar a su hijo — dijo el senador Portillo, haciendo una afirmación, más que pregunta

— No senador — respondió el señor Logroño —. Como le dije yo no quiero eliminar a sus jefes.

— Me gustaría escuchar, entonces a que está jugando señor Logroño — dijo el senador un poco impaciente.

— Es cierto que la muerte de Don Germán juega un papel importante para los planes que tengo — dijo el señor Logroño —. Pero no quiero eliminar a su hijo, ni siquiera quitarle su poder. Al menos no de un solo golpe.

El señor Logroño tomó un sorbo de su copa, como para remojarse los labios nada más. El senador Portillo, instintivamente hizo lo mismo.

— Tengo diez años de estar al frente de esta compañía — continuó el señor Logroño —. Y aunque eh tenido algunos fracasos, estos mismos me han hecho aprender y si bien todos queremos tener un futuro mejor, eh aprendido que no se puede acelerar ese futuro y si se trabaja con disciplina y audacia, tendremos el cincuenta por ciento del objetivo. Pero hay algo que es más importante que todo eso, y que es nada menos que la paciencia.

El senador escuchaba con atención, analizando rápidamente lo que decía, el señor Logroño.

— Yo tenía muchos desacuerdos con mi padre — continuó el señor Logroño —. Le decía que era un error que alguna gente lo utilizara. Que él tenía en sus manos un arma muy poderosa como para poder estar encima de todos ellos. Mas sin embargo no le interesaba escucharme, se conformaba que le perdonaran los impuestos y con las contribuciones que le hacían algunos políticos, especialmente en tiempo de campañas.

— ¿Pero usted no se conforma con eso? — dijo de repente el senador.

— ¿Y por qué tendría que hacerlo? — contestó el señor Logroño —. Mi padre ahora está muerto y yo soy el responsable de esta empresa, por lo cual mi obligación es mantenerla en pie y hacerla crecer, mucho más. Cualquier hombre de negocios haría lo mismo, ¿no cree?

— En eso estoy de acuerdo con usted — contestó el senador, observando al joven empresario, mirando lo tranquilo que hablaba, como si no entendiera que, de no llegar a un acuerdo, posiblemente sería, hombre muerto.

— Regresando a mi padre — dijo el señor Logroño —. Al principio le repetía muchas veces, de la poderosa arma que tenía en sus manos. Sin embargo, con el tiempo vi que era imposible hacerlo cambiar de parecer. “Ya tendrás tu tiempo para hacer lo que tú quieras”, decía mi padre, “por el momento yo mando y tienes que acatar mis órdenes”, y así lo hice. Hasta que mi momento llegó.

El señor Logroño hizo una pausa y se levantó. Un instante después, volvía con dos vasos de

agua.

— Últimamente he tenido muchos pendientes que atender — dijo, ofreciéndole uno de ellos al senador —. Que, de tomar solo whisky, me volveré alcohólico — agregó con una sonrisa.

— Gracias — dijo el senador aceptando el vaso, llevandoselo inmediatamente a la boca, que se le empezaba a resecar.

— Cuando mi momento llegó — continuo el señor Logroño —. Yo me quería comer el mundo y por eso fue por lo que fracasé en algunos asuntos. ¿recuerda lo que dije del futuro? — hizo una pausa y continuó —. En ese tiempo quería que el futuro llegara rápidamente, en el presente. Pero como ya le dije, aprendí y ese aprendizaje me hizo ver que uno debe ver y trabajar a futuro, pero con paciencia. Y veo que, de aquí a unos años, la televisión va a tener mucho más poder sobre la población, que no solamente va a poder, apoyar a políticos para que sean presidentes, sino que va a ser capaz de ponerlos. La televisión va a ser el primer poder. Es inevitable. Teniendo esto a mi favor, para que quiero eliminar al hijo de su jefe, si bien me puede servir, mientras llega ese inevitable día.

— ¿Quiere decir que no va a apoyar a los actuales candidatos de Don Germán? — preguntó el senador.

— Al contrario — Contestó el señor Logroño —. Claro que los apoyare y el señor Germán, verá cómo se abandera su presidente, su último presidente. Pero si bien no quiero eliminar a su jefecito, si quiero que se elimine a este.

El senador tomó unas hojas que el señor Logroño le dio y donde se encontraba el nombre de la víctima. Inmediatamente reconoció, no solo el nombre, sino al hombre.

— El Secretario de la Defensa Nacional — dijo sorprendido el senador.

El secretario de la Defensa Nacional. Este general no era nada menos que Rogelio Santa Cruz. Era un general que pertenecía al gabinete presidencial y que tenía bajo sus órdenes a todo el ejército mexicano.

— Ya estando muerto este personaje — continuó el señor Logroño —. Seguramente nombrarían a ese puesto, al general Briseño.

El senador Portillo alzo la vista para ver al señor Logroño, ya que aún se encontraba mirando el papel que le había dado.

— Y si no fuera así me gustaría que usted influyera para que este general, aparezca como candidato a ese puesto y posteriormente verlo ganar.

El senador Portillo se había quedado estático en su asiento, escuchando al señor Logroño, que entre más hablaba, más le sorprendía lo frío y calculador que era.

— ¿El General Horacio Elías Briseño? — dijo el senador en forma de pregunta.

El señor Logroño asintió con la cabeza. Había llegado el momento de pagarle los muchos favores al general Briseño. Si bien le había cumplido un par de deseos, que había sido el encuentro con la actriz Rebeca Acevedo y posteriormente le había ayudado a tener un protagónico en una novela, este favor era sin duda el más grande que le podría hacer y sin duda éste quedaría eternamente agradecido. Si el senador Portillo aceptaba tendría a dos hombres poderosos de su lado. Y no eran hombres comunes sino extraordinariamente inteligentes, audaces y poderosos y teniéndolos a ellos de su lado sin duda sus planes acabarían por darle los resultados queridos.

— Es muy buen candidato para este puesto — dijo el señor Logroño —. Sin duda Don Germán no vería nada raro en esta nominación.

El senador se quedó viendo el nombre del general y se preguntó si el señor Logroño, ya le habría ofrecido el puesto.

— Pero antes de eso, nosotros debemos hablar con él — dijo el señor Logroño.

Sin duda alguna lo había hecho. Así que admiraba el trabajo del señor Logroño. Había pensado en todo. Porque si bien y como él había dicho, que la televisión podía poner presidentes, solo había alguien que podía atentar contra la televisión y sin duda serían, las fuerzas armadas. Así que pondría al presidente, teniendo primero de su lado, a las fuerzas armadas del país.

— ¿Le parece bien mi plan senador? — preguntó el señor Logroño, después de darle un tiempo al senador para que acomodara sus ideas.

— Es muy aplaudible su estrategia — contestó.

— Sin duda senador y más porque para esos planes que tengo, vamos a necesitar las fuerzas armadas.

El senador tuvo que analizar lo que escuchó. ¿El señor Logroño iba a necesitar al ejército, para sus planes?

— Mira ese es la primera parte del plan, si aceptas, la segunda parte lo hablaremos apenas muera Don Germán — dijo fríamente, el señor Logroño —. Pero antes de eso, necesitare que se elimine al general Santa Cruz — agregó

— ¿Usted ha matado a alguien señor Logroño? — preguntó el senador.

— ¿Ha leído el padrino senador? — respondió con otra pregunta el señor Logroño.

— Por supuesto — dijo éste.

— Yo también — dijo el señor Logroño —. Y al principio leí una frase de Balzac que decía: "detrás de cada gran fortuna hay un crimen" . Estoy seguro de que usted tiene una buena fortuna, igual que yo.

El senador se quedó meditando la frase. Hasta ahora no le había puesto mucha atención.

— Entonces, ¿acepta senador?

— Le puedo dar mi respuesta mañana.

— Tómese una semana para decidirse — contestó el señor Logroño —. Recuerde, no aceleremos el futuro.

— Hasta entonces señor Logroño — dijo el senador levantándose y sintiendo un vacío en el estómago.

— Créame senador que, si decide estar de mi lado, no se arrepentirá — dijo el señor Logroño, acompañándolo a la puerta y dándole la mano.

Dos días después, el senador Portillo, volvió a entrevistarse con el señor Logroño para ponerse a sus órdenes y analizar la manera de asesinar, al General, Rogelio Santa Cruz. La traición estaba hecha. Al salir de esa importante reunión, volvió a llamar al detective Huerta.

— A sus órdenes señor — escuchó el senador a través de su celular, al detective Huerta.

— Falsa alarma — dijo el senador —. Aun así, llame a su muchacho y manténgalo cerca, por si lo necesitamos.

— Así lo haré — alcanzó a escuchar al detective, antes de que colgara.

Capítulo 14

Luca estaba sentado en una mesa de un pequeño restaurante. Dicha mesa se encontraba afuera del local. Todos los restaurantes tenían esa costumbre en esa avenida, ya que era una de las principales avenidas, de la ciudad de Cuernavaca.

Un poco más de una semana atrás, había recibido la llamada de su jefe, diciéndole que se mantuviera cerca de la capital, que lo necesitaría. Así que aprovechó para quedarse en ese lugar hasta que le volvieran a llamar. Pero hasta ese día el detective Huerta no lo había vuelto a llamar.

Cuernavaca era uno de los lugares que más le gustaba, que sin duda si algún día se retirara lo haría allí. También era una de las ciudades que había estado más veces, ya que el detective Huerta le había dicho que no tardara mucho en un mismo lugar. Para que la gente local no se diera cuenta de él. Así que solo estaba algunos días y se iba a otro lugar y volvía cuando pasaba un tiempo considerado.

El mesero llegó y le retiró el vaso que le había llevado, unos instantes antes, con una piña colada, sin alcohol. Inmediatamente después, se acercó otro mesero, con la charola de comida, que consistía en un mixiote de borrego. Acompañado con frijoles, arroz y tortillas. Era un platillo exquisito y que le gustaba mucho. Por último, le llevaron una jarra de agua de Jamaica, bebida que era muy fresca y que agradecía el estómago debido a lo asido que solía ser ese platillo que había pedido.

Estaba a media comida, cuando sonó su celular.

— Si — dijo inmediatamente.

— Solo llamé para decirte que no estés muy lejos de la capital — escuchó decir al detective Huerta antes de que éste colgara.

Continuó comiendo el resto de su platillo, mientras pensaba a donde ir, ya que, si Cuernavaca estaba cerca de la capital, no podría quedarse más tiempo allí. Así que escogería otro lugar a donde ir. Siguiendo al pie de la letra lo que le había recomendado su jefe. Aquel jefe que lo había ayudado a salir de las calles.

Unos años atrás Luca andaba por las calles. Apenas se podía decir que estaba vivo. Caminaba por las calles como sonámbulo. Aun así, se dio cuenta como una camioneta se le acercaba.

— Hey tu — escuchó decir al chofer de la camioneta —. Súbete, necesito que hagas un trabajo.

Luca se detuvo para observar al tipo que le estaba hablando. Lo reconoció enseguida. Era policía y había trabajado para él en algunas ocasiones.

— Que te subas — dijo nuevamente el policía, esta vez enseñándole un paquete de billetes

Luca inmediatamente obedeció y se subió a la camioneta. En la ciudad parecía haber mucho movimiento policial, las sirenas se escuchaban, algunas más cercas que otras.

— ¿Qué clase de trabajo es? — preguntó Luca, sin ver al policía.

— Te lo diere mañana.

Luca vio de reojo al policía.

— No te miento — dijo el policía, al ver que lo veían con recelo —. El trabajo es para mañana temprano, solo que necesito que te quedes con un amigo esta noche, para que no te ande buscando mañana.

Luca se sentía cansado y no hizo más preguntas, se acomodó en el asiento de la camioneta,

dispuesto a ir donde lo llevara aquel tipo.

— ¿Quieres un jugo? — le dijo el poli ofreciéndole uno.

Luca lo recibió y le dio un sorbo con timidez, le supo rico que en poco tiempo se lo había acabado. En pocos instantes se quedaba bien dormido y no pudo ver la sonrisa del policía.

Cuando despertó se encontraba en un cuarto oscuro y silencioso. Indicando que muy posiblemente era de madrugada. Estaba acostado en una cama y cubierto con una cobija, aun así, el frío le calaba. Se sentó en la orilla de la cama, tembloroso y rebusco en todos sus bolsillos, con la ilusión de encontrar algo que le ayudara a la resaca de la droga que tenía en su sistema. Empezó a sudar y como pudo se incorporó y con trabajo se dirigió hacia un rayo de luz que le indicaba que en esa dirección se encontraba la puerta.

Golpeó dicha puerta con la mano derecha y esperó un buen rato, que bien pudo ser un segundo. Sintió como empezó a sudar frío y a temblar aún más. Sabía lo que le esperaba y empezó a tener miedo. Ya que, si estuviera afuera, los síntomas que sentía ahora no significarían nada, ya que estando afuera se las arreglaría para conseguir algo, sin embargo, estando encerrado en ese lugar que no sabía qué lugar era, seguramente se la pasaría muy mal.

Empezó a tocar la puerta aún más fuerte y con las dos manos. Inmediatamente después comenzó a gritar, pidiendo que le abrieran. Unos instantes después se desplomaba con algunos ataques epilépticos. Medio escuchó que la puerta se habría y sintió como alguien lo agarraba, mientras otra persona le habría la boca y le metía un palo para que no se hiciera daño.

Era el principio de una de las peores noches que Luca recordaba haber pasado. Tardó un buen rato retorciéndose, sintiéndose como los demonios de los excesos le reclamaban a lo que los había acostumbrado. Sentía, literalmente como su cuerpo se le llenaba de gusanos. Sentía una especie de comezón intensa, pero como lo estaban agarrando no se podía rascar. Se le hizo una eternidad esos síntomas, antes de desmayarse.

Cuando despertó era de mañana, aunque juraría que había pasado más de un día en ese lugar. Y no se equivocaba. Intentó incorporarse, pero no pudo. Se vio en la misma cama de siempre, solo que esta vez estaba amarrado. Nuevamente el miedo se le vino encima y empezó a sacudirse. Vio una figura que se le acercaba. Estaba seguro de que esa figura era un ángel, ya que estaba todo de blanco. Empezó a escuchar un sonido ensordecedor y a convulsionarse. El sonido se hizo más agudo. Así estuvo hasta creer que esta vez sí moriría. Se retorció y escuchaba como sus demonios se quejaban o se burlaban de él. Después de varias convulsiones se volvió a desmayar.

Cuando volvió a despertar, vio nuevamente al ángel que creyó que lo estaba velando, esperando un suspiro final, para que se lo llevara. Como pudo abrió bien los ojos y se dio cuenta que el dichoso ángel, era una enfermera que lo estaba cuidando. También escuchó el sonido que al principio lo estaba ensordeciendo. Se trataba una máquina para ver sus signos vitales.

Cayó en cuenta que se encontraba en un hospital. Pero al poco rato se dio cuenta que, si bien había una enfermera y máquinas de hospital, no se encontraba en dicho lugar si no que se encontraba en el mismo lugar donde había llegado la primera noche. Se vio los brazos aun amarrados, pero esta vez alcanzó a ver como unas agujas estaban insertadas en sus brazos y fue siguiendo lentamente las pequeñas mangueras, hasta ver muy bien las botellas de suero que le estaban poniendo.

Escuchaba voces. Voces de la enfermera, aunque no podía discernir bien lo que esta le estaba diciendo. Pero aparte de la enfermera escuchaba otras voces masculinas, afuera del cuarto. Vio como la enfermera se dirigió hacia la puerta, la abrió e hizo pasar a dos personajes. Uno era el policía que lo había llevado a ese lugar y otro era un sacerdote. Le dijeron algo que no pudo entender. Después el policía le dijo algo a la enfermera y ésta se dirigió a él, con una jeringa en la

mano y lo inyectó. Instantes después se quedaba dormido.

Cuando se encontraba dormido tenía unas pesadillas espantosas, casi reales y cuando despertaba volvían las convulsiones. Veía como la enfermera se acercaba y le ponía una inyección en el antebrazo, calmándolo hasta volver a quedarse dormido. Pero apenas quedaba dormido venían las pesadillas, una tras otra, hasta que volvía a despertar, solo para que la enfermera se acercara para inyectarlo. No sabía que intervalo de tiempo pasaba cada vez que quedaba dormido y despertaba. Solo sabía que ese rito lo hizo varias veces.

Hasta que una vez despertó, tranquilo, ya sin las convulsiones y sin ninguna atadura. Se sentó a la orilla de la cama y recorrió el lugar con la vista. Se sentía extraño y él sabía muy bien porque y es que su cuerpo estaba totalmente desintoxicado. Aunque estaba débil y su cuerpo lo tenía todo adolorido, esta vez no lo sentía por todo lo que solía meterse, sino más bien por el cansancio y sobre todo algo que hacía mucho tiempo no sentía y que era, hambre. Hambre de comida real, inclusive escuchaba como sus tripas chillaban reclamándole, esta vez algo de comer. Solo una cosa pudo distraer su hambre. Venganza.

Tenía que vengarse del hombre que lo había llevado allí. Él no había pedido estar como se encontraba ahora. Limpio de toda droga. Ya lo había intentado alguna vez y solo le trajo amarguras y decepciones. Así que cuando tuviera la oportunidad de ver al policía, se le abalanzaría encima y buscaría la forma de como matarlo allí mismo. Aunque él sabía que el policía no iría solo. Seguramente entraría con algunos más, para evitar todo eso.

Estuvo planeando todo para cuando llegara el policía, que perdió la noción del tiempo. De repente escuchó como la puerta del cuarto donde se encontraba se empezaba a abrir. Unos instantes después se cerraba la puerta nuevamente.

— ¿Como estas? — preguntó el policía parándose enfrente de él.

Luca se sorprendió al ver que se había equivocado y que el policía no había entrado con alguien más, sino que se encontraba solo. Aunque Luca había hecho un recorrido con la mirada en el cuarto, éste volvió a hacerlo, solo para ver si esta vez encontraba algo con que matar a ese desgraciado.

— Se lo que buscas y lo que quieres hacer — dijo el policía sentándose a su lado.

Luca sin decir nada volteo a ver al policía, lo miró con unos ojos que irradiaban odio.

— Se que quisieras matarme por lo que te hice — dijo el policía —. Pero el trabajo que te dije que necesitaba, te lo tenía que proponer así. Como estás ahora.

Luca que había dejado de verlo, volteo a mirarlo nuevamente.

— Si aceptas — continuó el policía —. La próxima vez que alguien te haga algo que no te guste, no necesitarías ninguna arma para matarlo. Si no solo tus manos.

Por primera vez Luca levantó la vista para ver al policía, de una forma diferente, inclusive se podía decir que esto último que le había dicho el policía le había interesado de sobremanera.

— O tal vez podrías hacerlo con alguien que te haya hecho algo — dijo el policía dándose cuenta del interés del chico.

— ¿De qué se trata? — Por fin dijo Luca con una voz apenas audible y recordando que tenía una cuenta pendiente con alguien.

— Antes de decirte de que se trata — le dijo el policía—. Quiero decirte algo más.

Luca volteo nuevamente a verlo.

— ¿Qué edad tienes?

— No se — contestó Luca, alzando los hombros como si no le importara.

— Diecisiete, dieciocho, un poco más tal vez — respondió su propia pregunta el policía —. Seguramente, no has visto muchos niños de tu edad viviendo en las calles, ¿verdad?

Luca solo escuchaba con la cabeza abajo.

— Te voy a decir por qué — continuó el policía —. Porque los chicos de tu edad no sirven para nada en las calles. Como todo adolescente se vuelven un problema. Los niños de la calle pueden ser muy útiles para todos. Pero no los jóvenes de las calles. Empiezan a darse cuenta, en los pequeños espacios de lucidez que les quedan que no vale la pena vivir y terminan por ser muy peligrosos y empiezan a ser más violentos, sin importarles que alguien los mate, incluso algunos piden a gritos eso. Así que empiezan a ser intolerantes con ellos mismos y terminan por matarse entre ellos o alguien que no se deja los mata, o por último la misma policía lo hace, ya que como te dije se vuelvan un problema.

El policía hizo una pausa prolongada y continuó callado hasta que Luca lo volteo a ver. Sus ojos se le vean brillosos con señales de que quería llorar.

— También les pasa algo que a ti te iba a pasar — continuó el policía —. Esa noche que te abordé y que te traje aquí, había ocurrido un asesinato y la policía quería encontrar a como diera lugar al asesino. Cuando te vi pensé en llevarte como el despiadado asesino que necesitaban.

Luca volvió a ver al policía.

— Para eso también sirven los jóvenes de tu edad. — continuó el policía —. A veces la policía está cansada y quieren ir a descansar a su casa y coger con sus mujeres y aquellos más afortunados a coger con sus amantes. Así que un joven como tú que vive en las calles bien podía pasar como un despiadado asesino y a nadie le importaría averiguar nada. Pero sin embargo algo me dijo que tu podrías vivir de otra forma, así que te quiero dar la oportunidad de que no acabes como muchos. Y si aceptas mi proposición sé que no acabarás como ellos. Pero si no aceptas tu y yo sabemos que no vas a tardar en las calles, terminarás muerto en un callejón oscuro o peor aún, terminarás muerto en una cárcel ya que siempre hay necesidad de encontrar un despiadado asesino y tu edad y condición es perfecta.

El policía se quedó callado un buen rato, escuchó como Luca se subía los mocos, delatándolo que esta vez estaba llorando. El policía se levantó y abrió la puerta. Después se posó en frente de Luca.

— ¿Aceptas? — dijo extendiéndole la mano a Luca —. Si no aceptas puedes salir de aquí y jamás me volverás a ver.

Luca se levantó, vio como el policía tenía aun extendida su mano. Volteo a ver la puerta abierta. Después miró de frente al policía y le estrechó la mano.

— Acepto — dijo

— Llámame detective Huerta— dijo el policía.

Mientras ambos personajes serraban su trato, afuera esperaba el anfitrión del lugar, su nombre: Damián Macedo Murillo. Éste era uno de los personajes más oscuros que aspiraban al poder. Desgraciadamente para él, ni el senador Portillo ni mucho menos Don German de La Rivera, habían querido tener algún trato con él. Aunque tenía algunos políticos que le debían favores, nadie era tan importante como él hubiera deseado. Al máximo que pudo acceder, fue nada menos que al detective Huerta.

Damián Macedo Murillo, era un sacerdote. Sacerdote que había comenzado su carrera desde muy joven. A sus veintitrés años fue iniciado como sacerdote, pero ya dese antes había fundado un grupo donde ayudaba a niños de bajo recursos, a los gastos de sus estudios. Lo primero que hacía era ganarse a los padres del niño, preguntándoles que, si tenían niños y si iban a la escuela, a los que decían que si les prometía que él les iba ayudar.

Los padres salían de su reunión con el joven aspirante a sacerdote, sin mucha ilusión, lo tomaban como una promesa más que suelen hacer los líderes de la comunidad. Sin embargo,

cuando éstos regresaban y hablaban con él, inmediatamente los recibía con algunos billetes. Esto lo hizo con algunos padres, sabedor que éstos mismos les contarían a sus conocidos y solitos llegarían solicitando su ayuda.

En poco tiempo se fue ganando el cariño de la gente y empezó a ser popular. Sus acciones llegaron a los oídos de la santa iglesia en Roma, así que cuando solicitó una reunión con su santidad, no se lo negaron. Al regresar de Roma, venía con todo el dinero del mundo para construir algunos conventos. Y con la ayuda de algunas Monjas empezaron a dar clases, solo para niños ya que no se aceptaban niñas.

Al poco tiempo de haber hecho esos conventos, fue graduado como sacerdote, siendo el más joven de esa generación. Inmediatamente le dieron su iglesia y los padres hacían filas para poder ofrecerles sus hijos como monaguillos. Al cual el aceptaba sin excepción. Era el sacerdote que usaba a más monaguillos que cualquier otro. Y todos aquellos fieles no veían la hora para poder ir a misa con aquel pan de Dios.

Lo que no sabían que, al cerrar las puertas de la iglesia, siempre se quedaba con algunos niños en su amplio cuarto y adentro el abusaba de cada uno de ellos. Y los ponía a tener relaciones entre ellos también. Tanto amor que los padres le tenían a ese sacerdote, que, aunque había algunos niños que decían que ya no querían ir, éstos les decían que no fueran tan mal agradecidos con el sacerdote, que tomaba su tiempo para que ellos aprendieran de él y como se atrevían a pagarle así. Los niños volvían con el sacerdote sin decir nada más.

Habían pasado muchos años del comienzo del sacerdote Damián. Y aunque siempre quiso conocer el dueño o los dueños del país jamás lo había logrado. Los quería conocer para poder utilizarlos, sin embargo, el utilizado era él. Siempre que querían un favor (como ese día que había llegado el detective Huerta, para poder tener a ese joven casi muerto), lo iban a ver. Al principio con la promesa de tener una cita con los hombres importantes del país, pero al final ya ni le hacían esa promesa. Se había convertido en un apestado del poder. Sin duda era por los rumores de lo que hacía con sus internos. Así que nadie relativamente importante quería verse junto a él.

Capítulo 15

CIUDAD JUAREZ, PRIMAVERA DEL 2006.

Un grupo de agentes de la AFI (Agencia Federal de Investigación), se encontraban esa madrugada, a solo metros de una bodega de naranjas. Habían recibido una llamada anónima, por la supuesta salida de un cargamento de droga, de ese lugar.

La AFI, que era la nueva agencia para combatir a la delincuencia organizada y que fue creada unos meses después de la supuesta fuga del Chacal Del Norte, venía a sustituir a la pasada agencia, que estaba llena de corrupción. Aunque la mayoría de los elementos que se encontraban en la agencia pasada se habían incorporado a esta, después de capacitarse y entrenarse mejor. También se habían incorporada algunos militares, para hacerla más fuerte y con más respeto.

Junto con estos agentes, como ya era costumbre, se encontraba el agente Rodney R. Campbell y con un compañero que le había asignado la DEA. Su nombre era Robert Moreno y era de descendencia mexicana y que hablaba muy bien el español.

— Parece que va a haber mucha acción en este lugar — dijo este último, señalando a unos hombres que salían de la bodega, con unas armas de alto calibre, en las manos.

El agente Campbell, también se dio cuenta de estos sujetos. A tras de ellos, empezaron a salir otros más, aunque sin armas en las manos. Uno de éstos se dirigió a la cabina de uno de los tráileres que se encontraba en ese lugar. Apenas entró, se escuchó el poderoso motor y unos instantes después, estacionaban el tráiler, cerca de una puerta de la bodega, que inmediatamente se empezó a abrir y donde se podía notar algunas personas más, los cuales empezaron a cargar el tráiler, uniéndose algunos de los hombres que habían salido primero. Solo tres personas se quedaron agarrando sus armas divisando para todos lados.

Gracias a los uniformes que tenían todos los agentes, incluyendo a los de la DEA, estos no eran vistos donde estaban escondidos. El agente Campbell miró, como su pupilo preparaba su arma y el hizo lo mismo, aunque les habían advertido que las armas que ellos tenían, era solamente para usarlas si estos creían que estaban en peligro ya que, aunque se les permitía, que estuvieran en el operativo, estos no estaban autorizados a disparar, contra algún ciudadano mexicano. Claro que estas reglas, muy seguidamente eran rotas.

— Empieza la acción — dijo el otro agente de la DEA, al mirar como el líder del grupo de la AFI, levantaba la mano para acercarse aún más al lugar.

El agente Campbell se arrastraba silencioso, como si fuera un reptil, por donde se encontraban los transportes. Al hacer esto se distinguía de entre todos los que se encontraban en ese lugar. La agilidad y velocidad que tenía era impresionante. Todos los agentes estaban en movimiento. Entre tarimas y algunos carros, grandes como pequeños, a veces se detenían, para estudiar el panorama y luego continuaba su avanzada a la señal del líder de ese grupo. Llegaron tan cerca, que escuchaban todo lo que estaban hablando los delincuentes. Aunque hablaban lo más bajo posible.

El agente Campbell sabía que, aunque se habían acercado bastante y estaban listos para el ataque, no lo harían, hasta que todo el cargamento estuviera dentro del tráiler y apenas vieran la intención de cerrar sus puertas, actuarían antes de que los cargadores tomaran sus armas.

Apenas unos instantes después que el jefe de los agentes de la AFI diera la señal de ataque, se escuchó una ráfaga de disparos, eliminando inmediatamente a los hombres armados. Instintivamente y bajo una intensa balacera, los cargadores del tráiler corrieron para tomar sus

armas, pero unos cuantos más fueron eliminados antes de llegar a tomarlas y los que llegaron, se dieron cuenta que era inútil resistirse. Un par de hombres se dispararon ellos mismos, mientras otros tiraban sus armas al suelo y antes de pedirles que alzarán las manos, estos no solo las alzaban, sino que se tiraban al suelo con las manos extendidas, rindiéndose ante los agentes.

— Seis muertos, un mal herido y tres capturados vivos y sanos — dijo uno de los agentes al líder del grupo por parte de los agentes mexicanos.

— Siete muertos — dijo el líder mexicano, acercándose al mal herido y dándole un balazo.

El agente Campbell arranco la hoja de su pequeña libreta, donde hacía anotaciones, para corregir el número de muertos, ya que había puesto seis, como lo había dicho el primer agente que conto los daños.

— ¿Todo en orden? — preguntó el líder de la AFI, dirigiéndose al agente Campbell.

— Todo en orden — contestó éste.

— Sígame — le volvió a decir el mismo hombre, dirigiéndose al tráiler donde habían cargado la droga.

El agente caminó hacia el tráiler, cuidando de no pisar algunos cachos de carne que las armas habían volado de los narcotraficantes.

— Bienvenido a nuestra Disneylandia — dijo el agente de la AFI, señalando el cargamento y después, todos los cuerpos caídos.

Después se dirigió a los capturados vivos dejando al agente Campbell con su compañero Robert, que lo había ido alcanzar donde estaba. El agente mexicano empezó a analizar a los capturados uno por uno, poniendo atención en un delincuente en especial. Después de un momento, escucharon un grito del agente mexicano, seguido por sus subordinados, acompañando dichos gritos con una ráfaga de disparos.

— Nos sacamos la lotería mi querido agente — dijo el agente mexicano dirigiéndose a Campbell e ignorando al otro, como casi siempre.

— ¿A qué se refiere? — preguntó el agente de la DEA

— Ese hijoeputa que ve allá — señaló hacia uno de los delincuentes que ya lo habían separado de los otros — es el Tío Sam.

Los agentes de la DEA se acercaron al tipo y lo analizaron. Apenas unos segundos les basto para identificarlo y darle la razón al colega mexicano. Habían capturado al jefe de ese cartel. Al jefe que supuestamente lo iban a capturar en el 2001. Pero que no fue posible debido a los catastróficos ataques terroristas en Estados Unidos.

El agente mexicano sacó su teléfono y empezó a marcar. Del otro lado de la línea contestaba el detective Huerta. Le explicó que habían capturado al pez gordo. El agente Campbell se quedó mirando al agente mexicano. Unos instantes después colgaba el teléfono.

Unas horas más tarde y después de hacer las anotaciones típicas de un agente de la DEA, el agente Campbell, junto con su compañero, se retiraban del lugar. El agente Campbell, veía como su compañero se reía alegremente, satisfecho con la misión encomendada. Él, sin embargo, no se sentía satisfecho hacía mucho tiempo, con el trabajo realizado. Y no estaba satisfecho, no con él, si no con esa guerra que pareciera no tener fin y veía como a sus jefes, tampoco parecía importarles mucho terminarla y, por si fuera poco, si alguno de sus jefes quisiera hacerlo, la verdad es que el no veía cómo lograrlo, ya que por el medio que estaban utilizando hasta ahora, no los había, ni llevaría a ninguna parte.

Después de algunos kilómetros de manejar, estacionó su coche en el que viajaban y los dos agentes empezaron a quitarse el uniforme que les habían dado para el operativo. Después viajaron como cualquier otra persona, con ropa civil. Su compañero de viaje le iba platicando de algo,

pero al darse cuenta de que éste no le prestaba atención, decidió callarse y en pocos instantes se quedaba dormido.

El agente Campbell no le prestaba atención porque iba recordado su último trabajo como civil y que fue en una pequeña compañía de construcción en Manhattan y con lo que ayudaba a su familia, después de la muerte de su padre. Y que le causó un gran dolor. Dolor que se acrecentó, cuando otros de sus familiares también murieron.

Era apenas un adolescente cuando dos de sus hermanos murieron en un accidente de carro, quedándole solo un hermano varón y sus dos hermanas. Al poco tiempo del accidente, su madre también murió. Sus hermanas se casaron y él se quedó con su hermano a quien le estaba ayudando a estudiar. Pero un día le hicieron una llamada diciéndole que su hermano menor había muerto debido a una sobredosis.

El siguió trabajando en la compañía de construcción y veía como algunos más de sus compañeros de trabajo, seguían muriendo por sobredosis, no nada más negros, si no a eso le estaba pasando a cualquiera. Unos años más tarde, decidió entrar a la policía. Así que se reclutó y a sus treinta y seis años recibía su título de policía. Festejó esa graduación, casándose con su pareja, que tenían algunos años de vivir juntos.

Le gustaba ser policía, aunque era una época terrible para dicha carrera empezando por la misma policía. Se sabía que algunos compañeros de éste solían tomar dinero de algunos delincuentes, para que los dejaran trabajar a gusto, cosa que el rechazo rotundamente y por eso fue que le era muy difícil tener amigos reales en esa institución.

Otro problema que no le gustaba, era ver como algunos de sus compañeros les daban algún puesto más importante, aun teniendo menos tiempo que el en la policía. Mas sin embargo nunca dijo nada, ni se le escuchó quejarse con un compañero o con sus superiores por dichos privilegios. Privilegios que se acabarían en mil novecientos noventa y cuatro, con la entrada del nuevo alcalde y que en su campaña política había prometido mano dura contra la corrupción y contra los delincuentes, así como limpiar a New York de los pordioseros. Su nombre Rudolph Giuliani.

Campbell había votado por este alcalde, con la esperanza de que realmente hiciera los cambios prometidos. Se alegró al ver como lo primero que hizo este alcalde en su primer día, fue visitar a todas las jefaturas de policía, prometiéndoles que les daría todo lo que tuviera a su alcance para que pudieran trabajar.

Como era de esperarse de algunos grupos de derechos humanos, protestaron fuertemente cuando el alcalde se veía decido en limpiar la ciudad de pordioseros. La institución más fuerte en contra de dichas medidas era la iglesia. Sin embargo, los mismos pordioseros le dieron al alcalde la excusa perfecta para llevar a cabo sus planes.

Fue un día que un pordiosero matara a una señora en pleno día. Inmediatamente el alcalde dio una rueda de prensa para hacerle saber al pueblo que estaba decidido hacer lo que fuera para que esto no volviera a pasar. **“En las sociedades civilizadas, las calles no están para dormir en ellas... las habitaciones son lugares para dormir”** . Estas fueron sus últimas palabras ese día en su rueda de prensa.

Al otro día el jefe de la policía les daba órdenes a todos los policías de que todo aquel estuviera durmiendo en las calles fueran arrestados, así como aquellas que se les sorprendieran ejerciendo la prostitución. También esa misma mano dura fue implantado para las tiendas de sexo que a su parecer había muchas. Sin duda estaba dispuesto a limpiar la ciudad de Manhattan y no iba a descansar hasta lograrlo.

Si Campbell le gustaba ser policía, después de esa orden le gustó aún más y sobre todo al ver

que sus compañeros también se habían sumado al mismo propósito y que era que la ciudad más importante de New York se viera más limpia. Sin embargo, su vida de policía cambiaría esa entrada de la primavera de mil novecientos noventa y cuatro. Cuando un agente encubierto pasara corriendo detrás de un delincuente.

— ¿Que te dijo? — le preguntó su compañero.

— le desee suerte — contestó

Lo cierto, fue que lo que le había preguntado al agente ese día, había sido, en cómo hacerle para pertenecer a los agentes encubiertos.

— ¿Como te llamas? — le había dicho el tipo.

— Rodney R, Campbell — contestó éste.

Después el agente encubierto se dio la vuelta sin decir nada y se alejó, llevándose a su presa.

Esa misma semana recibió una llamada invitándolo a pertenecer al cuerpo de agentes de la DEA. Esta institución ya había hecho sus averiguaciones previas y se había dado cuenta que, de los diez años de servicio como policía, éste jamás había faltado un día. También investigaron que era muy disciplinado y acataba las ordenes que se le daban

Después de su entrenamiento y al ver como se destacó del grupo que le había tocado, le dieron su título como agente de la DEA. Después de un par de años de trabajar en Estados Unidos lo mandaron a Colombia. Cuando llegó tenía tres años que había muerto Pablo Escobar y en ese país había una guerra entre carteles, por hacerse del poder. Éste aportó muchísimo para que cayeran algunos jefes importantes de otros carteles. De allí, estuvo en Guatemala, Bolivia, Perú, hasta que llegó a México, por primera vez, a mediados del año dos mil.

Cuando llegó a ese país, había mucha actividad en el bajo mundo. El narco más peligroso y poderoso del país estaba en la cárcel hacía muchos años atrás y la batalla por el poder estaba al rojo vivo. El cartel del sur se estaba apoderando del cartel del Chacal Del Norte y diariamente había muertos y tiroteos entre narcos.

De vez en cuando las autoridades mexicanas hacían operativos, y eran invitados a participar, alegando, (las autoridades mexicanas) su colaboración con la DEA, en la lucha contra el narcotráfico. Curiosamente y aunque siempre hacían arrestos, jamás arrestaban a los hombres del Chacal, si no a de los otros carteles.

Él tenía un jefe que se llamaba, Frank Smith. Con unos sesenta y dos años encima, media uno setenta y ocho de estatura, pelo castaño claro, tez blanca, ojos azules, una nariz un poco aguileña y aunque a primera vista, se veía que tenía una barba espesa, éste siempre andaba bien rasurado y una particularidad muy singular, era que caminaba con sus piernas arqueadas, por lo cual las autoridades mexicanas lo conocían, como el Charro.

Una vez platicando con su jefe le preguntó, que porque el Chacal del Norte, no había sido extraditado a Estados Unidos, a pesar de que, hacia años, lo habían atrapado y que había una orden de extradición, hacía ese país.

— Mira, hasta ahora, no había sido conveniente hacer eso — contestó —. Pero parece que esto va a cambiar muy pronto.

— ¿A qué se refiere? — preguntó el agente Campbell

— lo sabrás a su debido tiempo — le contestó —. Solo te diré que iras conmigo a la ciudad de México a tratar este asunto, donde conocerás a Moctezuma.

— No entiendo — contesto el agente Campbell, dado por hecho que no se referían al último gran emperador Azteca.

— No importa, lo entenderás muy pronto.

Unas semanas después, ambos viajaban a la ciudad de México, a una reunión muy importante. En la trayectoria, ambos hablaron muy poco. El agente Campbell se encontraba un poco intrigado, iba pensando y tratando de adivinar qué asunto o asuntos tratarían con el dichoso Moctezuma. También iba distrayéndose, mirando como los carteles políticos aún estaban en los postes de luz, paredes o donde se pudiera poner uno de estos, para animar a la gente a votar por su candidato favorito, aunque las elecciones presidenciales habían acabado ya. Era diciembre del año dos mil y el país se encontraba contento por el triunfo, por primera vez en su historia, del Partido Acción Nacional (PAN).

Sin embargo, al adentrarse más en la ciudad, miraba como esos carteles iban desapareciendo poco a poco, hasta llegar a donde prácticamente no se veía ninguno. Si bien a las afueras se veía como la mayoría de las paredes de las casas, eran cubiertas por esos anuncios políticos, en esa zona, que sin duda sería una zona residencial, estos anuncios los sustituían, unos acabados hermosos, tanto en las paredes como en las fachadas. Como si los residentes de ese lugar no les importara quien ganara en las elecciones. Definitivamente ese lugar parecía otro país.

Al llegar a dicha reunión, su jefe, le recordó lo que le había dicho ya un par de veces ese día.

— Recuerda, no digas nada, oigas lo que oigas, tu calladito.

— No se preocupe, así lo hare — contestó.

Después bajaron del auto donde viajaban y se dirigieron a un personaje que los estaba esperando, en la entrada del lugar.

— ¿Cómo esta agente Smith? — se adelantó la persona que los esperaba.

— Muy bien, senador Portillo, gracias — contestó.

— Veo que trae guardaespaldas — dijo el senador, mirando al agente Campbell.

— Es mi compañero el a.....

— Agente Campbell. Rodney R. Campbell — se presentó el mismo.

El agente Smith, le vio de reojo, como reprochándole, el haber hablado.

Tanto el agente Campbell como el senador Portillo, observaron eso.

— Pasen por favor — dijo el senador a ambos —. Nos están esperando — agregó.

Unos instantes después el senador portillo presentaba al agente Campbell, con los anfitriones. El primero en presentarle fue un tal Germán De La Rivera, seguido por su hijo, Julio De La Rivera.

Después de las presentaciones. Inmediatamente pasaron al asunto que los había reunido, si bien los habían recibido con excelente cortesía, los anfitriones, al parecer, querían que esa reunión terminara lo más rápido posible, dejando en claro que esa no era una visita de placer si no de trabajo.

— Agente Smith — empezó hablar Don German De La Rivera —. Hemos tenido algunos problemas en negocios que nos atañe a ambas partes y lo he mandado llamar, para solucionarlos. aunque la decisión está tomada quiero que usted lo sepa, para que los acontecimientos que pasen, no lo tome por sorpresa.

— Bueno de antemano, agradezco que me haya tomado en cuenta, antes de hacer lo que sea que tenga pensado — respondió el agente Smith.

El agente Campbell, miraba y escuchaba en silencio, lo que se estaba hablando. Se sentía algo incomodo, ya que el anfitrión solo se dirigía a su jefe, como si el no existiera. También veía como su superior, se dirigía a Don German, con exagerado respeto.

— Sr Smith — continuo Don German —. Vamos a sacar a el Chacal de la cárcel.

El agente Campbell, entrecerró los ojos, sorprendido por lo que había escuchado.

— Eso no es posible — se le escuchó decir al Agente Smith, con una voz entrecortada.

— No le estamos pidiendo permiso — dijo esta vez el hijo de Don German —. Solo le estamos avisando.

— Mire señor Smith — dijo esta vez el senador Portillo, con una voz suave, regresando nuevamente al tono de la negociación —. Esto nos beneficiaría a todos.

El agente Smith, se quedó un instante pensando. Cuando lo habían contactado para hablar del Chacal, él estaba seguro de que se lo iban a dar para extraditarlo de una buena vez a Estados Unidos.

— No veo como pueda beneficiar a mi gobierno este acto — dijo el Agente Smith, al mirar que todos allí lo estaban viendo, como esperando que dijera algo —. Si bien aceptamos que se capturara a este sujeto y se mantuviera en este país sin ser extraditado, no creo que mi agencia quede bien si ahora se deje libre al narco más poderoso de este país.

— Señor Smith — entró en acción nuevamente el senador Portillo —. No lo vamos a dejar libre.

Por primera vez el agente Campbell se sintió perdido en la conversación, hacía unos minutos estaban hablando de sacar de la cárcel al Chacal y ahora se decía que no lo dejarían en libertad. Sin embargo, el Agente Smith si comprendió lo que iban hacer con el Chacal.

— Lo van a asesinar — afirmó el agente Smith, más que preguntar.

El agente Campbell esta vez abrió los ojos lo más grande posible, iba a decir algo, pero recordó lo que su superior le había dicho y si bien había roto ese trato al presentarse, esta vez sí decía algo, posiblemente su jefe no se lo perdonaría.

— ¿Ustedes saben lo que va a pasar en el bajo mundo si saben que el Chacal fue asesinado? — dijo el agente Smith, reponiéndose de la sorpresa —. Eso va a ser la locura.

— Sin duda eso pasaría si el bajo mundo sabe eso — respondió el senador Portillo —. Pero si se les hace creer que el Chacal en lugar de haber sido asesinado, éste se habría escapado, la cosa seguramente sería diferente.

— ¿Y cómo lograrían hacerle creer a esa gente eso?

— De eso no se preocupe — contesto Don German —. En todo caso, si algún día lo necesitamos lo revivimos — agregó.

— Digamos que llegamos a un acuerdo — dijo el Agente Smith —. ¿Qué le voy a decir a mi gobierno?, porque hasta ahora no veo como nos puede beneficiar a nosotros.

— Agente Smith — contestó Don German —. No voy a entrar en detalles, solo le diré que al hacer lo que estamos planeando, algunos empresarios de su país verían como sus cuentas incrementarían, hablando específicamente de los que se dedican a la venta de armas. Solo le diré eso.

— Además — intervino esta vez el hijo de Don German —. Con la supuesta fuga del Chacal, su gobierno podría tener más agentes de la DEA en este país.

El Agente Campbell vio sorprendido como su superior le brillaron sus ojos, volteo a ver como los otros reunidos allí esbozaron una sonrisa. Como intuyendo que al fin habían logrado su cometido.

Poco después de la reunión los dos agentes de la DEA regresaban por donde habían venido. Aunque el agente Campbell no había salido de su sorpresa, el agente Smith le iba platicando como si nada hubiera pasado. Como si lo que se había hablado en ese lugar (y sin duda cambiaria el rumbo en el bajo mundo) hubiese sido un día más de trabajo. Sin embargo, para el agente Campbell, no había sido así, ya que desde que empezó dicha reunión no dejo de sorprenderse, al ver como aquellos hombres, montaban un circo, un circo que forjaba el rumbo de un país.

De un país donde supuestamente el nuevo gobierno traería la democracia definitiva, donde la

gente creía, que un cambio de partido sería la esperanza de todos ellos. Sin embargo, veía lo equivocados que todos los mexicanos estaban, ya que el destino de ese país, no lo movían los intereses del pueblo, ni siquiera los intereses de un presidente o de un gobierno, sino, los únicos intereses que importaban tenían nombre y apellido, llamado: Don Germán De La Rivera. O como le había dicho su jefe, los intereses de Don Moctezuma. Y, por si fuera poco, con la colaboración de la DEA y por supuesto, si esos planes se llevaban a cabo, con la colaboración de La Casa Blanca.

Un mes después de dicha reunión, salía en todas las noticias la supuesta fuga del Chacal Del Norte. Como lo habían previsto los que se encontraron en esa reunión, empezó una lucha para apoderarse del bajo mundo, de ese país.

Eso había pasado unos años atrás, y el ultimo operativo donde participó el agente Campbell, era en cierto punto, resultado de aquella decisión, en esa reunión que tuvieron. También otra cosa que habían previsto los jefes de esa reunión resultó como lo habían dicho, ya que jamás, Estados Unidos había vendido más armamento para México, desde aquel día. Y como dijo Don Germán, algunos empresarios estaban más que contentos y veían a México, como un mercado prospero. También empezó a entender por qué era que la gente del Chacal, jamás eran atrapados en los operativos y es que las mismas autoridades los estaban protegiendo.

El agente Campbell despertó muy tarde, nadie lo había molestado la noche anterior. Después del operativo, se puso nostálgico y por primera vez pensó seriamente en renunciar. Lo malo de eso era que, si lo había pensado, era muy difícil no hacerlo. Y más, al darse cuenta al despertar, que seguía pensando lo mismo, ya que fue lo último que pasó por su mente, antes de quedarse dormido y lo primer al despertarse.

Ya no se sentía cómodo en su trabajo. No veía como acabar con la delincuencia organizada, más cuando pareciera que aquellos que habían puesto, para dicha labor, no pareciera impórtales acabarla, desde su jefe hasta las autoridades mexicanas y por supuesto a Don Germán De La Rivera. Era una guerra que no terminaría nunca. En ese momento sin duda regresaría a trabajar en la construcción.

Unos instantes después se levantaba animado, por algo que solo a él lo animaba y que era, que en dos semanas iba a mirar al amor de su vida. Para eso tenía que viajar a la ciudad de México, donde la vería por primera vez. Por supuesto que no se trataba de su esposa, ya que éste se había divorciado unos años atrás, y aunque había pasado unos años de feliz matrimonio y como resultado de este trajo un niño y una niña, con el paso del tiempo y debido a su trabajo hizo que la relación se enfriara, hasta que al final decidieran separarse, quedándose su ex con sus dos niños que ahora eran unos excelentes estudiantes. Así que no se refería a ese amor, más bien se refería a su amor platónico. su nombre: Salma Hayek. En su vida había visto (según él) una mujer más hermosa que ella y, por si fuera poco, inteligente y muy buena actriz.

Había visto todas sus películas y le parecía que era la mujer más hermosa de este mundo. Había conseguido unos boletos para una obra de teatro en la que ella sería la protagonista y que por nada del mundo se perdería. Por lo cual, apenas compró los boletos, pidió unos días para ausentarse, al cual su jefe le dijo que tenía su permiso y que disfrutara el espectáculo. Se le quedó viendo unos instantes y se sonrojo al comprender que su jefe sabía dónde iba. Pareciera que nadie podía engañar a su jefe. Ese acercamiento de la fecha lo alegró un poco y le haría muy bien un poco de distracción para acomodar sus ideas.

Capítulo 16

El Camaleón llegó a su departamento muy bien acompañado por dos hermosas mujeres. Aunque había tomado un par de cervezas, estaba tranquilo y se disponía a pasar un rato agradable con aquellas damas.

— Se pueden servir algo si quieren — les dijo mostrándoles la barra.

Las chicas se dirigieron hacia la barra, tambaleándose ya que, si el Camaleón no estaba tomado, no se podía decir lo mismo de ellas. Antes de abrir la puerta de su cuarto, el Camaleón volteo a verlas, esbozó una sonrisa y entró en su cuarto.

Apenas las chicas habían tomado sus copas para servirse, cuando volvió aparecer el Camaleón.

— Váyanse — les ordenó sorprendiéndolas, por el repentino cambio.

Si hubiera sido cualquier pelafustán, seguramente las chicas le hubiesen dicho de todo, pero ese tipo era de todo menos un pelafustán, así que dejando sus copas en el mismo lugar salieron del departamento inmediatamente.

— ¿Como está señor Camaleón? — preguntó el detective Huerta, saliendo del cuarto de éste.

— Siempre inoportuno — contestó.

— Dichoso usted que de vez en cuando puede divertirse — dijo el detective Huerta —. Hay algunos que solo es trabajo.

— ¿A qué debo su visita detective? — preguntó el Camaleón un poco contrariado.

— Digamos que no son buenas noticias. — contestó el detective —. Y seguramente menos, por la fiesta que le acabo de arruinar — agregó.

— Lo escucho detective — dijo secamente el Camaleón.

El detective Huerta empezó a decirle al Camaleón que su patrón no estaba contento en como su familia se estaba comportando, sobre todo porque la disminución de dinero se empezaba a sentir en todos los involucrados.

— Creo que es tiempo de aclarar unas cosas — contestó el Camaleón —. Mis muchachos me están pidiendo unas pruebas contundentes a cerca de la vida del Chacal y debido a que no se las puedo dar están empezando a dudar hasta de mí.

— A mí no me importa lo que piensen ellos de usted, usted sabrá cómo hacerle para que le crean. Mi problema es no pensar que me equivoque en ponerlo como jefe de la familia, mi problema es no dudar de usted. Quiero que hable con ellos y hacerles creer que Santa Claus existe.

— Créame que eso sería más fácil hacerles creer, — contestó el Camaleón—. Que convencerlos de que no pasa nada raro con la desaparición del Chacal

— Hable con ellos, yo sé que los convencerá — dijo el detective Huerta

Mientras se dirigía a la puerta, iba analizando lo que el Camaleón le había dicho. Eso de que sus compinches, le pedían pruebas contundentes de que el Chacal vivía. Sin duda no tardarían en causar problemas, así que tenía que hablar de eso con su jefe, el senador Portillo, para ver a que acuerdo llegaban.

El Camaleón vio como la puerta se cerraba a las espaldas del detective Huerta. Se quedó de pie un buen rato, como acomodando sus ideas. Después se dirigió a la sala y se desplomó en su sillón. Después de un rato más, alzó el teléfono e hizo una llamada a cada uno de sus amigos, citándolos para el otro día.

Al siguiente día, el Camaleón se encontraba con sus dos amigos para charlar de la comisión que les tocaba dar a cada uno de ellos y que no estaban cumpliendo.

— Tu mismo estás viendo como la situación está muy difícil — dijo uno de ellos.

El Camaleón volteó a ver a su amigo que habló primero. Éste se llamaba: Felipe Oropeza y a quien le decían el Shaggy, debido a que su fisonomía era muy parecida al Shaggy de la caricatura de Scooby-Doo. Aunque su fisonomía representaba eso precisamente, una caricatura de lo que realmente era, ya que cuando se trataba de trabajo se transformaba completamente y nadie imaginaria lo que ese cuerpo aparentemente decadente era capaz de hacer. Solo los que habían caído en sus manos sabían las atrocidades que era capaz de hacer este personaje y si bien con sus amigos era diferente, hacia algunos meses que su actitud estaba cambiando con el Camaleón, debido a que era el más insistente en tener una prueba contundente de que el Chacal estaba vivo y coleando.

— Nos atacan por todos lados — dijo por fin el otro amigo —. No nos dejan trabajar bien. Si al menos el Chacal apareciera, no aquí, sino donde se encontrará, tal vez ayudaría a que nuestros enemigos se la piensen antes de atacarnos.

El Camaleón se dio cuenta que esa reunión no iba a prosperar si no daba una prueba de que el Chacal estaba vivo y aunque el segundo amigo que habló, a pesar de su fisonomía, se podía tratar más con él, también no era una perita en dulce y por supuesto que el Camaleón agradecía cada día, el haber tenido a esos dos tipos de su lado, ya que de haberlos enfrentado como enemigos seguramente ya no estaría en este mundo.

El segundo amigo se llamaba Alberto Gutiérrez. Aunque seguramente fueron del Camaleón, el Shaggy y por supuesto el Chacal nadie más sabría cómo se llamaba, ya que todos, le llamaban el Gabacho. Era el más alto de ellos, incluyendo al Chacal. Pelo castaño claro, ojos medianos y azules, nariz mediana y de piel Blanca.

Había nacido en Estados Unidos. Su madre era una emigrante de Veracruz, de tez clara, ojos cafés claros, alta y muy bonita y que al llegar a ese país entró a trabajar en una casa como sirvienta. A los pocos meses de estar trabajando en ese lugar, resultó embarazada y aunque nadie más podría ser el responsable de ese embarazo que el hijo de esa casa o incluso el padre, fue despedida por la patrona, sin decirle nada más, que era una zorra y que si regresaba a ese lugar le llamaría a emigración para que la deportaran.

Se fue a vivir con algunos amigos, hasta que tuvo su hijo. Después de eso, entró a trabajar a una fábrica, donde por mala suerte la migra hizo una redada y fue regresada a México, dejando a su hijo con sus amigos, que al saber de la fortuna de su madre lo cuidaron hasta que supieron de ella. Afortunadamente ella tenía dinero que había ahorrado durante su trabajo y le dijo a uno de sus amigos donde lo tenía. También le dijo que estaba en la frontera y que trataría de pasar para regresar a estar con su hijo y cuando ella hablara nuevamente, les diría a donde mandarían parte de ese dinero para pagar al coyote, que la pasaría nuevamente.

Un par de días después volvió hablarles para decirles que en esa madrugada iba a salir para atravesar el desierto y ya estando del otro lado les volvería a marcar para darles el nombre y el número de cuenta a donde pondrían el dinero. Esa llamada jamás la recibieron. Esperaron unos días, semanas y meses hasta que llegaron a la conclusión que algo le había pasado. Así que al pequeño Alberto lo criaron como pudieron, siempre contándole la verdad. Aunque él pensaba en su madre, el hecho de no haberla conocido hizo menos dolorosa la tragedia de su madre desaparecida, para él.

Ya de adolescente, dejó la escuela y entró a trabajar pizcando sandías. Allí conoció a un amigo

llamado Juan Oropeza, este amigo siempre maldecía el lugar donde estaba. Decía que en el pueblo donde vivía se la pasaba bien, que si no tenía mucho al menos eso era vida y no la que estaba pasando en ese país. Así que comenzó a decirle a su amigo que se iba a regresar a México y que, si él quería que lo acompañara, al fin y al cabo, él era Gringo y que podría regresar cuando quisiera. Un buen día los dos partieron hacia México, donde el pequeño Alberto conoció a los amigos de su amigo y también a su hermano que ahora le llamaban el Shaggy. con el tiempo estos amigos eran inseparables, los dos hermanos y uno más que casi siempre andaba trayendo algún libro para leer y que después sería reconocido por todos con el sobrenombre de el Chacal del Norte.

Este último le gustaba leer los libros y después ellos disfrutaban como su amigo les resumía estos mismos. Podían pasarse noches enteras escuchando las historias de su amigo Chacal, que según el leía en los libros. También a este personaje le debía el sobrenombre de el Gabacho, ya que cuando el hermano del Shaggy lo presentó, lo había hecho como el Gringo. Mas sin embargo en ese pequeño pueblo ya había uno que le llamaban así. Por lo tanto, el Chacal le conto la historia de por qué algunos en lugar de decirles gringos les llamaban gabachos.

Según él les había dicho que ese sobrenombre lo habían traído los españoles. Especialmente los catalanes, quienes llamaban a los franceses “gavatx” de una forma despectiva y que significaba “extranjero” en catalán. Esa palabra, como muchas tantas, con el tiempo se fue modificando hasta quedar como “gabacho”. Así que esa explicación le gusto a Alberto y dio su consentimiento para que le llamaran así.

— El Gabacho y yo estábamos pensando en que podemos trabajar sin el Chacal — dijo de repente el Shaggy.

Extrañado el Camaleón volteó a ver a su amigo Gabacho y después hizo lo mismo con el Shaggy.

— No lo culpes a el — dijo el Gabacho —. Fue mi idea.

— Mira Camaleón — dijo el Shaggy —. La verdad es que todos los que trabajan para nosotros, cada vez que le pedimos la comisión, nos exigen una prueba de que el Chacal está vivo y aunque de una u otra forma hacemos que cumplan con su tarifa sin que pregunten nada más, pensamos que tarde que temprano alguien nos puede jugar chueco.

— Y antes de que eso pase — dijo el Camaleón—. Ustedes quieren jugarle chueco al Chacal

— Mira Camaleón — continuó el tema el Shaggy —. La verdad es que creemos que algo no nos estas diciendo y nosotros pensamos que algo paso con el Chacal, no somos estúpidos — esta vez el Shaggy azotó la mesa.

El Camaleón pensó en que estaba en desventaja con sus dos amigos. Aunque si bien era cierto que, si de entrarle a los madrazos ni uno ni el otro pudo ganarle nunca al Camaleón y aunque él podría ser más cruel y audaz para enfrentarlos a cada uno, no se podía decir lo mismo si los dos amigos se juntaban y quisieran luchar en contra de él. Entonces sí que tendría grandes problemas.

Por esto mismo, realmente pensó en decirles la verdad. Sin embargo, si bien conocía a sus amigos, no se podía decir lo mismo del detective Huerta, que seguramente no se quedaría atrás y con todo el poder que aparentemente tenía el detective, seguramente podría luchar con él y con sus dos amigos juntos. Así que se dijo que les diría la verdad, pero primero hablaría con el detective Huerta a ver como reaccionaba, y ya conociendo su reacción actuaría en consecuencia. Lo que sí, era que ya lo había decidido, les diría a sus amigos lo que realmente pasó con el Chacal, pero tenía que ver cómo afrontar el poderío del detective, si éste no quisiera que les dijera nada.

— No quiero volver a escuchar eso otra vez — por fin dijo el Camaleón.

Apenas dijo eso, vio como los rostros de sus amigos cambiaron, ya que creyeron que lo

estaban convenciendo y en sus caras se dibujaron un pequeño rayo de esperanza, de poder trabajar sin el Chacal, más sin embargo esto último que dijo el Camaleón les devolvió las facciones duras. Unas facciones que él conocía muy bien y que casi siempre se les veía, cuando tendrían que ajustar algunas cuentas pendientes con algunos rivales.

— Quiero que lo consideres — dijo el Gabacho — si...

— Se acabó — dijo el Camaleón, esta vez golpeando la mesa él —. No quiero volver a escuchar una insinuación igual — sentenció.

El Gabacho iba a decir algo más, sin embargo, el Shaggy lo tomó del hombro para callarlo

— Solo era una sugerencia — dijo el Shaggy —. Pero aquí se hace lo que tu digas.

El Camaleón miró a su amigo y después volteó a ver al otro. Si el que hubiese tranquilizado hubiera sido el Gabacho, se sentiría más tranquilo. Sin embargo, si había alguien que podía ponerlo en contra de todos, sería el Shaggy. Si bien los dos eran grandes amigos el Shaggy era el más desesperado y sin duda no quedaría conforme con lo platicado ese día. Además, éste era muy querido en el bajo mundo por una leyenda que se rumoraba por las calles. Rumores que solo el Camaleón, el Gabacho, el Shaggy y por supuesto el chacal, sabían que eran ciertas.

También había otra persona que sabía de esa leyenda, nada más que esa persona no se encontraba en este mundo para dar su testimonio, ya que ésta, había sido víctima de dicha leyenda. Su nombre: Juan Oropeza, el hermano del Shaggy.

Esa leyenda decía que un día estando, tomando los cinco amigos, empezaron a meterse de todo, desde mariguana hasta la droga más sofisticada. Inclusive, hasta el chacal ese día estaba drogado, ya que solía hacerlo muy poco y que años después, cuando él llegó a tener su propio cartel, decidió no volver a drogarse y así lo cumplió, hasta años después de estar en la cárcel.

Cada vez que los cinco se encontraban en esa situación, siempre solían terminar la faena con una gran pelea entre los dos hermanos, el Shaggy y su hermano Daniel. De la nada se levantaban y nada más bastaba con que uno cerrara el puño, porque el otro saltaba inmediatamente para empezar la pelea. Muchas veces tenían que separarlos antes de que se mataran entre ellos. Ya después calmados se echaban a reír y se daban un abrazo, no antes de preguntarles a sus amigos, que quien era el más valiente. Claro que sus amigos decían que ambos lo eran.

Pero esa noche iba a ser diferente, ya que fue una noche loca, donde prácticamente todos estaban locos, incluso el Chacal se había quedado dormido, pero despertó, cuando la mesa voló e inmediatamente los dos hermanos empezaron a pelear. Todos estaban demasiados borrachos y drogados, que nadie quería ni podía separarlos. La pelea se fue acrecentando, creció tanto que uno de ellos empezó a gritar que él era el valiente y el otro decía lo mismo, hasta que el hermano del Shaggy sacó una pistola y dijo que se había cansado de preguntar quién era más valiente y que esa noche, en las calles se sabría quien lo era. Tomó la pistola, un revolver y le sacó todas las balas, de allí agarró una y la volvió a meter, giró el cilindro de la pistola y se la llevo a la cabeza. Antes de que los amigos reaccionaran, se escuchó un klik. Inmediatamente vieron como el Shaggy se abalanzó contra su hermano, quitándole la pistola.

— Yo soy más valiente — dijo y disparó

Un click más se escuchó.

— Trae aquí — dijo su hermano

Se llevó la pistola a la cabeza y se escuchó un tremendo estruendo e instantes después caía el cuerpo del hermano del Shaggy.

Esa noche enterraron el cuerpo y acompañaron al Shaggy en su dolor. Uno de los más tristes era el Gabacho, ya que siempre lo consideró como un hermano, ya que le había dado su amistad

desde aquellos sembradíos de sandía y fue por el que había conocido a esos locos que ahora eran sus amigos.

Al otro día el Shaggy los juntó y les dijo que solo había un valiente en ese pinche pueblo y que fue su hermano. Desde ese día empezó a frecuentar aún más a los narcotraficantes del lugar, y aunque nunca lo dijo, sus amigos intuían que el mismo le había dicho al jefe del cartel lo que le había pasado a su hermano y eso le sirvió para que él y sus amigos entraran en ese negocio. Con el tiempo, el que más se destacó en todo, fue el Chacal. Tanto que un día se le acercó alguien para ofrecerle el puesto de jefe y así había conocido al detective Huerta.

Ese día el Camaleón pasaría un rato más con sus amigos antes de dejarlos, y aunque platicaron de todo un poco, el Camaleón sintió como que algo se había roto entre ellos, más entre el Shaggy y él. Así que la próxima vez que viera al detective Huerta, le comentaría los deseos de sus amigos y sin duda hablaría a cerca de decirles la verdad a ellos y si no llegaran a un acuerdo, no lo pensaría y se uniría a sus amigos, aunque pelearan en contra del mundo.

Capítulo 17

El agente Campbell, fue uno de los últimos en salir del teatro donde se llevó a cabo la obra. Después que acabó la misma, éste se quedó sentado, con el corazón latiendo por la gran obra que había presenciado y por supuesto por el gran personaje, que estaba interpretando su querida Salma Hayek y que era la actriz principal. Después que todo el set salió para agradecer a su público, el agente Campbell, fue uno de los primeros que se levantó a aplaudir y el último en sentarse. Se quedó allí, hasta que casi todo el teatro se vaciaba. Estaba tranquilo, olvidando el asqueroso mundo afuera y suspirando por ese pequeño lugar que le había brindado un par de horas de tranquilidad.

Al salir, todavía se encontraban algunos comentando la obra. Era una noche fresca y con unas relucientes estrellas. Agradeció que un par de días antes había llovido a torrenciales y la lluvia limpió el smog de la ciudad y eso hacía que las estrellas, se alcanzaran a divisar.

Algunos metros de allí, se encontraba platicando, con un amigo la gran actriz Abigail Nájera y platicando también de lo buena actriz que era Salma Hayek. Abigail había ido a la obra lo más discreta posible, pero siendo una actriz conocida era imposible que no se le acercara alguien para platicar. Agradeció que se le acercara un amigo que, disfrutaba de las obras de teatro.

— ¿Sabes que estuvo en nuestro set un par de días atrás? — presumió su amigo que era un conductor de un programa de entretenimiento —. Y se quedó un ratito. Para una estrella como ella, el quedarse un ratito es un gran detalle — agregó con un brillo de orgullo en los ojos.

Abigail le sonrió y pensó que, si fuera como algunas de sus colegas, le hubiese arruinado su día a su amigo, contándole que también a su set había pasado Salma Hayek y no estuvo un ratito sino todo el rodaje de ese día y lo remataría contándole que después de eso, saludo a todos los protagonistas de la novela y por si fuera poco a ella la apartó de todos los demás para charlar a solas.

— Realmente eres muy buena en lo que haces — dijo Salma a Abigail

— Muchas gracias — contestó un poco nerviosa

Después, Salma le contó que le recordaba cuando ella empezó. Para su sorpresa, ella le dijo que no disfrutaba realmente hacer novelas, pero que fue necesario para llegar a donde estaba ahora.

— Yo tampoco me gusta hacer novelas — se sinceró Abigail.

Salma, la quedó viendo y con los ojos le pidió que siguiera hablando, que no se callara, que nadie las escucharía.

— Son Programas para entretener a retardados.

Se quedó callada, pensando en que si había llegado muy lejos en su comentario. Salma iba a decir algo más, cuando llegó a interrumpirlos la coprotagonista, para tomarse una foto. Ella accedió, retirándose un poco de Abigail. Después llegaron más para tomarse la foto. Después de unos instantes, Salma se acercó a Abigail y la invitó a su obra. Sería una invitada VIP y después le dijo que le diera su teléfono y que ella le llamaría. Iba a estar un par de días en México después que terminara con sus obras de teatro y que le gustaría ir a comer con alguien. Y que mejor que con una colega que a leguas se veía que no era como las demás.

— Oye hazme caso — dijo su amigo, al ver que no estaba escuchando lo que le estaba

diciendo.

Abigail le iba a responder, cuando éste la interrumpió, pidiéndole disculpas, porque había visto a alguien con quien quería platicar. Abigail después de despedirse de su amigo empezó a caminar por la placita y se dirigió a donde parqueaban los carros. Mientras caminaba hacia el lugar, miró como un hombre dirigía su mirada a un par de niños zarrapastrosos. Esto no le hubiera llamado la atención si no hubiese notado que los niños, parecían que también lo miraban. Como si estuvieran platicando con los ojos.

Luca se encontraba caminando en círculos, como si esperara a alguien. Se detenía y volvía a caminar. Todo esto lo hacía, sin llamar mucho la atención. Miró a dos niños de la calle que se acercaban y se quedaban parados a unos metros de allí. Estos niños los había visto unas horas atrás y les dijo que tenía un negocio para ellos. Les dijo esto, extendiéndole unos billetes y una bolsa de mariguana y prometiéndoles más cuando terminarán el trabajo. Los niños no pudieron más que escuchar lo que aquel extraño les proponía.

Después de aceptar, se quedaron a unos metros de él y les dijo que a su señal tendrían que robar un bolso a quien les dijera e inmediatamente salir corriendo del lugar. Los niños un poco desconfiados preguntaron que como y cuando le darían el resto prometido, a lo cual Luca les contestó que tendrían que confiar y si no querían, que le devolvieran lo que ya les había dado. Los pequeños delincuentes no les quedó otra que arriesgarse.

Cuando Luca vio a una señora con un bolso dorado, volteó a ver a los niños y con un lenguaje que solo ellos parecían conocer, les dijo que esperaran la orden.

Unos metros atrás de la señora con el bolso dorado, caminaba el Senador Portillo, junto con un señor muy bien trajeado, haciéndole competencia al senador. Se les veía platicando amicamente, mientras caminaban. Caminaron un par de metros más, hasta acercarse al lugar donde se había quedado parada Abigail. Cuando la señora con bolso dorado pasó junto a ella, por fin se dio cuenta lo que aquel tipo quería hacer. Quería robarle a la señora, volteó a ver a la señora y después a Luca, que lo vio como hizo un guiño. No le dio tiempo de voltear a ver a los niños, ya que estos más veloces que una gacela se abalanzaban contra su presa. Escuchó el grito de la señora, después un par de disparos, todos los que escucharon los disparos, unos se aventaron al piso, mientras otros corrían despavoridos. Unos policías que estaban cerca ya se encontraban con sus pistolas,

— ¡Me roban! — gritó la señora.

Instantes después sonó otro disparo. Los policías dispararon al aire y se acuclillaron, ya que no sabían de dónde venían los disparos. Junto a ellos había algunas gentes tiradas boca abajo y sin tratar de mirar lo que estaba ocurriendo. Solo uno de ellos se encontraba con la cabeza alzada tratando de averiguar de dónde venían los disparos. Esa persona era el agente Campbell, que se encontraba con su arma en la mano, aunque fuera de la vista de cualquiera, incluyendo a los policías que se encontraban a unos metros de allí.

Abigail sintió algo mojado su rostro, inmediatamente supo que era sangre. Después bajó la mirada donde se encontraban dos cuerpos ensangrentados, luego miró su mano que se encontraba dentro de su bolso y vio que estaba temblando y apretaba fuertemente una veintidós que siempre andaba trayendo, pero que no había sacado y mucho menos disparado, ya que estaba paralizada.

— ¡Es un robo! — gritó esta vez Luca — Por allí — Agregó echándose a correr, para perseguir a los ladrones.

Luca desapareció a toda velocidad del lugar dejando atrás a los policías que se habían tardado

en reaccionar. después de correr a toda prisa, abrió una alcantarilla y se metió. El apeste que había lo hizo recordar cómo años atrás, él vivía en ese lugar, como los niños que había contratado para que lo ayudaran a eliminar a su objetivo.

El senador Portillo se levantó ensangrentado, el primer disparo que se escuchó solo lo había rozado, miró a su acompañante del cual no se podía decir lo mismo, ya hacía en el suelo, muerto. Vio como dos policías que habían corrido detrás de los delincuentes regresaban a auxiliarlos, se retiró alegando que solo tenía un rasguño y que vieran a su amigo que el sí estaba grave. Su corazón latía rápidamente y no debido al balazo ni al dolor, si no al saber que empezaba una nueva era con él y con el señor Logroño, dueño de la televisora más importante del país, al haber cumplido su cometido y que era matar a Rogelio Santa Cruz, el jefe del ejército mexicano, que esa noche había invitado a la obra de teatro y que sabía que en ese lugar iba a ser asesinado.

Mientras tanto Abigail que empezaba a reaccionar de todo lo que había pasado se dio cuenta que aún se encontraba agarrando la pistola dentro de su bolso. La soltó inmediatamente. Después se vio salpicada de sangre y no pudo evitar recordar cuando ella se encontraba de la misma manera aquel día que había asesinado a un prominente político. Después que hizo eso, siempre pensó que algún día la asesinarían, tanto que pensó que ese día había llegado. Sin embargo, solo se trató de un desafortunado accidente de algunos delincuentes. Aun así, se puso muy mal al recordar cómo años atrás, asesinaba a ese cerdo que le hacía ser cosas que ella no quería.

Capítulo 18

Había pasado hace años, cuando Abigail aún era una niña. A ella como a muchas otras, incluso algunos niños, la tenían encerrada, secuestrada. Aunque aparentemente tenían de todo y no pasaban hambre y estaban bien vestidos, ella prefería pasar hambre como unos años atrás, antes de llegar a ese lugar. La casa era elegante y muy bonita, aunque a ella como todas las niñas y niños no podían disfrutar de esa casa. Nadie podría disfrutar de un lugar, si los mantienen a fuerza y, sobre todo, si te ofrecieran al mejor postor, ya que era, al igual que todos, una esclava sexual.

Los clientes que solían visitar ese lugar no eran cualquier gente. A ese lugar era visitado por gente pudiente, con mucho dinero incluso alguno que otro político de alto rango, aunque el lugar ese era secreto y muy seguro, no para las niños o niñas que se encontraban allí, si no para todos aquellos sedientos de calor humano, para que sus prosperas carreras no se vieran manchadas por sus bajas paciones

Abigail se encontraba en ese lugar un par de años ya, donde la obligaban a tener sexo con cualquiera que quisiera. Las formaban y aquel que la escogiera, no tenía más que obedecerle. Nunca salían solas de ese lugar y siempre estaban vigiladas y ni pensar de escapar. En esa casa había un patio trasero donde les permitían salir, pero eso parecía más seguro que una cárcel, era imposible escaparse. Las veces que salían, era por que un cliente pagaba una gran suma de dinero y siempre las sacaban a escondidas, por lo regular en las cajuelas de sus coches y no las sacaban hasta que se encontraran muy lejos de allí y casi llegando al lugar donde tenían supuesto a llegar.

Abigail ya había salido una vez, pero antes de esa vez, las primeras que salían le habían contado todo lo que les hacían. Aunque la verdad era que, aunque en la intimidad, a veces les hacían hacer cosas denigrantes para una niña de sus edades, no las maltrataban físicamente, eran como acompañantes y aunque algunas contaban que la mayoría de ellas se la pasaban encerradas, había algunas que podían salir de las casas, ya que algunas veces las casas donde las llevaban estaban muy alejadas y solas. Y pareciera que nadie viviera cerca de allí.

Una de las niñas, una de las que tenía más tiempo en ese lugar, les había aconsejado a las que nunca habían salido, que se portaran lo mejor que pudieran, porque si no les iba a ir peor, ya que aparte de que los clientes podían reprenderlas como ellos quisieran si es que se portaban mal, cuando llegaban a la casa les iba un poco peor con Mamá Dolores, como se hacía llamar la señora que era la dueña del lugar, una mujer sin escrúpulos, que pareciera como si no fuera humana a la vista de todos los que se encontraban en ese lugar.

Abigail cuando salió por primera vez con un cliente, un político con gran futuro se portó con él, lo mejor que pudo. Cuando el político la iba a meter a la cajuela, ella le tocó su verga y le dijo que no era necesario, que no intentaría nada y que, si la dejaba ir en su asiento, le haría lo que él quisiera, mientras fuera manejando.

— Maldita zorrita — dijo el tipo, sintiendo una erección

la metió a la cajuela y salieron de la casa. Abigail alcanzó a escuchar como la madrota le murmuraba al libidinoso, que tuviera mucho cuidado, a lo que él le dijo que no se preocupara, que primero la mataría antes de que pudiera escapar. Abigail sabía que eso sucedería realmente si ésta, trataba algo. Pero sus planes no era escapar. No esa ocasión.

Un poco menos de una hora Abigail sintió como el auto se detuvo. Escuchó como se habría la cajuela.

— Pásate adelante, conmigo — dijo el tipo

Abigail vio como en esa carretera no pasaban muchos coches, aun así, el tipo le dijo que lo hiciera lo más rápido posible. Después que ella salió, el tipo sacó su maleta de ropa y se metió al auto lo más rápido que pudo.

— Vístete como una putita — le dijo

Abigail empezó a hurgar entre sus ropas y sacó una mini.

— Cámbiate rápido — ordenó el tipo, bajando la velocidad.

Abigail se puso una minifalda y una blusa medio escotada, aún no había terminado de acomodarse la blusa, cuando sintió las manos suaves del tipo, que se deslizaban por medio de sus piernas. Después de un rato manoseándola la agarró de la cabeza y la bajo para que le hiciera sexo oral.

Unos instantes después Abigail iba retrancada en uno de los asientos, aparentemente dormida. Sentía como de vez en cuando, la mirada del lascivo político, la quemaba recorriendo su frágil cuerpo, pero la verdad que ella iba más despierta que nunca. Había meditado desde que le dijo su pequeña compañera que se portara bien, que así lo iba hacer y que iba a ver las posibilidades de escapar. Y aunque tuviera la oportunidad de hacerlo, no lo haría esa vez. Trataría de complacer a lo máximo a su acompañante, así seguramente la volvería a sacar y entonces y dependiendo de las posibilidades que hubiera, se escaparía.

De vez en cuando entreabría sus ojos para ver el lugar donde pasaba. Aunque no veía como podía escaparse de ese tipo. Un rato después vio una oportunidad que podía aprovechar. Cuando Abigail escuchó que el tipo trataba de abrir el estuche del carro, se medió incorporó, tratando aparentar que había despertado. Alcanzó a ver como en el estuche del carro había una pistola. Le brillaron los ojos e inmediatamente tuvo miedo de haberse descubierto.

— Me das uno — dijo inmediatamente al ver como el tipo tomaba una cajetilla de cigarros.

El tipo se lo dio y al verla fumar la tomó de la cabeza y la volvió a bajar.

Un par de horas después Abigail veía a lo lejos, unas tímidas luces de lo que parecía un pequeño pueblo y que anunciaba que la noche estaba cayendo. Un poco antes de llegar al pueblo se encontraba una gasolinera. Esta se preocupó un tanto ya que seguramente el tipo la metería a la cajuela para poder pasar por ese pueblo sin problemas. Pero unos metros antes de llegar a la gasolinera, el coche se desviaba a una especie de terracería, sabía que la casa donde vivía se encontraba en Veracruz, aunque no conocía el lugar si había visto mapa de la republica cuando iba a la escuela. y sabía que allí había muchos ranchos, así que intuyó que se dirigían a uno de estos.

Después que vio la pistola iba ideando en como tomarla. De hecho, mientras le estaba haciendo sexo oral al tipo, puso su mano en el estuche del carro y sintió como el corazón le latía cuando se dio cuenta que podía abrirlo fácilmente, una idea se le vino a la cabeza. Alzó la mirada viendo al sujeto, divisando para todos lados.

— Si quiere usted me puedo subir — dijo después que vio que nadie pasaba por ese camino de terracería.

— Eres una pinche putita — dijo el tipo —. Súbete — agregó deteniendo el auto

Abigail se subió y sintió como aquel tipo la penetraba. Antes de que éste terminara, Abigail puso sus manos hacia atrás y volvió a tocar el estuche. Inmediatamente las quitó y abrazó por el cuello al tipo, haciéndolo terminar. Pero ella pensaba que de haber querido hubiese tomado la pistola sin ningún problema. Pero de haberlo hecho, después de eso no sabía qué hacer, así que desistió. Seguramente ese tipo la volvería a llevar a donde quiera que fueran y entonces ese día lo haría, siempre y cuando la pistola estuviera allí y si no, esperaría tal vez en otra ocasión. Pero estaba segura de que la próxima vez lo haría.

Como Abigail había supuesto, así fue. Un par de meses después el tipo se volvió a presentar.

No hubo necesidad de formarse, ya que el tipo fue muy claro que la que quería, era Abigail. La madrota la fue haber. Siempre se preguntó cómo reaccionaría Abigail al salir de allí con un cliente y ésta se sorprendió, inclusive con los comentarios de Abigail. Se le había escuchado decir que no era tan malo después de todo ese lugar y que no la trataban mal, comía bien y que con el tipo que la había llevado, se la había pasado muy bien y que lo volvería hacer, sin ningún problema.

Estos comentarios que siempre llegaban a oídos de la madrota por una espía que era una de las chicas la sorprendieron y más cuando vio que Abigail no había causado ningún problema al salir, al contrario, el mismo político le había dicho que la chica se había portado muy bien, haciendo unos gestos obscenos y que realmente le había gustado y esto lo comprobó cuando este tipo volvió por ella, ya que era muy raro, porque siempre querían carnes nuevas. Sin duda Abigail había dejado una buena impresión con ese tipo y eso lo aprovecharía cobrando el doble que la primera vez, alegando que al día siguiente llegaría un cliente que pagaría muy bien para llevársela.

— No voy a dejar que otro se lleve a mi putita — dijo el tipo con mala cara.

— jajajajaj — soltó una carcajada la madrota — esa niña me salió un volcán — agregó estirando las manos para recibir lo doble que la primera vez. Unos instantes después Abigail salía de la casa en la cajuela. Solo esperaba que en unos instantes se abriera la cajuela y la pasaran adelante. Todo estaba decidido.

Un rato después al igual que la primera vez, el auto se detuvo e inmediatamente la cajuela se habría. Abigail se pasó al frente e hizo el mismo ritual que la primera vez. Nada más que esta vez no se hizo la dormida. iba viendo todo el lugar por donde pasaban. Se alegró, al darse cuenta de que irían al mismo lugar que la primera vez.

— Me das un cigarro — dijo Abigail, como si nada.

El tipo abrió la cajuela y de reojo Abigail alcanzó a ver la pistola. Hizo como si no se hubiera enterado de nada, sin embargo, sabía que ese era el día de su huida y si todo salía mal, la solución ya la había pensado ya sea en ese momento o cuando pudiera, inclusive si estuviera en la casa, buscaría la forma de matarse, ya no quería vivir así.

Unas horas más tarde, divisaba la gasolinera que se encontraba antes del pueblo. Trató de relajarse. Estaba casi segura de que irían al mismo lugar que la primera vez. El coche se desvió en el camino de la terracería, confirmando sus sospechas. Inmediatamente Abigail empezó a tocar al tipo y empezó hacerle sexo oral. El tipo se detuvo, subió Abigail y la penetro. Ella se echó para atrás y posó sus manos en la guantera del coche. Como pudo, abrió el cofre del coche, sintió la pistola. La sintió muy fría, no sabía si era así o era por el miedo que sentía. Cuando el tipo estaba a punto de terminar Abigail le puso la pistola en la frente, mientras lo hacía, rogaba para que la pistola tuviera balas. Vio el rostro descompuesto del tipo, no sabía si era por el clímax o por la sorpresa. Fue lo último que vio antes de disparar.

La sangre voló por todos lados, el corazón le latía a mil por hora. Unos instantes después, se decía a ella misma que tenía que ser fría y tenía que actuar, aunque decirlo era más fácil que hacerlo, ya que había quedado como en shock. Unos instantes después reaccionaba. Se bajó del tipo, empezó a buscar ropa limpia en su maleta hasta que encontró unos pantalones que había metido. Unos que no llamaran mucho la atención. Se limpió y se cambió. En donde iba su maleta, también había otra que era del tipo, antes de irse la tomó y la abrió. Se quedó sorprendida al darse cuenta lo que contenía. Era mucho dinero, no sabía exactamente cuánto, nunca en su vida había visto mucho dinero junto.

Agarró su pequeña maletita y la maleta del dinero. Después también tomaba la pistola, se había dicho que si alguien se diera cuenta de eso y si la buscaban y en consecuencia la encontrarán, en ese momento se metería un tiro. De allí agarró camino por algunos matorrales, se lavó con algunas

botellas de agua que había encontrado en el carro y se secó con una toalla de ella. Después se echó su maleta al hombro, lo mismo que la maleta que tenía el dinero.

Antes de llegar a la gasolinera salió a la carretera, sin duda era un pueblo muy pequeño ya que no se veía mucho tránsito. Cuando se encontró a la orilla de la carretera bajo sus mochilas al piso y se sacudió bien. Después tomó sus mochilas y se las iba a echar al hombro, cuando sintió como si alguien la estuviera mirando.

Vólteo hacia la gasolinera y alcanzó a ver a un muchacho dentro de un coche, como la miraba con curiosidad. Antes de echarse las mochilas al hombro rebusco una gorra que tenía en sus pertenencias y se la puso tratando de tapar su rostro. Después sintió la fría cache de la pistola y la dejó encima de todas sus cosas por si la necesitaba, no tuviera problema al sacarla.

De allí titubeo tantito en si se dirigía al pueblo, aunque tuviera que pasar por la gasolinera o se regresaba. Pero si se regresaba sin duda sospecharía aquel que la estaba mirando, así que se armó de valor y emprendió su camino. Sentía como sus piernas casi no le respondían, por el miedo que sentía. Sin embargo y mientras más caminaba y se acercaba al coche donde estaba la persona que la estaba mirando, este miedo se disipaba y aunque sentía que esa persona la iba siguiendo con la mirada trató de no darle importancia.

Jamás pensó que un coche pudiera medir tanto, ya que mientras pasaba ese coche que estaba estacionado, con la persona adentro, sintió que no terminaba de pasarlo y aunque de reojo pudo ver borrosamente como aquella persona trató de mirarla, ella no volteo.

Escuchó un ruido y sintió como su cuerpo se estremeció. “Vámonos”. Escuchó al mismo tiempo que arrancaba el motor del coche. Abrió su maleta y aun caminando agarro la pistola. Si el carro se acercaba a ella no dudaría en meterse un tiro.

Siguió caminando y escuchó como el carro se alejaba. Esperó unos segundos más y volteo. Vio como el coche con la persona que la estaba mirando y otra más levantaba polvo alejándose de allí. Sintió que el corazón le latía rápidamente y hasta ese entonces sintió algún liquido entre sus piernas. Sin duda se había orinado encima de su ropa.

Como pudo se secó discretamente volteando para todos lados cerciorándose que nadie la viera. Después de eso siguió su camino hacia el pequeño pueblo. Siguió caminando tranquilamente. La poca gente que se topaba a su paso parecía no darse cuenta de que ella no era de ese lugar, cosa que agradeció. Unos metros después entendió a que se debía esa actitud y es que ese pequeño pueblo tenía una terminal de autobuses y seguramente la gente extraña en ese lugar, era común.

Con el corazón sintiéndole que se le salía se dirigió hasta allá. Antes de salir al camino, había sacado algo de dinero. Se subió al autobús, pagó su pasaje y se sentó. En pocos instantes, el autobús arrancó. No tenía ninguna idea a donde iba y tampoco el chofer le preguntó, asumiendo que sabía, al lugar donde se dirigían. Con ella se sentó una joven un par de años más que ella, su mama de la dicha joven iba sentada en el otro extremo. Miró a esta joven que llevaba con ella un pequeño bolso, donde seguramente llevaba sus cosas personales.

Después de un par de horas y viendo que estaba ya muy lejos del lugar del crimen, se sintió muy cansada y se durmió. Cuando despertó, aún estaba el autobús en marcha, aunque ya no la misma gente. Se bajó unos minutos después, cuando el chofer les había dicho que habían llegado a la terminal de esa ciudad. La ciudad se llamaba Teziutlán, allí compró un boleto hacia la ciudad de Puebla.

Al llegar a esa ciudad, la vio con mucho movimiento, cosa que no le gustó ya que aún sentía esa adrenalina por el asesinato que había cometido y sentía que toda esa gente la quedaba mirando. Dio un par de vueltas en la terminal, hasta que encontró un puesto de hamburguesas.

Entró e inmediatamente alguien le tornó la orden.

Mientras comía, pensaba el siguiente paso que iba a dar. Sin duda no se quedaría en ese lugar, así que apenas terminara de comer, compraría un boleto más. El lugar ya lo había escogido: Monterrey, se dijo con un susurro.

Cuando llegó a la estación de autobuses de Monterrey se dirigió a los baños donde se cambió nuevamente. Esta vez lo hizo de una forma que aparentara más grande de lo que era, esa facilidad la tenía gracias al trabajo que hacían, en la casa de citas. Había algunos clientes que las querían jovencitas, pero vestidas de mayores. Así que Abigail se veía como una joven universitaria.

Después de haberse cambiado, salió de la estación de autobuses y se dirigió a un taxi.

— Buenas tardes, señorita — le dijo el taxista, un señor entrado en años —. ¿Adónde la llevo?

— Me puede llevar a un lugar donde pueda comer algo — respondió.

— La puedo llevar a un lugar donde paso a comer algunas veces — dijo el taxista con una leve sonrisa —. Está como a veinte minutos de aquí — agregó

— Está bien, gracias — dijo Abigail agradeciendo la amabilidad del señor.

Unos veinte minutos más tarde el taxista la dejaba en una pequeña fonda. También le dio el teléfono de la base por si quería un taxi más tarde. Abigail recibió una tarjetita con el número de teléfono y le agradeció al taxista. Antes de entrar a la fonda, dio un recorrido con la vista y le gustó el lugar. Le pareció un buen vecindario.

Después de comer, preguntó en ese lugar que si sabían de un lugar donde le podrían rentar un cuarto. La dueña del puesto le dio una dirección. Cuando llegó al lugar, pidió un cuarto con baño. La señora que atendía, no le dio la más mínima importancia en que hubiese rentado ella sola ya que ese lugar lo rentaban mayormente jóvenes, gracias a una escuela que había por allí.

Al segundo mes que la encargada del lugar le fue a cobrar la renta, está le preguntó que, si se iba a quedar más tiempo, tal vez le interesaría saber que algunos metros de allí, se iba a desocupar un pequeño apartamento y si quería lo podría ver por si quisiera rentarlo. Abigail le pareció una buena idea, ya que la verdad le gustaba ese lugar y por dinero no se preocupaba ya que tenía más de lo que algún día se había imaginado. Inclusive en la bolsa que había tomado del tipo que asesinó, encontró, tanto billetes nacionales como en dólares.

Sólo había un problema y que era que la señora le empezó a hacerle muchas preguntas, en su mayoría financieras. Ella agarró el toro por los cuernos y le dijo que por dinero no se preocupara, que su papá le estaba manteniendo sus estudios y él le mandaba dinero. Antes de que hiciera más preguntas, Abigail le dijo que estaba descansando ese semestre y pensando realmente que estudiar y que, si desconfiaba, podría hablar con su papá para que le mandara dinero, para cubrir la renta de un año.

La señora le brillaron los ojos y le dijo que, si su papá podría hacer eso, a lo que ella respondió que sólo bastaba con que ella se lo pidiera ya que era su única hija y que la quería mucho. La encargada le dijo que si le daba lo de medio año no le haría más preguntas. Abigail cerró el trato dándole la mano y diciéndole que en un par de días tendría el dinero, a lo que la señora le dijo que más o menos en esos días el apartamento iba a estar listo.

Un par de días después Abigail recibía las llaves de su apartamento y la señora le deseó suerte y que pronto reanudara sus estudios. Antes de retirarse la señora le hizo una proposición que le interesó.

— Oye hija, pues para no perder el tiempo deberías ir a un curso, aunque sea de inglés. — dijo la señora —. Llevas casi dos meses sin hacer ni estudiar nada.

— ¿Hay una escuela de inglés por aquí? — preguntó a la señora

— seguro que sí, ahorita le doy la dirección.

La señora le dio la dirección.

— Gracias — dijo Abigail —. Conozco el lugar, es por donde la librería — agregó.

— Me alegro de que visites ese tipo de lugares — dijo la señora —. Te he visto algunas veces regresar a tu cuarto con muchos libros, ahora los jóvenes prefieren otros lugares— agregó agitando la mano derecha, despidiéndose.

Abigail cerró la puerta. Se puso a pensar lo que la señora había dicho. No se imaginaba que lugares preferiría ir si hubiese sido una niña normal y si la vida no la hubiese tratado como lo había hecho. Lo que sabía era que realmente le gustaba leer y agradecía que la primera vez que salió a dar una vuelta por el rumbo, se hubiera topado con una librería y que hubiese comprado un libro muy bueno y que dio pie a que siguiera comprando más.

Pero, por otra parte, sabía que no podía seguir así, y al verse en su nuevo apartamento, también pensó que era tiempo de tener una nueva vida y para empezar iba a darse una vuelta a la escuela de inglés y si no le pedían muchos requisitos se inscribiría y empezaría una nueva vida. Era tiempo de cambiar, literalmente. Y entre más pronto, mejor. Salió a la calle hacer algunas compras.

Regresó un poco más tarde con algunos cosméticos para transformarse. Se pintó el pelo de negro y siguió vistiéndose de tal forma que aparentara más edad. Por otra parte, el hecho de haber descubierto una escuela de inglés, le iba ayudar para camuflarse un poco de allí. Y aunque seguramente en esa escuela le pedirían alguna identificación, ella ya la tenía, le había robado su identificación a la joven que se había sentado con ella, en el autobús y solo tuvo que quitarle la fotografía, ponerle una de ella y usar ese nombre, que era Rosa Hernández. No era la primera vez que se cambiaba el nombre.

Con el tiempo la señora se acostumbró a verla sola y de vez en cuando Abigail le hablaba de su familia ficticia, incluso algunas veces se desaparecía un fin de semana y regresaba después alegando que se la había pasado muy bien con su familia, que vivían en Pachuca.

Un día, unas personas interrumpieron su clase de inglés y se presentaron como representantes de una escuela de actuación. Dicha escuela se encontraba a solo algunas calles debajo de ese lugar. Así que después de explicarles en como inscribirse, pasaron repartiendo algunos panfletos para aquellas que se animaran a darse una vuelta.

Cuando le dieron el panfleto a Abigail. La persona que se lo dio, lo hizo con una sonrisa amable. Abigail últimamente se estaba acostumbrando a estas sonrisas. En los pocos meses que tenía fuera de aquellas paredes, donde la tenían secuestrada, había cambiado. Se veía ella misma muy bonita y en la calle, se lo hacían saber, algunos con silbidos y otros más con palabras obscenas.

Ese mismo día a la hora de la salida de la escuela, la persona que le había dado el panfleto, la estaba esperando. La abordó y le dijo nuevamente que se diera una vuelta a sus instalaciones que le iba a gustar y seguramente después de conocer esa escuela y los maestros, realmente se interesaría en pertenecer a ese grupo nuevo que estaban formando y que si aceptaba la ayudaría a buscar trabajo.

Abigail se fue pensando en todo eso. Una semana después, llegaba a esa escuela preguntando por el tipo que le había hecho esa proposición. Inmediatamente se presentó el tipo y la invitó a conocer las instalaciones y le dijo que estaba formando un grupo y que en un mes empezarían con sus clases. Aclaró que, si ella deseaba, quedaría inscrita ese mismo día.

La insistencia del tipo era mucha, aunque Abigail no necesitaba mucha insistencia, ya que estaba decidida a tomar ese curso de actuación. Después de un mes Abigail tomaba su primera clase de actuación. Habían pasado seis meses de que se había escapado de ese horrible lugar. Y

se dijo que no se iba a esconder más y el haber aceptado a pertenecer a otro grupo, era un paso importante para tener una vida normal.

Así pasó su tiempo desde entonces. Combinándolo entre sus clases de inglés y actuación. También empezó hacer ella misma, su pelo ya no se lo pintaba y se lo dejó rubio, como era su pelo natural. También había embarnecido algo y se veía diferente, muy diferente. Juraría que si la madrota, Mamá Dolores, la viera no la reconocería. Aunque siempre pensaba en si estaba bien lo que estaba estudiando ya que sin duda si llegara a destacar, sería reconocida por todo el mundo y no estaba segura si en verdad había cambiado o eran más bien los deseos de ella.

Se sorprendió cuando descubrió que la actuación le gustaba mucho y se empezó a destacar de entre todas. Afortunadamente para ella estaba en una clase donde era casi imposible hacer amigas ya que ese oficio era muy envidioso, cosa que agradeció. Una vez el tipo que la había convencido de que entrara a esa escuela y que se hacía llamar su promotor, se le acercó para ofrecerle un comercial ya que era realmente buena actuando, aunque también su fisonomía ayudo mucho, por ser rubia y muy atractiva.

Sin dudar lo aceptó. Al terminar el comercial el promotor le ofreció más trabajo y también le dijo que se olvidara de sus cursos. Ya que, si de verdad quería aprender hacer actriz, nada como la práctica. Así que le prometió un papel importante dentro de una obra. Abigail se puso muy contenta y por supuesto aceptó nuevamente. Con el paso del tiempo hizo algunos comerciales más y otras obras de teatro, hasta que un día su representante le dijo que alguien se había interesado en ella, alguien muy grande y que si quería podía trabajar para él. Era un productor de novelas.

Abigail emocionada dijo que si y sus ojos le chispearon. De pronto vio como su representante se le acercaba y la empezó a tocar. Abigail se quedó quieta, paralizada sin saber que hacer.

— Solo lo tienes que hacer una vez conmigo y el trabajo será tuyo.

Abigail se quedó parada. Al poco rato, sus ropas eran desgarradas y era prácticamente violada.

— Nada es gratis querida — le dijo el tipo

Al otro día Abigail recibía en su apartamento, al representante más famoso de algunas actrices y actores de novelas. Era alto, Abigail calculo, uno ochenta de estatura. Era corpulento, moreno, pelo negro, ojos café oscuros, bigote negro. Iba vestido impecablemente. Se llamaba Martin Del Olmo

Éste le ofreció un papel en una de sus novelas, pero tenía que trasladarse a la ciudad de México. La noche anterior, después de ser violada, tardó mucho tiempo sentada en su cama, acariciando el arma que tenía. Pensó realmente darse un balazo, pero llegó a la conclusión que nadie valía la pena para matarse. Así que, si tenía que pagar de esa forma en hacer lo que le gustaba, así lo iba hacer.

El representante, al verla pensativa le dijo lo que iba a ganar y que eso era el principio ya que estaba seguro de que después, podría tener mucho más. Abigail, aunque le pareció un muy buen dinero, trató de no estar muy impresionada por el monto, después de todo ella ya había visto mucho dinero en sus manos. Después de decirle lo que iba a ganar, le dijo que, si aceptaba, viajarían a México en ese momento y llegando allá, firmarían el contrato.

Ella le dijo que, si aceptaba, pero que quería tener un nuevo nombre, con papeles que confirmaran que siempre se había llamado así. Él le dijo que eso ya lo había pensado, ya que el nombre que tenía más bien era un nombre de india, más que de una actriz. Le preguntó que nombre quería, ella le dijo que Abigail Nájera. Éste hizo una llamada. Después de colgar le dijo que estaba hecho y cuando llegaran a la capital los papeles de su nuevo nombre estarían listos.

Dos horas después, ambos viajaban a la ciudad de México. Cuando Llegaron a su destino, la

llevó a un hotel lujoso, donde le dijo que se quedaría en ese lugar, hasta que encontrara un apartamento que le gustara. También le dijo que regresaría más tarde con el contrato para que lo firmara. Se despidió con una sonrisa y prometiéndole que no tardaría.

Ya en la noche, llegó al hotel e inmediatamente sacó unos papeles. Abigail los miró y dio una sonrisa al ver que los papeles parecían reales. Después sacó otros papeles, alegando que era su contrato y le dijo que lo firmara. Abigail lo hizo. Solo hasta entonces le dijo que en el contrato decía que él era su tutor y que, si un pariente de ella salía a reclamar, no tenía ninguna opción de tener derecho a ella, a lo que ésta contestó, que no tenía nadie a quien responder.

Después de firmar, vio como su nuevo representante y tutor se le acercó, le desgarró sus ropas y la violó con brusquedad.

— Vete acostumbrando, ya que, si quieres escalar en este medio, así es la única forma — le dijo —. Bienvenida a las grandes ligas — agregó.

Así empezó su carrera como actriz. Al poco tiempo le darían un protagónico, donde lo hizo muy bien y de allí otros contratos de otras novelas. Su promotor había abusado de ella muchas veces, pero a ella ya le habían robado mucho a cambio de nada, así que no le importaba ser usada por algunos imbéciles. No podían mancharla más de lo que la habían manchado. Así que el acostarse con él, para ella no significaba nada.

Su figura fue creciendo tanto, que un día en su camerino fue visitada por el presidente de la república donde fue invitada a una cena de gala. Ella aceptó. En dicha cena, el presidente fue muy amable con ella y no pocas veces, Abigail sorprendió al presidente viéndola o cuando no se daba cuenta, veía como éste, la buscaba discretamente con la mirada. Al terminar la cena, el presidente le dijo que, si la podía invitar en otra ocasión, una cena más íntima.

Abigail se estremeció al recordar que nadie en los últimos años la habían tratado así. Así que aceptó. Inmediatamente al otro día vio que algo cambió en su promotor. Le hablaba con extremo respeto y después de que el presidente la había invitado a esa cena de gala, jamás la volvió a tocar. Se hizo amante del presidente y hasta cierto punto le gustaba, era una forma de que todos la respetaran. Además, después de haber estado con un presidente, difícilmente estaría con alguien que ella no quisiera. Así había nacido la gran actriz Abigail Nájera.

Capítulo 19

Luca, después de haber disparado y bajado a las coladeras, en busca de los niños que lo habían ayudado, no pudo más que recordar que por esas mismas coladeras hacía años atrás, el andaba. Y que había dejado definitivamente esa vida gracias a el detective Huerta.

Unos metros después, alcanzó a divisar a los niños que parecían impacientes esperándolo. Al llegar a ellos, les pidió lo robado, les había dicho que no agarraran nada, que ni siquiera abrieran la bolsa si no, no les daría lo acordado. Al recibirla, les dio lo prometido y sacó un par de capsulas y se las dio también, diciéndoles que el efecto de esas capsulas eran mejor que todo lo demás que tenían. Los niños aceptaron un poco desconfiados, pero Luca sabía que el ser adicto no daba tregua a la espera. Seguramente ellos desconfiarían, pero la misma adicción haría que esa desconfianza, de ver de qué se trataba esas capsulas, los llevarían a correr el riesgo y sin duda la probarían.

Si había uno más listo que el otro, éste seguramente le daría a probar al otro la capsula y al ver los efectos en su amigo, no dudaría y él también las probaría. Era inevitable, pero también era inevitable que esas capsulas los matara ya que tenían algo mortal que Luca les había puesto. Así que, en poco tiempo, los niños que lo podrían reconocer, por si alguien quisiera investigar lo sucedido, estarían muertos.

Pero él creía que nadie investigaría nada y si alguien lo hiciera, no faltarían niños a quien echarles la culpa de ese desafortunado incidente, como alguna vez le hicieron a él, y que dio salida de ese lugar y lo habían transformado en lo que en ese momento era. Y gracias a que el detective había creído en él, no como aquel tipo que no le había dado la oportunidad la primera vez que quiso reformarse. Se quedó pensando en la primera vez que intentó reformarse, después de haber presenciado la muerte y desaparición de sus amigos con los que siempre andaba.

Luca había llegado a las calles en mil novecientos ochenta y cinco. Recordaba antes de ese año, una vida bien de un niño. Su padre tenía un buen trabajo y apenas lo habían ascendido, eso hizo que les prometiera que los sacaría de ese departamento pequeño donde vivía ya que, con la ayuda de su mama, que también trabajaba, no tendría problema en pagar un lugar mejor para vivir.

Él tenía un amigo, que empezó a su corta edad a probar la mariguana. Por el tiempo que pasaba a solas con él, éste también lo empezó hacer. Su amigo tenía muchos problemas en su casa y se empezó a refugiar en las drogas a muy corta edad. Lo quería mucho y para reconfortarlo aceptaba fumar con él. Pero cada vez se fue agravando el asunto.

Una vez llegó con una bolsita de papel en la mano, dentro de la bolsita había pegamento y lo empezó a inhalar. Luca le dio miedo, pero aun así ya que nunca le decía que no a su amigo, empezó hacer lo mismo. Transcurrió como un año en esa rutina y aunque él era un buen estudiante, la falta de atención de sus padres y la compañía de su amigo de escuela, le fue creando un problema en la misma.

Un lunes cuando iba a entrar a su escuela, lo regresaron diciéndole que no entraría hasta ver a sus papas. Sabía que sus padres estaban en su casa ya que los lunes entraban a trabajar algo tarde. Caminó un poco y encontró a su amigo esperándolo. Apenas lo vio, le enseñó lo que llevaba en la mano. Estos se dirigieron a un edificio abandonado a inhalar el pegamento. Era como las ocho de la mañana cuando llegaron al lugar.

Luca vio como su amigo inhaló y después se lo pasó. Apenas éste hizo lo mismo, el piso se le

movió. Empezó a sentir náuseas y escuchaba como crujía la tierra. Se sentó en el piso y siguió sintiendo el movimiento de todo el lugar. Se asustó cuando ni siquiera sentado podía mantener el equilibrio y trató de levantarse. Por unos instantes lo logró, pero inmediatamente volvió a caer. Después vio como el viejo edificio se le venía encima. Alcanzó a divisar a su amigo y miró en sus ojos lo aterrado que estaba. Iba a decir algo, cuando una viga del edificio se le cayó encima. Después todo el edificio empezó a caerse. Allí fue cuando Luca se dio cuenta que eso no era obra de la droga, sino que se trataba de un terremoto.

Como pudo se incorporó, trató de sacar a su amigo, pero no pudo. Alcanzó a ver como tenía la cabeza destrozada. Las paredes del viejo edificio se empezaron a caer y salió como pudo de allí. Una pequeña parte de la pared se le cayó encima lanzándolo al suelo y pegándole en la cabeza, se le fue el conocimiento. Cuando despertó se escuchaba a lo lejos mucho ruido. Se levantó asustado y dejando a su amigo en ese lugar, corrió hacia donde vivía, pero jamás pudo encontrar su casa. Las calles de la ciudad estaban irreconocibles, veía como todos los niños y mujeres estaban llorando, otros de rodillas en la calle, tratando de revivir a sus seres queridos y unos más agonizando. Jamás volvió a ver a sus padres, ya que el edificio donde él vivía había desaparecido totalmente. Anduvo deambulando por muchos días y comía lo que encontraba.

Una vez su amigo lo había llevado debajo de una alcantarilla a drogarse y le enseñó como abrirlas. Era tanto el caos en la ciudad, que abajo pudo encontrar un macabro silencio, aunque sabía que las réplicas podían sepultarlo allí, no le importo. Solo quería descansar, estar lejos de allí y un lugar donde podría llorar a sus padres muertos. Se quedó dormido.

Al despertar empezó a llorar, metió su mano a su bolsa y encontró el poco pegamento que le había quedado. Escuchó un ruido y levantó la cabeza. Vio un par de niños zarrapastrosos por allí, sintió como le daban una patada y le quitaban lo que tenía. No tenía ganas de escapar, así que se quedó allí, vio como los niños inhalaban lo que le habían quitado y después se quedaron dormidos allí. Cuando despertó uno de ellos lo saludo y le dio un pedazo de pan.

— Me llamo Trapos — dijo éste, era un poco mayor que él.

Se hicieron amigos desde ese día. Él le preguntó si estaba allí por el terremoto y contestó que no, que él tenía unos cuantos años viviendo allí, le preguntó por su familia, pero éste le respondió que no tenía, que él ahora era su familia. Le dijo que se deberían cuidar ya que si no lo hacían iban a morir allí. Así pasaron unos meses, antes de escuchar el llanto de un niño más. Fueron en su ayuda y lo encontraron acurrucado. Se dirigieron a él y el Trapos le extendió un pedazo de pan. Éste aceptó. Le ofreció un poco de pegamento y no aceptó.

Al otro día el otro niño les dijo que se llamaba Pedro y que sus papas habían muerto en el terremoto y que no tenía a nadie, por lo cual lo aceptaron entre ellos.

— Ahora somos tres y tres es mejor que dos — dijo el Trapos —. Nos vamos a cuidar siempre y tú no te llamas Pedro si no Pedrito, ya que pedro se escucha como de un niño fuerte y tu mírate — agregó el nuevo amigo de Luca.

En efectivo, Pedro era un niño flaquito y según el Trapos si vivía un par de meses allí era mucho. Tenía el pelo corto, era flaco, de tez claro, ojos verdes. El Trapos era el más alto de ellos, tenía pelo negro igual que los ojos y muy seguido le salían chinguinas. Con el paso del tiempo el Trapos les dijo a sus nuevos amigos que el lugar se estaba llenando de muchos niños, esto fue por el terremoto, les había dicho. De vez en cuando salían a la ciudad a trabajar, el Trapos prendía fuego con su boca mientras Luca y Pedrito limpiaban los parabrisas.

Una vez se les acercó un hombre exigiéndoles un tanto de lo que ganaban allí si querían seguir trabajando. Por supuesto se habían negado, pero al otro día el hombre los esperó en la noche y les dio una golpiza a los tres, no dejándoles más opción que obedecer. Una nueva industria había

surgido, después del terremoto y los peligros se estaban extendiendo, aunque ellos nunca se separaban para protegerse.

Así pasaron los años, Luca apenas se acordaba de la forma que había llegado a ese lugar al igual que Pedrito y por supuesto el Trapos era el que se veía más jodido, debido a las drogas. Durante ese tiempo se habían cuidado muy bien, hasta que una vez presenciaron un asesinato donde el asesino se dio cuenta y los siguió alcanzándolos. Empezó a golpearlos, como pudieron, el Trapos y Luca se defendieron, pero éste era más grande. Les dio un golpe a cada uno, que los hizo desmayar. Al poco tiempo Luca vio como el tipo le pegaba a Pedrito. Miró como Pedrito trató de defenderse, pero el tipo le dio un jalón de sus ropas y se las arrancó. Después Luca vio como le daba un golpe más y se lo echaba al hombro y empezó a correr. Luca se iba a incorporar, pero antes de hacerlo, vio como el Trapos lo hizo y corrió hacia el tipo. Se le echó encima y lo tumbo.

Pedrito cayó y se quedó semidesnudo en un rincón. Luca se levantó y corrió hacia donde estaba el Trapos. Al llegar vio como el tipo le pasaba la navaja por el cuello a él Trapos y éste cayó. Lo miró incrédulo, tomó una piedra y le dio con todas sus fuerzas al tipo, que se desmayó. Luca vio como su amigo moría, le dio tanta rabia que agarró la navaja del tipo y se lo enterró cantidad de veces, solo se detuvo cuando escuchó los sollozos de Pedrito. Vólteo para verlo y corrió a su auxilio.

Quedó sorprendido al ver desnudo a Pedrito. Después corrió al tipo que había matado y le quitó su chamarra que apenas tenía rastros de sangre y se la dio a su pequeño amigo, para que se cubriera. Después como pudo, cargó al Trapos y bajaron a las alcantarillas. Después de que se dieron cuenta que no podían hacer nada para revivir a su amigo, los dos se sentaron a llorar. Como pudieron lo enterraron y se fueron a su escondite, allí tenían unos tiliches para que se cambiara Pedrito.

Después de tanto llanto por el Trapos, los dos quedaron dormidos. Al despertar, ambos se sentían desprotegidos sin el Trapos, y Luca diviso como Pedrito se veía indefenso y juró que él lo cuidaría y que nadie le haría daño. Ya había matado a alguien por protegerlo y lo haría cuantas veces fuera posible. Así pararon unos años más los dos y ambos se cuidaban.

Una noche, el tipo que les obligaba a pagar su comisión por dejarlos trabajar en la calle y después de aclarar lo que había pasado con el Trapos, les dijo que tenían un trabajo extra para hacer y que esta vez, él les pagaría unos pesos y un bote de pegamento a cada uno. Sin dudar lo aceptaron. El tipo les dio unos posters. Aunque el Trapos no sabía leer, ellos si lo hacían y los dos leyeron que en los posters decían que su santidad, el Papa Juan Pablo II, visitaría México.

Esa noche ya de madrugada, Luca y Pedrito, salían a pegar los posters. Inmediatamente se dieron cuenta que no eran los únicos que estaban haciendo esa labor ya que parecía que todos los niños de la calle esa madrugada, les hicieron esa proposición y seguramente les habían prometido la misma paga a todos ellos. Mientras hacían el trabajo, Había un silencio macabro, como si la noche misma, sintiera vergüenza de lo que estaba sucediendo.

Aun no amanecía, cuando la ciudad fue recobrando vida y aquellos madrugadores, eran recompensados con ser los primeros en ver ese hermoso panorama y que daba por sentado que la visita del sumo pontífice era un hecho. Algunos, al pasar y ver el angelical retrato del Papa, se persignaban, algunos más hacían lo mismo, pero hincándose, otros aún más devotos, hacían todo eso, acompañado con un par de lágrimas, preguntándose que habían hecho para merecer tantas bendiciones y que dios les hubiera mandado a ese hermoso país, su representante.

Un par de días antes de la llegada del Papa el mismo tipo los abordó y les dijo que tenía un nuevo trabajo para ellos y que la paga sería mejor y esa misma noche quería volverlos a ver en

ese lugar, donde les diría de que se trataba. Así lo hicieron. Esa misma noche, Luca y Pedrito se encontraban en el lugar acordado, con la esperanza de una paga mejor que la última vez.

Eran ya muy altas horas de la noche, cuando una camioneta, toda cerrada, se estacionó delante de ellos y aunque no vieron al tipo que les había prometido el trabajo, supieron que quien quiera que fuere el o los que manejaban esa camioneta se trataban de los que los llevarían al lugar del trabajo. Esto se confirmó cuando el acompañante del chofer se bajó y sin decirles nada, abrió la puerta trasera de la camioneta. Inmediatamente vieron que otros niños de la calle estaban adentro de la misma.

Después de que volviera a moverse la camioneta, unos minutos más, volvía a detenerse. Vieron cómo se abría la puerta y unos niños más eran subidos. Hicieron el mismo rito varias veces, hasta que en la camioneta no cabía ni un alfiler más. Seguramente el trabajo que tendrían que hacer sería tan o más importante que el anterior.

Un poco menos de media hora la camioneta se detenía. El acompañante del chofer se bajó y dio unos toquidos a un portón y apenas unos segundos, éste se había de par en par. Nuevamente la camioneta volvió a moverse para entrar al lugar. Apenas había entrado, inmediatamente, el acompañante del chofer y el que abrió el portón, se ayudaron para cerrar.

Luca era uno de los más impacientes, para saber a donde habían llegado y de que se trataría el trabajo que harían. Tardaron como diez minutos, antes de que la puerta trasera de la camioneta se abriera y el chofer les dijera que se bajaran. Inmediatamente, estos obedecieron. Mientras bajaban veían como el chofer se llevaba la mano a la boca y a la nariz, y haciendo gestos de asco, ya que el olor era insoportable.

Después que todos los niños bajaron el chofer de la camioneta les dijo que lo siguieran. Desordenadamente los niños que estaban algo lucidos obedecieron, haciendo que los que hacían todo por inercia, los siguieran. El lugar donde habían entrado tenía un patio grande y donde se dirigían era a un gran cuarto que se encontraba en ese lugar.

Unos minutos después el chofer abrió la puerta y con un movimiento de su cabeza, ordenó a su copiloto algo. Éste se dirigió a unas cajas que estaban a un lado de la puerta y las abrió, para después sacar unas bolsas de plástico que contenían algo que algunos niños los hizo murmurar tímidamente. Dentro de esa bolsa había las drogas que los niños solían consumir en la calle.

El chofer les ordenó que entraran al cuarto y cada niño se le fue dando una de estas bolsitas. Luca y Pedrito entraron al cuarto casi simultáneamente. Al entrar, Luca como algunos otros niños miraron ese gran cuarto muy sorprendidos, al darse cuenta de que dentro había muchos otros niños.

Algunos de estos niños se encontraban inhalando lo que les habían regalado al entrar, mientras otros estaban sentados o tirados por los efectos de lo que les habían dado. Solo les tomó algunos segundos para reaccionar, ya que el empujón de los que seguían entrando los obligo a caminar más adentro.

Luca buscó un rincón donde sentarse, siempre fijándose que Pedrito lo siguiera. Cuando se sentaron Luca vio como su amigo iba abrir lo que le habían dado. Luca le tomó la mano para que no lo hiciera. Luca intuía algo raro, a pesar de tanta droga en su sistema, siempre tenía ratos de lucidez y sabía que no iban hacer ningún trabajo, que lo que fuera que estuvieran haciendo en ese lugar sería algo más que un simple trabajo, así que se dijo así mismo que trataría de no inhalar nada, hasta saber de qué se trataba todo eso.

Luca despertó sudando e inmediatamente miró a su lado para ver si su amigo estaba bien. Lo encontró durmiendo, aunque no tardó en darse cuenta de que Pedrito había aprovechado que él estaba durmiendo para inhalar lo que le habían dado. Luca se sentó y diviso a su alrededor. Al

parecer después de que llegaran ellos, habían traído más niños, ya que el lugar estaba más lleno, que cuando habían llegado.

Unos minutos después de que despertara, empezó a sudar más y en su estómago empezó a sentir algunas contracciones. Sabía porque se sentía así. Miró lo que le habían obsequiado al llegar a ese lugar, después volteo a ver a su amigo Pedrito y se dijo que tenía que aguantar. Unos segundos después, que a él se le hicieron horas, habría la bolsa y empezó a inhalar.

Una mano lo despertó sacudiéndolo. Al reaccionar vio como alguien más o menos de su edad, vestido impecablemente de blanco le daba algo. Éste miró el contenido, se trataba de un tanto más de lo que le habían dado, pero esta vez era acompañado con algo de pan y unos jugos para beber.

Miró a su alrededor y diviso a más niños vestidos de blanco haciendo la misma labor con los demás niños de la calle. También alcanzó a mirar un señor que les daba órdenes a estos niños. Este señor iba vestido de sotana, indudablemente se trataba de un cura.

Después de haber intentado comer algo y tomar un poco de jugo Luca nuevamente empezó a inhalar el resto de lo que la quedaba. Unos minutos después quedó nuevamente dormido. Nunca supo cuántas veces hizo ese rito. Despertaba, miraba a su amigo casi siempre dormido, comía algo, inhalaba y se quedaba dormido.

Unos días después, afuera de ese lugar el cura Damián, el detective Huerta y algunos hombres más, esperaban pacientemente.

— Bonita noche hijo — dijo el cura al detective —. Vamos a extrañar al santo padre — agregó.

Ese mismo día el Papa Juan Pablo II, se había marchado de México y esa era la causa mayor de mantener los niños fuera de las calles. Sin duda su Santidad vería un México mejor si sus calles estaban limpias y sin rastros de estos seres desafortunados. Al igual que ese lugar había otros lugares que hicieron lo mismo.

El detective Huerta hizo un ademán de asentimiento, apenas perceptible. Aunque el detective estaba acostumbrado a tratar con cualquier tipo de delincuente, jamás se había acostumbrado a tratar con ese personaje disfrazado de oveja. Se quedó viendo a los tipos que lo acompañaban, y se preguntó cómo era posible que lo ayudaran hacer lo que iba hacer.

— Tal vez si su Santidad hubiera venido antes — dijo el cura Damián, sin mirar al detective —. Dios se hubiera apiadado de los pobres presos que murieron unas cuantas semanas atrás — agregó esta vez volteando a ver al detective Huerta.

El detective volteo a ver al cura Damián y logró notar una pequeña risa irónica. Sabía por qué lo había dicho. Unas semanas antes de la llegada del Papa, limpiaron todas las cárceles del país. Incitando motines de bandas rivales, incendiando otras y alegando que fue una fuga de gas o simplemente desapareciendo a presos que tenían mucho tiempo allí que ya ni sus familiares los visitaban. Lo había dicho para recordarle esos acontecimientos, pero sobre todo para hacerle saber que nadie estaba limpio de nada y si para el detective era repugnante lo que hacía ese cura, no era más repugnante que lo que él hacía, para sus jefes.

El detective Huerta volteo nuevamente a mirar al cura Damián y a sus acompañantes. no tenía que ser un genio para saber que esos tipos que lo acompañaban y que no pasaban de sus veinte años, seguramente habían sido abusados por él y aun así se prestaban para ayudar a dicho personaje.

El lugar donde se encontraban los niños de la calle era propiedad de la iglesia o mejor dicho del cura Damián, que para el caso en ese lugar era lo mismo. Éste había prestado ese lugar con la condición de que lo dejaran escoger algunos niños, para según él, sacarles los demonios del vicio.

El detective Huerta dio la señal al cura Damián para que entrara hacer lo que tenía que hacer. Entre más rápido terminara con eso, mejor para todos.

— Enciende la camioneta hijo — dijo el cura a uno de sus acompañantes.

Éste obedeció mientras los otros con una señal del sacerdote empezaron a seguirlo. Al abrir la puerta y aunque el detective Huerta estaba a una distancia considerable no pudo evitar taparse la boca y la nariz. Se sorprendió al ver que ni el cura ni sus ayudantes hacían esto, como si ese olor nauseabundo no les afectara.

Luca fue el único que alcanzó a escuchar como la puerta se habría e inmediatamente algunas personas que no pudo distinguir, aparecieron y empezaron a caminar entre todos ellos

El cura Damián y sus acompañantes se quedaron parados en medio de aquel salón. El cura dio un vistazo a su alrededor y luego hizo un par de señales. Inmediatamente sus acompañantes se dirigieron hacia donde éste les había señalado.

Luca, aunque estaba bajo los efectos de la droga y aunque no podía distinguir bien los personajes, si se había dado cuenta como uno de ellos señaló e inmediatamente vio como otros empezaron a moverse hacia donde les habían señalado, para después levantar en hombros algunos de ellos y salir.

Después de que sus súbditos salieran del cuarto con los primeros niños que había señalado, el cura Damián nuevamente empezó a caminar entre todos los niños, veía para todos lados y si no le convenía lo que miraba volvía a caminar.

Para cuando los ayudantes del cura Damián volvieron nuevamente, éste ya había escogido a otros niños. Así que solo le bastó señalar, para que nuevamente sus ayudantes agarraran otros niños y salieran. Inmediatamente, el cura Damián volvía a caminar para escoger a sus nuevas víctimas.

Luca vio como una silueta, la silueta que señalaba empezó a dirigirse hacia donde él estaba. Quiso moverse, pero no pudo debido a la droga, que sin duda le habían puesto algo más, ya que los efectos eran fuera de lo común. Sintió un escalofrío cuando la silueta se detuvo cerca de él, incluso le pareció que el siniestro personaje se le quedó viendo.

Luca vio como la mano de la silueta señalaba hacia donde estaba él e inmediatamente apareció una silueta más. Se preparó para ser alzado en hombros de aquel extraño, sin embargo, vio como en lugar de ser escogido él, era alzado su amigo Pedrito. Hizo un esfuerzo sobre humano para impedir que se llevaran a su amigo, pero lo más que logró fue agarrar el pie del sujeto que se llevaba a su amigo. Éste le dio una patada que lo dejó semiconsciente. Trató de gritar, de arrastrarse, pero era inútil, al poco tiempo perdió el conocimiento.

Cuando despertó, se dio cuenta que Pedrito ya no estaba. Le había fallado, no supo cuidarlo como le había prometido. Solo esperaba que alguien le dijera donde se encontraba y empezó a prometerse a el mismo que si alguien le daba razón de su amigo, dejaría de drogarse, haría ese esfuerzo. Así se mantuvo, hasta que pudo hablar con un guardia quien le dijo que no sabía nada y que pronto los sacarían de allí.

Así fue ese día. En la noche nuevamente les dieron más bolsas y les dijeron que esa era la última vez que les darían y que se fueran preparando para salir de ese lugar ya que no todo el tiempo les iban a subsidiar su vicio y que regresarían en la noche para sacarlos de allí.

Esa noche los sacaron de ese cuarto tenebroso y regresaron a donde vivían. En la calle. Todos los que llegaban se perdían debajo de la ciudad, todos menos Luca, que se quedó en las calles solo y empezó a caminar, tratando de encontrar a su amigo. Pasó varios días caminando y durmiendo en las calles, pero esta vez sobrio, aunque su cuerpo le reclamaba, hasta

convulsionarse. El dolor de haber perdido a su amigo por culpa de ese maldito vicio lo mantenía firme en lo que había dicho y trataría de no meterse nada hasta saber algo de su amigo. Pensó en preguntarle al hombre que les pagaba para trabajar, pero seguramente no haría nada, así que desistió de esa opción.

Una noche, que seguía buscando a Pedrito, empezó a sentirse mal y aunque trató de luchar para no convulsionar no lo logró y empezó a retorcerse hasta desmayarse. Cuando despertó se encontraba en un hospital, alguien lo había llevado a ese lugar, tenía un par de días allí. Después de que lo alimentaran y lo dieran de alta, lo trasladaron a un sitio donde cuidaban a niños en recuperación. Era un lugar seguro y donde si bien no lo trataban con cariño, al menos le daban de comer y le estaban consiguiendo trabajo.

Se dijo a sí mismo que si tenía que trabajar, lo iba hacer mientras sabía algo de Pedrito. Al poco tiempo, le dieron una dirección en donde le esperaba alguien para trabajar, así que fue y empezó a trabajar allí. El supervisor general era un tipo alto moreno pelo negro igual que el bigote. todos los de esa empresa le temían por su exigencia que implementaba. Se llamaba Víctor Casillas.

Luca estuvo trabajando en ese lugar por más de seis meses, haciendo limpieza al lugar, desde el lugar donde trabajaban, hasta los baños. Pero un día el mecánico de la empresa lo solicitó una vez para que lo ayudara. Le puso mucho empeño que de vez en cuando el mecánico lo volvía a llamar para lo mismo y cada vez lo hacía más seguido. Hasta que un día le dijo que hablarían con el licenciado Víctor Casillas para que lo dejaran con él definitivamente y así podría enseñarle a trabajar, reparando las maquinas del lugar.

En la institución donde dormía le quitaban todo su sueldo, dejándolo sin ningún dinero, alegando que comía allí y que ese era su pago. Algunas veces le daban permiso para salir, el cual aprovechaba para investigar algo de su amigo, pero pareciera que se lo había tragado la tierra, así que regresaba aún más triste y al no tener dinero poco podía hacer.

Su única esperanza era lo que le había dicho el mecánico y era que si aprendía el oficio le ayudaría para que trabajara con él y por lo tanto le pagarían más. Con ese aumento iba a tratar de ahorrar la diferencia, ya que no les diría nada del aumento a sus tutores y tal vez podría rentar un cuarto el mismo y seguiría con la búsqueda de su amigo.

El día había llegado. el mecánico solicitó ver al supervisor. Éste accedió e inmediatamente tanto el mecánico como Luca se presentaron en frente del exigente jefe. En pocos minutos el supervisor era informado de los planes del mecánico de la empresa. Después de observar a ambos personajes, el Lic. Víctor Casillas, dibujo un gesto, casi de desprecio y le dijo al mecánico que, de ninguna forma que, si ahora ese chiquillo quería el puesto de mecánico, después querría el puesto de supervisor.

Les dijo que el chiquillo estaba bien donde estaba y que olvidara esa locura de tener ayudante ya que éste, era bien pagado, como para tener ayudante. Después que les dijo todo eso, les ordenó que se fueran a su lugar de trabajo e inmediatamente bajo la mirada en unos papeles que tenía en sus manos.

Al salir, Luca se dio cuenta que se encontraba temblando. No, esta vez no era por los efectos de las drogas. Esta vez estaba temblando de coraje, de frustración, de humillación. Muchas cosas que le pasaron por la cabeza y una de esas cosas, fue el querer matar a ese prepotente Licenciado. No solamente porque le estaba negando la oportunidad de hacer algo que le gustaba, sino de independizarse y, sobre todo, le estaba negando la posibilidad de poder encontrar a su amigo Pedrito.

En ese instante todo se le vino encima. Se dio cuenta que estaba viviendo en una fantasía. Así

que cuando salieron de la oficina del supervisor, no se molestó en ir a su lugar de trabajo, se dirigió a la salida y aunque al principio el vigilante de la puerta le negó salir, no tardó mucho en cambiar de opinión, cuando éste lo amenazó con un tubo que encontró a su paso. Ya afuera, se echó a correr sin rumbo fijo, llorando, maldiciendo en el lugar que le tocó vivir, en el mundo que había caído. Al poco tiempo, se encontraba debajo de la ciudad, inhalando como todos los que se encontraban allí.

Así siguió su vida hasta que encontrara esa noche al detective Huerta y le hubiese dado la oportunidad de vivir diferente. Si bien al principio no le gustó la manera de hacerlo, después se dijo que no había otra forma. Así que por eso había aceptado la proposición del detective Huerta. Al poco tiempo empezaba su entrenamiento junto con otros jóvenes, unos más que otros.

El día en que por fin terminaba su entrenamiento, siendo el, el ganador, trató de no recordar más su vida en la calle. No recordar a su amigo Trapos que fue asesinado y por supuesto a su amigo Pedrito que después de la muerte del Trapos, se había sentido responsable por él y que desde un principio lo defendió. Empezando por aquel tipo que había matado al Trapos y que trataba de llevarse a Pedrito. El motivo por lo cual aquel tipo quería hacer eso, era porque al desgarrar la ropa de Pedrito, se diera cuenta que éste, en realidad no era un niño de la calle si no, una niña de la calle.

Pedrito se había camuflajeado muy bien que hasta ese día ni él ni el Trapos se habían dado cuenta de que Pedrito era niña y no niño. Hasta que aquella ocasión quedara desnudo, o desnuda, por culpa del tipo que lo quería raptar, seguramente para saciar sus bajos instintos. Y aunque en esa ocasión Luca pudo ayudar a que eso no pasara, se sentía culpable de no haber hecho lo mismo cuando estando en aquel cuarto alguien se la llevara para jamás volverla a encontrar.

Lo que Luca no sabía que el día que terminaba su entrenamiento, aquella niña que habían sacado de ese cuarto, ese mismo día tomaba sus primeras clases de actuación, preparándose para que en un corto tiempo llegara a ser la protagonista de una novela y tomando un nuevo nombre. Abigail Nájera.

Capítulo 20

El senador Portillo y el General Briseño se encontraba en las bodegas abandonadas junto con el señor Logroño. Era la primera vez que el senador se reunía con el señor Logroño y también era la primera vez que éste se reunía, estando el General Briseño, que después del asesinato del General Rogelio Santa Cruz, había pasado a ser el hombre más importante en las fuerzas armadas.

Ese día estaban reunidos para ver la reacción de Julio Cesar Rivera. El general Briseño, cuando el señor Logroño le habló para la reunión, sabiendo que tal vez no podía hablar con él a solas, aprovechó para agradecerle por la actriz Rebeca Acevedo, ya que ésta estaba en su primer protagonismo en una novela. El General Briseño fue recompensado por la actriz, con dos chicas menores de edad, para pasar un fin de semana inolvidable y después iba cambiando de chicas cada vez que quería. También empezó a recomendarlas con políticos importantes que como Rebeca había dicho, pagaban grandes sumas de dinero para pasar un buen rato. Fue tanto la novedad de esa pequeña empresa que su casa donde habían pasado el y la ambiciosa actriz, la tomó para dicho negocio.

El señor Logroño los presentó y les hizo saber que ellos serían los pilares de su poder y que deberían tenerse confianza. Les dijo que, si la CIA y el FBI hubieran cooperado entre ellos, jamás los hubieran sorprendido en el famoso, ataque a las torres gemelas. Así que él no iba a cometer el mismo error y quería que ambos se comprometieran a cooperar. A lo que ellos respondieron que no había problema. Antes de todo eso el señor Logroño se disculpó con ambos por haberlos reunidos allí, pero como ellos entenderían era lo mejor.

El senador Portillo quien era el de más experiencia, sabía que era lo mejor. Por mucho que el señor Logroño se sintiera seguro, no se podía dar el lujo de dejarse ver junto con los dos personajes más poderosos del país, aun dándose cuenta de que el hijo del señor Rivera estaba casi acabado, ya que por ese entonces don German estaba realmente muy mal. Pero aún se encontraba vivo. Así que el senador Portillo asumió que el señor Logroño, esperaba que muriera don German, para dar otro paso hacia al poder.

Entonces esperaba a ver la reacción del heredero, que como él, todos sabían que no era igual a su padre, que aunque eran muy parecidos físicamente, le faltaba en sus facciones algo de lo que su padre le sobraba y que era unas facciones que irradiaban autoridad nada más al verlo y cuando había que hacer algo, por un evento imprevisto ocurrido en su país no dudaba y desconfiaba de todo y de todos, menos de su hijo y por supuesto de su querido amigo, el senador Portillo.

Cuando el señorito Rivera se enteró de la muerte del General Santa Cruz, apenas pudo asimilar lo que había pasado. Eso lo notó el senador Portillo y así se lo hizo saber al señor Logroño. Si su padre hubiese estado en todas sus facultades, seguramente no se creería que eso había sido una casualidad, cosa que Julio Cesar si se lo creyó, es más el senador Portillo le dio la impresión de que éste, quiso creérselo.

El senador había visto como la enfermedad del papá de éste le había afectado más de lo que había pensado. El senador Portillo después de haberse recuperado de su herida, inmediatamente quiso poner al tanto al señor De La Rivera, más sin embargo fue recibido por el señorito Julio Cesar y le dijo que él le avisaría, que su papá tenía un resfriado y que no podía recibirlo. Por supuesto que un simple resfriado no iba impedir que Don German lo viera, así que intuyó que su enfermedad estaba muy avanzada. A la segunda vez que quiso comunicarse con él, fue cuando por fin Julio Cesar le dijo que su papá estaba muy mal y que de ahora en adelante él se encargaría de

esos asuntos.

El senador portillo insistió en que lo quería ver, así que Julio César aceptó. Cuando el senador lo vio no pudo reconocer aquel hombre con el que había trabajado por mucho tiempo. Aun así, lo puso al tanto de lo que había pasado. Su hijo le dijo que no le hablara de trabajo al cual éste se disculpó, solo dijo que lo hacía por respeto y que mientras estuviera vivo se sentía en la necesidad de hacerle saber los acontecimientos de su país. Diciendo esto último, con un asentó distinto. Al cual Julio Cesar agradeció.

Pero la verdad, el senador había dicho eso para ver si don German De La Rivera aún estaba apto para saber de qué estaba hablando y aunque don German dio indicios que, si entendía, el senador Portillo se dio cuenta que jamás volvería hablar de negocios con él. Todo esto le hizo saber al señor Logroño. Después de todos los acontecimientos del país y de poner al tanto de todos los asuntos, se despidieron dejándolo solo en el lugar donde hacía algún tiempo, estaba construyendo su nuevo imperio.

El señor Logroño se quedó en esas bodegas o mejor dicho en esas ruinas, ruinas que algún día se convertirían en las oficinas más importantes de su poderío. Tenía todo a su favor, le habían comentado todos los problemas del país. Aunque él estaba al tanto de todo lo que ocurría a su alrededor, esta vez sabía más a detalle de todo eso y se concentró en lo que el senador le había dicho de la supuesta fuga del Chacal y de cómo esto ya no era creíble en el bajo mundo y las aguas estaba revoloteadas.

También se puso a pensar en aquel jefe del cartel el famoso Tío Sam, que les estaba pasando información desde el lugar donde lo tenían encerrado y como podría sacar partido de ese preso importante. Trató de relajarse allí, solo y sus pensamientos. Sabía que no había marcha atrás y que todo iba saliendo como lo había planeado y si seguía así, solo tenía que esperar la muerte de Don German De La Rivera, para empezar a quitarse de encima al señorito Rivera.

Capítulo 21

Abigail se encontraba en su apartamento. Estaba cocinando y preparándose para cenar, desde que había salido con Salma Hayek a cenar y platicar, el ánimo lo tenía muy en alto. Se había decidido en viajar al extranjero y correr suerte allá y por lo tanto le gustaba ver la televisión de Estados Unidos y veía la cadena principal de los hispanos en ese país, debido a que tenía cable. Había decidido salir de ese país donde le había ido mal, desde que viva en las calles, hasta cuando llegó ese tipo que vestía sotana que la había alejado de su amigo Luca.

Después que el cura Damián sacara a los niños de la calle de los cuales se encontraba el amiguito de Luca, la ahora conocida y famosa Abigail, éste se había dirigido a uno de sus seminarios. Al llegar al lugar la gente que lo ayudaba, empezaron a bañar a los niños y fue allí cuando se dieron cuenta que lo que creían que era niño resulto niña. Inmediatamente le hicieron saber al cura Damián. Éste les dijo que la apartaran de todos, que le dieran un cuarto aparte y cuando pudiera la iría a ver.

Abigail aún se encontraba seminconsciente debido a lo que había ingerido cuando la pasaron a un pequeño cuarto. Aunque era pequeño estaba limpio y tenía unas pequeñas maquinas junto a una cama de hospital. Aunque no se encontraba en sus cinco sentidos, pudo sentir como le pusieron una especie de bata, sintió unos pinchacitos en sus brazos y casi instantáneamente se quedó dormida.

Cuando despertó apenas le dio tiempo de ver las pequeñas mangueras que tenía en sus brazos, antes de empezar a convulsionar. La desintoxicación empezaba. Fueron días terribles para ella. No sabía cuantos días habían pasado cuando empezó a pedir que por favor acabaran con eso y que la dejaran morir. En sus delirios llamaba a su amigo y empezaba a llorar. Nunca supo que tiempo estuvo así.

Un día despertó y enfrente de ella se encontraba un personaje estudiándola con ambas manos atrás. Apenas el cura Damián se dio cuenta que se había despertado, salió del cuarto sin decir nada. Abigail tampoco dijo nada y solo vio como el individuo salía en silencio. Pasaría casi una semana cuando volviera a ver dicho personaje. Ella ya caminaba y su aspecto había mejorado y aunque de vez en cuando se quedaba como en su mundo la mayor parte pensando en su amigo, mentalmente se encontraba bien. Por eso cuando vio por segunda vez a ese personaje se sorprendió no por el sino porque iba con algunos más. Le esperaba uno de los peores días de su vida.

El cura Damián hizo una señal e inmediatamente dos niños más o menos de la edad de ella, se acercaron a ella. Mientras uno más se quedaba con el cura Damián. Abigail se quedó petrificada al ver como aquellos niños la empezaron a tocar y a rasgarle sus ropas, para después sodomizarla. El cura Damián empezó a tocar al otro niño y le ordenó que también él lo tocara.

Abigail perdió la noción del tiempo. No pudo llorar por las atrocidades que le hicieron, solo esperaba con miedo el momento que aquel tipo mayor se acercara. Sin embargo, eso nunca paso, aunque de vez en cuando mandaba al niño que él estaba tocando, que se les uniera, mientras se tocaba el mismo.

Esto se repitió por varios días y siempre el cura Damián llevaba diferentes niños, jamás repetía. Abigail jamás se resistía y eso al parecer el cura no le pareció. Un día, al ver que Abigail no prestaba resistencia a lo que le hacían, salió del cuarto molesto, gritando que muy pronto la llevaran para otro lado. Lo cierto era que ella no oponía resistencia, porque estaba acostumbrada

a esas atrocidades desde muy pequeña, atrocidades que le hacía su tío y que era quien las cuidaba, a ella y a su mamá.

Aquel que se hacía llamar su tío, no era en realidad nada de ella, si no era la pareja de su mamá. Un alcohólico y clásico macho, que golpeaba a su madre y casi siempre su mamá se desquitaba con ella golpeándola. Por eso cuando su tío abusaba de ella, no era capaz de decirle nada a su mamá, sabedora que, si le decía algo, seguramente la golpeará echándole la culpa a ella.

Su tío cuando abusaba de ella, primero le daba licor y cuando sentía los efectos, allí era cuando éste empezaba abusar de ella. En su mundo de niña se le hacía imposible que su madre no se diera cuenta de eso. Así que empezó a pensar que su mamá estaba de acuerdo con esas atrocidades que le hacían. Se empezó a refugiar en esas pequeñas sobras de licor que dejaba su tío y empezó a su corta edad a ser adicta al alcohol.

El día del terremoto, se encontraban los tres en su casa y cuando empezó a temblar salieron corriendo. Ella corrió esquivando lo que caía. De vez en cuando, la que iba a dar al piso era ella. Inmediatamente se levantaba y continuaba corriendo. Hasta que una fuerte sacudida la hizo caer y se quedó tirada ya sin ganas de seguir corriendo. Cuando pudo se levantó y volteó. No reconoció el lugar, todo estaba abajo. Aunque por primera vez se sintió libre. No tenía a esos dos monstruos con ella, así que empezó a caminar. En el camino donde iba se encontró con una tienda donde apenas se podía entrar. Entró, agarró lo que pudo y jaló también un par de botellas de licor. Dio un trago y empezó a caminar. Así anduvo varios días, hasta que se refugió debajo de las alcantarillas donde conoció a sus verdaderos amigos, que era Luca y el Trapos.

Así que lo que el cura le hacía, poco le importó, aunque se repitió muchas veces, hasta que al parecer se cansó y un buen día la trasladaron junto con otros niños y niñas a otro lugar. Allí la encerraron, le daban de comer y le dijeron que la iban a tratar bien, que todo dependía de ella. Al poco tiempo de haber llegado allí, fue entregado en ese lugar a varios señores encorbatados, para saciar sus bajos instintos. Así pasó un par de años en ese lugar, hasta la segunda vez que la sacó un cliente y que asesinó para poder escapar.

Ahora cocinando para cenar, se preparaba, mentalizándose en volver a escapar de ese país y no volver jamás porque seguramente triunfaría a donde fuera. Todo ese optimismo se lo debía a Salma Hayek, que le había dicho que, si ella quería que dejara todo, incluyendo a su representante. Le dio un número de un representante en Miami al cual ya había contactado y le había dado buenas noticias. Eran las cinco y media de la tarde, cuando escuchó los titulares de las noticias. Mientras se freía algo, escuchó algo que decía el presentador que le llamó grandemente la atención. Dejó lo que estaba haciendo y se sentó frente al televisor, (como aquella vez que se encontraba con su amante y que era presidente de México en ese momento), esperando la noticia que había escuchado en el intro.

En ese mismo momento el Gabacho y el Shaggy se encontraban comiendo en una fonda en Piedras Negras. Se encontraban allí por asuntos de negocios y aunque el Camaleón había ido con ellos, éste se quedó viendo la televisión en el hotel donde se habían hospedado, mientras los otros dos salieron, según ellos a dar una vuelta. Ambos amigos se encontraban comiendo cuando en las noticias escuchaban algo que les sorprendía. En el intro de las noticias escuchaban que el padrino de México había muerto.

Abigail estaba esperando la noticia que le había llamado la atención, no tardó en ver al presentador de las noticias en Estados Unidos, como decía que un tal German De La Rivera había

fallecido esa mañana. Que había sido un hombre muy influyente en los asuntos del país. También el presentador había dicho que este personaje desconocido, se le atribuía ser el autor intelectual del asesinato del candidato a la presidencia.

Esta noticia sin duda sorprendió a Abigail, ya que si bien sabía que había alguien que manejaba el país, nunca se imaginó que lo hiciera una sola persona, sin embargo con esta noticia veía que en México todo podía pasar y que tendríamos en ese país algo así como un Vito Corleone, aunque a este padrino su poder llegaba más lejos y era real no como el personaje de la novela de Mario Puzo.

Después de que dieran esa noticia se quedó sentada allí, esperando más. Sin embargo, el presentador siguió con otras noticias. Se levantó apagó todo lo que estaba haciendo y prendió su computadora. Trató de averiguar más a cerca de ese personaje que había muerto, pero no encontró casi nada, ni siquiera la noticia de que había muerto. Después de un buen rato de no encontrar nada, se levantó a seguir cocinando, pensativa, y aunque tenía tiempo que había dejado de ver al presidente, le dio curiosidad de averiguar más a cerca de ese tipo, al fin y al cabo, era mujer y la curiosidad la mataba. Pero sabía que el volverse a ver con el presidente era prácticamente imposible ya que en ese momento hacía unos cuantos meses que su sucesor lo había remplazado y el ahora quien sabe a dónde estaría.

Mientras tanto el Shaggy y el Gabacho platicaban a cerca de lo ocurrido y a diferencia de Abigail, ellos se tomaron más en serio todo lo que escucharon y después de discutir un buen rato llegaron a la conclusión de que no darían ni un centavo más al Camaleón, hasta que verdaderamente vieran una prueba de la vida del Chacal.

Unos instantes después, los dos amigos se juntaban con el Camaleón, para discutir el asunto. El Camaleón se había enterado, por algunos de sus hombres que lo habían llamado para que viera las noticias y así se enteró de la muerte de Don German De La Rivera, que como la mayoría de todos era la primera vez que escuchaba su nombre y la primera vez que sabía a quien le estaban pagando.

El Shaggy y el Gabacho habían escuchado al presentador de las noticias que al frente del imperio se había quedado su hijo de Don German, un tal Julio Cesar De La Rivera. El Camaleón se dio cuenta como sus amigos estaba más insolentes que nunca y le dijeron que no volverían a dar un centavo más y lo dejaron allí, solo en ese cuarto. Apenas unos instantes después, éste también dejaba el lugar donde estaba hospedado, llamó a uno de sus hombres de confianza para que pasara por él.

El Senador Portillo se dirigía a la mansión de los Rivera, después de haber recibido una llamada telefónica de Julio Cesar, demasiado irritado, aunque dudaba que el mismo hubiera visto la noticia sabía que tal vez alguien ya lo había puesto al tanto. Tendría que medir ahora a quien se enfrentaba. Antes de salir de su casa, también recibió la llamada del señor Logroño haciéndole saber que estaban a punto de cambiar el rumbo del país.

Le dijo que se disculpara con Julio Cesar. Que se hiciera el desentendido, que dijera que no sabía nada. Seguramente, como tendría mucho que hacer, eso no le daría mucha importancia, su hijo de Don German no era tan inteligente como lo fuera su padre y lo que el señor Logroño había querido ya estaba hecho. Después de que el senador se desocupara, entonces ambos se reunirían y resolverían el problema. Mientras conducía su automóvil, hacía la casa del jefe, el senador Portillo hizo una llamada al detective Huerta, para ponerlo al tanto de lo que estaba pasando.

Luca se levantaba de su asiento después de comer, cuando recibió una llamada. Sabía quién lo llamaba, ya que era el único que lo hacía. Los celulares pequeños eran un gran invento y el que portaba ahora, se lo había dado el detective Huerta, con la condición de que, si pasara algo, el celular lo tendría que destruir, conseguir otro y mandarle un texto para hacerle saber que era él. Luca había escuchado las noticias y se había enterado también de lo ocurrido, así que el detective se ahorró todo eso. Solo le dijo que estuviera pendiente por si lo necesitaban.

El senador Portillo y el general Briseño se encontraban en frente del señor Logroño. Le habían contado todos los acontecimientos después de la muerte de don German De La Rivera, un par de semanas atrás. El senador Portillo le conto que, su hijo Julio Cesar, le afectó esa muerte más de lo que pensaba. Aun así, revisaron unos asuntos pendientes en los negocios de su padre. También lo puso al tanto de cómo había reaccionado con la noticia que se había dado, de la muerte de su padre. El cual, el senador culpó a la CIA o a la DEA ya que, según él, estas organizaciones sabían todo y sobre todo porque esa noticia fue dada por un medio estadounidense, aunque había sido en habla hispana. Pero le aseguró, que jamás se hablaría de esa noticia nuevamente.

El senador detalló a el señor Logroño, como Julio Cesar no estaba del todo satisfecho, más sin embargo tenía muchos asuntos familiares que atender que no tenía tiempo de profundizar más en ese tema, no por el momento. El señor Logroño pensó que cuando él quisiera hacerlo sería demasiado tarde ya que, si bien el hijo del Padrino de México, ahora muerto, no tenía tiempo para los asuntos del país, éste si lo tenía y empezaría por poner de cabeza el supuesto poderío de Don Julio Cesar De La Rivera.

— También tenemos el asunto del curita — dijo el senador Portillo

El señor Logroño se quedó pensando un instante y le dijo que después le haría saber. Lo cierto era que no había mucho que pensar a cerca del cura Damián. Sin duda que él, no quería tener nada con ese tipo. Además, para que iba tratar con un sacerdote si bien podía tratar asuntos más importantes con el obispo, directamente.

Después, dirigiéndose al general Briseño le dijo que si el ejercito estaba listo para la acción. Tanto el general como el senador se sorprendieron por esa pregunta. Inmediatamente después el general le hizo saber al señor Logroño que el ejército mexicano siempre estaba listo, aunque no pareciera. El señor Logroño les dijo que la próxima vez que se vieran les diría su plan. Instantes después salieron dejándolo solo. Éste tomó la biblia y la abrió en el padre nuestro. Que según él no había un poema más bonito que ese.

Después de que el senador Portillo se despidiera del general Briseño, le habló por teléfono al detective Huerta citándolo para esa tarde. Se admiró con la capacidad del señor Logroño y si antes de aquella reunión tenía un mínimo de duda de la alianza con él, ahora todas esas pequeñas dudas se habían disipado.

El detective Huerta se pasó de su coche al carro del senador Portillo. Se quedó callado, esperando que su interlocutor empezara hablar. Lo conocía muy bien y sabía que las pláticas las empezaba él. En el radio de su coche empezaba la canción “Non, Je Ne Regrette Rien” de Edith Piaf. El detective huerta se acomodó sabiendo que no iban a empezar hablar hasta que terminara la canción.

♪♪ Non, rien de rien ♪♪

♪♪ Non, je ne regrette rien..... ♪♪

— Cada vez nos hacemos más salvajes — dijo el senador después de que terminara la canción —. Ya nadie escucha estas canciones.

— Así es — respondió el detective Huerta.

— Pero que se le va a ser — dijo el senador —. Los tiempos cambian — agregó con un suspiro.

El detective Huerta se quedó callado, sabía que lo que tenía que decirle el senador bien se podría haber dicho por teléfono, pero sin duda que el hombre se sentía solo y no hay ser humano que aguante la soledad.

— ¿Y cómo esta nuestro amigo del norte?

— Bien, por ahora lo tenemos protegido, sabemos que lo quieren matar.

— ¿Sus amigos?

— Así es, ¿los vamos a dejar que lo hagan?

— No. Sin embargo, hay que hacer algo con sus amigos.

— Esta bien

— Pero solo a uno

— ¿A cuál?

— Hay muchos gringos inmiscuidos en nuestros asuntos.

— Entendido — dijo el detective sabedor a quien había que desaparecer.

— También quiero que visite al Camaleón y hazle saber que le daremos más hombres para su organización.

— Y, ¿qué hay con nuestro amigo desaparecido?

— Déjalo así, de algo nos ha de servir. Aunque duden que está vivo, mientras nadie lo confirme, habrá alguien que crea que realmente lo está. Además, todo el mundo le conviene creer que está vivo, incluso aquellos que digan lo contrario.

— Esta bien.

— En cuanto al que hay que desaparecer, quiero que sea mañana mismo —dijo el senador arrancando su auto.

— Si señor —contestó el detective, abriendo la puerta del auto.

El detective entró a su coche, lo arrancó y tomó su celular. Le habló a Luca y le dijo dónde encontrarse.

Mas tarde, el detective Huerta y Luca se subían en una avioneta privada rumbo al norte. Mientras viajaba el detective Huerta le explicaba a Luca lo que se tenía que hacer.

— ¿Todo claro? — preguntó el detective, cuando terminó de explicarle.

— Si señor — contestó Luca.

— Tengo una pregunta personal para ti — dijo el detective Huerta

— ¿Cuál? —dijo extrañado Luca.

— Cuando te propuse lo que te propuse, al principio dudaste, sin embargo, cuando dije que si aceptabas podrías matar a quien quisieras, vi un brillo en tus ojos, como si en esa ocasión quisieras matar a alguien más, que no fuera yo — dijo sonriendo —. ¿Quién era? — agregó.

Luca recordó al tipo que se burló de él, no permitiéndole ser el ayudante de mecánico. Cuando terminó su entrenamiento y le dieron unas semanas de descanso, lo primero que hizo fue buscarlo, estudio un par de días sus movimientos y no tardó en tenderle una trampa. Ya que su rutina, cada día era la misma. Tenía una hora casi exacta de regresar a su casa y siempre por el mismo camino.

Así que un día robó un coche y lo estacionó a un lado de donde pasaba el licenciado Víctor Casillas, casi llegando a su casa. A lo lejos, vio el coche del pobre desgraciado. Arrancó el auto y

lo echó andar muy despacio, obstruyendo el paso del licenciado, haciéndolo bajar la velocidad, hasta que se detuvo totalmente debido a que el coche de Luca se había detenido.

El licenciado vio como el tipo que le obstruyó el camino, bajó de su coche y le hizo señas, para que bajara su ventana y después hizo una señal como haciéndole saber que su auto se había averiado. El licenciado abrió su ventana, iba a decir algo cuando vio que el tipo le apuntaba con un arma y disparaba. Luca no paró de disparar hasta que vació todas las balas de su arma.

— Fue un tipo que me negó lo que usted me dio

— ¿Fue? — dijo el detective, esta vez soltando una carcajada.

Luca se dio cuenta que el detective le estaba haciendo efecto algunos tragos que se estaba dando.

— Esto está más fuerte de lo que creí — dijo el detective adivinando lo que Luca estaba pensando —. Deberían llamarlo Aquiles— agregó soltando otra carcajada.

— ¿Y usted recuerda cual fue el primero en matar? — preguntó Luca

— No creas que estoy borracho, muchacho — dijo el detective.

Luca recordó que así le decía antes de haberle dado el nombre que ahora tenía.

— No te voy a decir cuál fue el primero — contestó sirviéndose otro trago —. Pero te voy a decir uno de los más importantes.

Luca se acomodó en su asiento y vio como el detective hacia lo mismo.

— Eso pasó en Sonora, en mil novecientos noventa y cuatro.

— ¿Usted mato al candidato? — dijo Luca e inmediatamente volteo para todos lados.

— No te preocupes aquí no nos escucha nadie — dijo un poco más serio el detective.

— ¿Usted lo hizo? — volvió a preguntar más confiado Luca.

— No. Cualquiera puede matar a un candidato. Eso es fácil, a mí me tocó hacer lo difícil.

— No entiendo

— Mira, yo me encargue de desaparecer al que asesinó al candidato.

Esta vez Luca no le cabía duda de que el detective Huerta estaba bajo los efectos del alcohol ya que es su sano juicio, jamás hubiera dicho eso.

— Eso es lo que hacemos nosotros. Limpiar la mierda de otros — dijo el detective Huerta.

— Pues esa vez no quedó muy limpia que digamos

— ¿A qué te refieres?

— Pues la gran mayoría del pueblo dice que al que culparon de ese asesinato no se parece al que mató al candidato, incluso algunos dicen que encontraron alguien muerto, que se parecía más al asesino.

— ¿Tú crees que es un error?

— ¿No lo es?

— Tu le llamas error. Los que pensamos más allá, le decimos mensaje.

— ¿Mensaje? — repitió la palabra Luca.

— Para quien trabajamos, muy pocas veces cometen errores y te aseguro que éste no es el caso.

— El pueblo no piensan eso

— Y desde cuando el gobierno o cualquiera que esté detrás del gobierno, le ha importado lo que piense el pueblo.

— Y si no es un error, ¿qué mensaje quieren darle al pueblo?

— Es que el mensaje no es al pueblo.

— ¿Entonces a quién?

— Ese mensaje está dirigido a todos aquellos que creen que tienen poder y pueden hacer lo

que se les pegue la gana. Inclusive a un candidato a la presidencia o al presidente mismo. Es un mensaje como para decirles, se alinean o podemos hacer con ustedes lo que se nos pegue la gana y echarle la culpa a quien sea. Aunque el pueblo no crea, ellos no van a poder hacer nada por ustedes. Así que se alinean o se mueren.

Luca se quedó pensando, mientras veía como el detective Huerta, se acomodaba nuevamente en su asiento, pero esta vez como para echarse una siesta.

— Es hora de que vallas pensando más allá que un simple asesino — dijo el detective Huerta con los ojos serrados —. Eres muy bueno en lo que haces y no eres bruto. Puedes llegar muy lejos si piensas y analizas en lo que pasa, más a fondo. Descansa que tienes trabajo que hacer.

Luca hizo lo mismo que el detective Huerta, se acomodó en su asiento y cerró los ojos. Se puso a pensar lo que dijo el detective, eso de pensar más a fondo. Una sonrisa se dibujó en su rostro, ya que eso lo hacía muy seguido. Después de pensar todo eso, se propuso a descansar. Ya que como había dicho el detective, tenían mucho trabajo por delante.

Mientras tanto, el detective Huerta recordó al pobre desgraciado que se encontraba encerrado, acusado de la muerte del candidato y que él había hecho que firmara su culpabilidad. El detective Huerta había estado en el cuarto de tortura de la cárcel, junto con otro policía. Vio sin inmutarse como su colega lo había torturado al pobre desgraciado que le echaron la culpa, para que este firmara su culpabilidad.

Aunque podían torturarlo aún más, el detective Huerta le hizo una señal a su colega para que dejara de hacerlo.

— Ya basta — dijo en voz alta, para que el torturado llegara a escuchar —. Sal de aquí — agregó.

El torturado sintió un gran alivio cuando el tipo que le estaba haciendo daño salía de ese cuarto de tortura.

— Mira cómo te a dejado ese desgraciado — dijo el detective Huerta.

Después se acercó con un paño para secarle la sangre de la cara y le dio una botella de agua. Inmediatamente el castigado la tomó y empezó a ingerir el agua.

— ¿Has escuchado alguna vez eso de “policía bueno-policía malo? — dijo el detective.

El tipo torturado se le quedó viendo, asimilando la pregunta.

— Eso de que te ponen a un policía malo para que te haga decir lo que quiere, a como dé lugar y al no lograrlo, entra en escena el policía bueno, tratándote bien para que a él le digas o hagas lo que quiera.

El detective Huerta tomó una silla y se sentó en frente del tipo. Le quitó la botella que le había dado y se le quedó mirando a los ojos.

— Te tengo dos noticias — dijo —. Una buena y una mala. La buena es que el que te hizo todo esto —. Señaló todo el cuerpo del torturado —. Ya se fue. No lo veras más. La mala — hizo una pausa como para tener toda la atención del tipo —. La mala es que ese tipo era el policía bueno.

Al decir esto el detective Huerta le agarró los huevos y los apretó con tal fuerza, que de no tener cuidado se los reventaría.

— Ahora — dijo el detective Huerta gritándole y sin soltarlo —. Vas a poner tu firma en este papel, apenas te lo ordene o si no vas a pasar el resto de tus días tan terrible que la muerte te parecería el paraíso. ¿Entendiste?

El torturado solo hizo una pequeña señal con su cabeza, haciéndole saber que aceptaba. En pocos instantes el detective Huerta salía con la declaración firmada.

Capítulo 22

Entrada la noche del otro día, el detective Huerta se encontraba con el Camaleón. Le hizo saber que su vida corría peligro, que sus amigos lo querían matar. Aunque esto no estaba confirmado. Al menos no se sabía si eran sus amigos que lo querían matar. Mas sin embargo si había amenazas serías contra él. Esas amenazas venían de otro cartel.

Cuando en la primavera de ese año, agarraron al jefe del cartel enemigo del Chacal o del Camaleón. El tal Tío Sam. Llegaron a un acuerdo. No lo extraditarían a cambio de información. Le dijeron que, si cooperaba no solo no lo extraditarían, sino que lo dejarían operando sus negocios desde la cárcel. Así que con esos privilegios aceptó y le daba información al detective Huerta de lo que se decía en las calles.

La última vez que el tío Sam le pasó información al detective Huerta, le había dicho que unos hombres de su cartel habían logrado, a través de engaños, adentrarse al cartel del Camaleón y aunque por el momento trabajaban directamente para el Shaggy y el Gabacho, no descansarían hasta llegar a ser hombres directos del Camaleón y así poder eliminarlo.

El detective Huerta le hizo saber al Camaleón, que estos hombres habían sido localizados y con la ayuda de un elemento especial, (refiriéndose a Luca) esa misma noche iban a matar al Gabacho. El Camaleón al principio iba a protestar, más sin embargo se dio cuenta que era en vano dicha protesta. Se quedó callado, pensando que otro amigo iba ser asesinado y se puso un poco triste. Mas, sin embargo, el detective Huerta lo convenció de que, si no lo hacía él, tarde o temprano sus amigos lo harían.

También le dijo que le iban a dar más hombres para su cartel. Que le iban ayudar un poco más, solo tenía que cuidarse y tener paciencia. Al poco rato, el detective Huerta salía de la reunión.

Luca se encontraba a esa misma hora y apenas a unos pocos kilómetros de allí, en la barra de un bar tomando una soda y de vez en cuando se iba a un privado con alguna chica. Se había preguntado si el cantinero encontraría algo raro el que solo estuviera tomando una soda. Pero después de pensar eso, lo descartó. Ya que, si bien no estaba tomando, si estaba gastando en las chicas del lugar. Ya que cualquiera puede dejar el vicio del alcohol, no así el de las mujeres.

Un rato después veía como el Gabacho llegaba al lugar, junto con sus hombres. Inmediatamente Luca reconoció a un par de sus hombres, estos eran los que les habían enseñado en una foto y que eran los hombres que se habían infiltrado en el cartel del Camaleón. También se le había dicho que esos hombres estaban al tanto de lo que se iba hacer esa noche.

Luca llamó a la última chica que le había dado un privado y le dijo que se sentara con él. La chica le dijo que si pero que tenía que comprar una botella. A lo que Luca inmediatamente pidió una, la pagó y pidió una mesa. La mesa que pidió estaba a algunos metros de donde estaba el Gabacho. Mientras caminaba, con un movimiento hizo que se le callera el vaso que llevaba en la mano y se agachó para tomarlo.

Desde la mesa donde se encontraba el Gabacho, dos de los hombres que lo rodeaban miraron a ese tipo. Era la señal que les habían dicho. Según les dijeron, que esa señal les haría saber quién era el tipo que ese día se encargaría del Gabacho. Solo tenían que esperar que empezara el caos e inmediatamente tratarían de llevar al Gabacho, cerca de aquel tipo que había tirado el vaso.

Apenas unos metros fuera de allí, el detective Huerta se acercaba en una camioneta cuatro puertas, con algunos agentes de la policía. Iban atrás otras dos camionetas. Aunque todos los

ocupantes eran policías, ninguno venía vestido como tal, ni siquiera las camionetas tenían el logo de la policía. La idea era dirigirse al bar del Gabacho sin llamar mucho la atención. Pero tan solo al estacionarse en frente del bar todos saldrían con un objetivo. Llegar, sacar las armas y entrar. Si alguien de la puerta trataba de impedirleslo empezaban a abrir fuego.

Luca sentía como su acompañante le agarraba la verga. Él, la estaba tocando, pero sin dejar de ver la entrada. Como pudo, miró de reojo a la mesa del Gabacho que se encontraba riendo con sus secuaces. Luca trató de mirar nuevamente para cerciorarse que no estuviera el Shaggy con él, aunque se sabía que desde el día en que se habían distanciado del Camaleón, no se les veía juntos, seguramente hacían eso por precaución.

De pronto y aunque estaba la música muy fuerte, se empezó a escuchar como alguien empezaba a gritar. Solo fue unos segundos ya que inmediatamente empezaron a sonar los balazos. Luca agarró por el cuello una botella y antes de tirar la mesa la quebró en una esquina. Debido a los balazos y al griterío, nadie escuchó como Luca rompía la botella. Al mismo tiempo vio como dos de los hombres del Gabacho lo empujaban para que corriera y tratar de quitarlo de allí. Apenas algunos pasos de donde se encontraba Luca pasaron el Gabacho y sus guardaespaldas. Éste saltó de donde estaba, quedando al frente de los tres tipos, el Gabacho y los dos cómplices de Luca.

Luca le pasó por la garganta del gabacho, la botella cortada e inmediatamente se le llenó la cara de sangre. Antes de caer agarró la pistola del Gabacho que ya la tenía en sus manos y le disparó a uno de los cómplices de él y a el otro lo tomó del cuello. Como pudo, se dirigió a la salida del lugar.

El detective dio la orden de alto al fuego e inmediatamente salieron del lugar. Luca ya estaba en la puerta e iba a dispararle a su otro cómplice. Pero era innecesario, una ráfaga de balazos cayó en su cuerpo de su rehén. El impulso de los balazos hizo que Luca fuera aventado hacia afuera. Alguien lo agarró para levantarlo y lo metieron a una camioneta. De allí salieron a toda velocidad. La operación estaba terminada. El Gabacho había sido asesinado.

Esa misma madrugada el detective y Luca se encontraban de regreso a la capital. Todo lo que había pasado en el bar del Gabacho, apenas había tomado algunos segundos, más sin embargo las repercusiones a esa hora aún seguían. Habían explotado algunas bombas en algunos lugares que administraba el Camaleón. En las calles se escuchaban los balazos y solo se veía como gente corría, se escondía y luego salía disparando.

El detective había felicitado a Luca por la operación ya que todo había salido como estaba planeado. Empezaba una guerra entre narcos y eso tardaría unos cuantos días o meses hasta que el senador Portillo lo contactara nuevamente.

El señor Logroño se encontraba en sus bodegas. Era un día hermoso y se encontraba en espera de sus invitados, el senador Portillo y el general Briseño. Había pasado una semana de lo ocurrido en la frontera y el caos en ese lugar era increíble. La lucha de poderes de los narcos había acaparado la atención hasta en el país vecino. Claro que, con un poco de ayuda, se dijo sonriendo.

Sin embargo, ese era el comienzo y ese día estaba dispuesto a decirles a sus invitados cual era el plan que tenía entre manos hacía mucho tiempo y que ahora con la ayuda de ellos, ese plan empezaba a ser realidad. Qué manera de empezar las fiestas navideñas. A lo lejos miró como llegaba un coche con ambos personajes que estaba esperando. Unos instantes después escuchó como el motor del coche se detuvo y casi al mismo tiempo el senador Portillo y el general Briseño bajaron del mismo.

— Senador Portillo, ¿Cómo esta? — dijo estrechándole la mano a este primero.

— Bien gracias —contestó con una pequeña sonrisa

— General Briseño, ¿cómo ha estado? — dijo al segundo personaje estrechándole la mano, pero además dándole una palmada en la espalda, como para compensar el no haberlo saludado primero.

— Muy bien sr. Logroño, ¿y usted?

— Yo me encuentro muy bien y creo que todos nos sentiremos mejor después de esta pequeña reunión — dijo mirando a los dos e invitándolos a pasar a la bodega.

Ya adentro, invitó a que se sentaran y después el hizo lo mismo.

— Para no quitarles mucho tiempo — comenzó el señor Logroño —. Lo que tengo que decirles será corto y conciso y por supuesto si ustedes quieren aportar algo, con gusto escuchare.

Ambos personajes asintieron y se acomodaron aún más en su asiento dando por entendido que eran todo oídos.

— Ambos seguramente recordaran que les mencione que necesitaba las fuerzas armadas.

Ambos personajes, aunque sorprendidos, asintieron.

— Bien, pues — continuo el señor Logroño —. Si han visto las noticias, en el bajo mundo las cosas están que arden y no solamente en el norte si no en el sur y seguramente que el joven De La Rivera está preocupado — dijo esto último mirando al senador.

— Así es — contestó el senador —. Aunque a decir verdad lo de su padre le afecto más de lo que pensé, como se lo había dicho antes — agregó

— Bueno, uno nunca sabe hasta qué punto puede afectarse al perder un ser querido — dijo nostálgico el señor Logroño, recordando a su padre.

Al recordar a su padre le dio algo de culpa el no sentirse tan afectado. No es que no quería a su padre, que hijo podría ser tan malagradecido con un padre que había dedicado gran parte de su vida para dejar un imperio a la merced de éste. Sin embargo, la vida seguía y recordó como el mismo día de la muerte de su progenitor se puso a trabajar eh hizo todas las gestiones para que quedara como presidente y dueño de esa empresa poderosa.

El señor Logroño miró a esos dos tipos que tenía enfrente. Realmente se sentía afortunado al tenerlos. Eran hombres decidíos, con experiencia y muy poderosos y se sentía orgulloso al saber que los tenía bajo su mando y a todos aquellos hombres que controlaban ellos. Políticos, asesinos, empresarios, legales o ilegales, incluyendo a los narcotraficantes. Aunque el muy bien sabía que había empresas legales que hacían más daño que los que se dedicaban al narcotráfico.

El señor Logroño les dijo todo lo que se iba hacer, inclusive la muerte del cura y la intervención del ejército para los narcos y que el senador se iba a encargar de meterle en la cabeza a Julio Cesar que no había más solución que mandarles las fuerzas armadas a esos delincuentes. El señor Logroño sabía que eso iba a desestabilizar el país y allí era donde entraba él. Después de eso tendrían una reunión más con ellos.

El senador llegó a la casa de Don Julio Cesar muy temprano. Por su parte Julio Cesar lo recibió un poco animado. Estaba consciente que había descuidado su imperio debido a la muerte de su padre. Pero era hora de tomar los asuntos del país, por eso cuando el senador lo puso al tanto de los acontecimientos y le sugirió que se utilizara el ejército para aplacar a los narcos, éste accedió.

También el senador se dio cuenta que lo empezaba a tratar con más respeto que antes. No había que ser muy inteligente como para darse cuenta de porque lo empezó a tratar así. Y es que, al matar a su confidente, al que había preferido para contarle la enfermedad de su padre, éste se sentía desprotegido y necesitaba confiar en alguien y ese alguien no podía ser más que el senador

Portillo.

Aunque el senador Portillo, ya se había cobrado su traición e iba ayudar a alguien que realmente lo respetaba y le daba su lugar. Al señor Logroño. Sonrió al darse cuenta lo inteligente que resultó ser ese muchacho y sin duda y con la ayuda de la televisión, podía llegar a ser más poderoso que cualquier otra persona en ese país.

Por lo mientras tenía que aparentar que aun trabajaba para el señorito Rivera. No sería difícil, y eso lo comprobó al haber aceptado, sus argumentos, de que porque tendrían que meter al ejército para aplacar a los narcos. El senador Portillo, jugo con el ego del inexperto muchacho. Le dijo que usara todo su poder y mandara su ejército, para que estos se dieran cuenta que él también podía tener mano dura, igual que su padre y no se iba dejar mangonear por una bola de delincuentes y se haría respetar a las buenas o a las malas.

Así que lo había convencido de empezar una guerra contra el narco. En pocos días tomaría el mando el otro presidente y había mucho trabajo que hacer. Así que empezar con la intervención del ejército con ese presidente, sería su primer gran decisión. Y de paso dejaría por sentado al nuevo mandatario, quien era el jefe de México. Pero el senador sabía que era el principio de la caída de la dinastía Rivera. Sintió admiración por el señor Logroño. Su plan era excelente. Desestabilizar el país, para después él ir poco a poco, hasta que pudiera meter las manos para arreglar el desastre. El ejercito entraría en acción los primeros días del año siguiente.

El senador Portillo salió de la casa del señorito Julio Cesar contento. Solo tenía que hacer una llamada al detective Huerta, para que llamara a su muchacho una vez más. Había que hacerle una visita especial al cura Damián.

Capítulo 23

♪♪ Yo era un capo en el ambiente, ♪♪
♪♪ derrochaba adrenalina ♪♪

Luca se molestó cuando vio salir al personaje que estaba esperando. Había aprendido de la buena música, gracias al detective Huerta. Por éste, había conocido a Joaquín Sabina y estaba escuchando su canción “Cuando Me Hablan Del Destino”. Sabina era un cantante español, que aún se preocupaba por ponerle letras a sus canciones y últimamente lo escuchaba mucho y había pocas cosas que realmente le molestaba. Una de esas cosas era dejar la canción que estaba escuchando a medias.

Se consolaba pensando que trabajo era trabajo y había sido entrenado para obedecer. Por eso apenas vio al personaje que estaba esperando, apagó la radio y se preparó para trabajar. A veces pensaba si no exageraba en tener cuidado de todo, por ejemplo, esa vez como otras veces, apagó la radio por si algún día lo buscaron no supieran nada de él, ni siquiera el tipo de música que escuchaba.

Vio como el tipo que fue a traer, se quedó parado afuera del coche, cerca de la puerta trasera. Luca no se inmuto, adivinando que aquel tipo quería que le abriera la puerta. Él era un asesino no chofer de un viejo que ya estaba muerto, nada más que aún no lo sabía.

— Pensé que vendría el detective Huerta por mí — dijo sin disimular su disgusto.

Luca le pasó un papel sin decirle nada. Al hacer eso, fue cuando realmente miró al personaje que ahora estaba dentro de su coche. Y no se acordaba muy bien, pero le pareció reconocerlo. Mientras tanto el cura Damián leía el papel que le había dado ese tipo mal encarado.

En ese papel decía que lo llevarían a Cuernavaca, era veintitrés de diciembre y según el papel, el senador Portillo iba a pasar la navidad en un rancho que tenía en ese lugar y quería hablar de negocios con él y de paso quería que ofreciera una misa. La misa de navidad para él y sus invitados.

El cura Damián le brillaron los ojos y esbozó una sonrisa, por fin iba a conocer a alguien realmente importante y seguramente este personaje, el senador Portillo, tendría invitados realmente importantes, entonces podrían pagarle todos los favores que él había hecho para todos ellos. Creyó que era momento de pedirles que lo ayudaran a ser obispo y quien sabe podría ser el primer Papa mexicano.

Luca por lo tanto iba tratando de recordar donde había visto ese tipo. Estaba seguro de que lo había visto pero no recordaba donde inclusive cuando habló, juraría que lo había escuchado, pero también no lograba acordarse donde. Trató de relajarse y de acordarse, donde lo había visto. Por un momento se alegró de tener esa tarea, ya que tardaría algunas horas para manejar al lugar donde iban y tenía tiempo para tratar de acordarse, donde había visto ese tipo.

El Camaleón se encontraba en una de las llamadas casas de seguridad. Sus nuevos guardaespaldas se encontraban con él y tenía a su mando unos cuantos militares que lo seguían para todos lados. Desde la muerte del Gabacho, el Shaggy no había parado de buscarlo. En el bajo mundo, todos hablaban del gran poder que estaba tomando el Shaggy y eso no le gustaba nada al Camaleón

Le habían prometido ser el capo más importante desde la muerte del Chacal y hasta ahora no lo habían ayudado a serlo. Sin embargo, tenía esperanzas y es que el detective Huerta le había prometido que sería ayudado, nada menos que por el ejército mexicano y que apenas tomara posesión el nuevo presidente, sería su primer gran reto, acabar con la delincuencia organizada. Todos los carteles iban a ser combatidos por el ejército. Todos, menos el cartel del Camaleón.

Pero antes de que pasara eso, tenía que hacer un último trabajo en ese año, para el detective Huerta, un trabajo antes de la noche buena. Solo tenía que esperar que llegaran sus invitados. Un rato más, le avisaron que sus inquilinos habían llegado. Ordenó que los pasaran inmediatamente. Entre más rápido acabaran con eso, sería mejor. Así todos se irían a sus casas a esperar la noche buena.

Luca y el cura Damián atravesaron la puerta. El Camaleón fijó su mirada en Luca, ignorando completamente la presencia del cura. Sintió un escalofrío cuando miró a Luca. Éste le aguantó la mirada sin parpadear. Luca le había preguntado al detective, si no era muy arriesgado ir con el amigo del hombre que había asesinado. Sin embargo, el detective Huerta le garantizó que no le iban hacer nada.

Por lo tanto, el Camaleón pensó en las posibilidades de que algún día ese tipo sin expresión alguna, se atrevería a matarlo a él. No pudo no recordar lo que alguna vez el Chacal le conto a cerca de Luca Brasi y que era el único tipo que ponía nervioso a Vito Corleone. Se avergonzó al sentir lo mismo. Él nunca había leído el libro, más sin embargo todos los años y más en esa época se juntaban todos a ver esa película. Solo que ese año, sus amigos no estarían con él para seguir la tradición.

— Pasen. Acomódense, comeremos en lo que esperamos a los otros invitados — dijo recuperándose el Camaleón.

—¿Tardaran Mucho hijo? — preguntó el cura Damián.

Luca nuevamente le pareció conocida esa voz.

— Coma padre — contestó el Camaleón, cuando alguno de su guardaespaldas trajo unas pizzas.

Luca se acercó a donde estaban las pizzas y tomó un pedazo, luego se sentó en un sillón que se encontraba allí. Después el que tomó otro pedazo fue el Camaleón y luego pasó el cura Damián hacer lo mismo.

— Échale chile — dijo el Camaleón a Luca extendiéndole una botellita donde tenía el chile que les echan a las pizzas.

Luca lo tomó sin decir nada y le roció un poco a su pizza. Un poco de chile le cayó a un ojo haciéndolo cerrar ambos y luego se talló el ojo donde le había entrado el chile.

— Me das el chile, hijo — le dijo el cura Damián a Luca, extendiendo la mano.

Luca vio al cura Damián medio nublado debido al chile que le había entrado en uno de sus ojos. No lo podía ver bien, solo veía una silueta extendiendo la mano. Y entonces sucedió. Recordó todo. Recordó donde lo había visto o mejor dicho medio visto y también medio escuchado.

No había duda ese era el tipo que se había llevado a Pedrito, el mismo tipo que escuchó afuera del cuarto donde lo encerraron para desintoxicarse. Era el tipo que sin duda conocería el paradero de Pedrito. El Camaleón solo vio como voló el pedazo de pizza de ambas manos de Luca y del cura Damián.

— Desgraciado — dijo gritando Luca y abalizándose sobre el cura.

Un par de hombres agarraron a Luca. Éste se los quito con suma facilidad. Otros dos se metieron corriendo la misma suerte, mientras el cura asustado y sin saber porque su chofer se había vuelto

loco, se cubrió con el Camaleón. Éste sacó un arma y le apuntó a Luca. Luca se le quedó viendo al Camaleón, lo estudio y en segundos supo cómo podía quitarle la pistola y meterle un balazo, pero también esos segundos le sirvieron para tranquilizarse y pensar bien las cosas.

— Tenemos que Hablar — dijo por fin Luca al Camaleón —. A solas — agregó mirando a todos en el lugar

— Cuídenlo — dijo el Camaleón a sus guardaespaldas que se recuperaban, refiriéndose al cura Damián —. No lo dejen solo — Agregó.

— Soy todo oídos — dijo, algo intrigado.

— Ese hombre es mío — dijo Luca

El Camaleón se dio cuenta que Luca no se lo estaba pidiendo, si no ordenando.

— Se nos ordenó matarlo — dijo.

— Primero necesito que me diga unas cosas, después lo mataras

— De acuerdo — dijo el Camaleón.

— Ahora mismo.

Unos instantes después el cura Damián sabía la suerte que correría. Se encontraba en el sótano de la casa, donde había de todo tipo de utensilio. Sonrió. La vida es chistosa, unas horas atrás se veía hablándole al mundo desde la santa sede. Y ahora estaba a punto de ser torturado. Aunque sabía que debía mucho, aun no sabía que era exactamente lo que quería ese tipo que lo había llevado allí.

— Lo vamos a hacer fácil — dijo Luca

— Que quieres saber hijo — dijo el cura Damián resignado.

— El día que vino el Papa, tú te llevaste a muchos niños de donde los habían ocultado....

El cura Damián ahora sabía de qué iba. Ese tipo estaba buscando a alguien. El por primera vez se sintió cansado y seguramente sería castigado por sus pecados. Solo esperaba poder recordar a ese alguien que estaban buscando, ya que fueron muchos, que sería difícil saber quién sería.

— Era una niña — continuo Luca —. Una niña disfrazada de niño.

El cura Damián dio una sonrisa. Claro que sabía de quien se trataba. Recordó todas las atrocidades que le hizo a esa niña y después recordó muy bien donde la había mandado. No había duda, dios era justo. Al principio el cura Damián cuando se dio cuenta que lo habían engañado, que no lo habían llevado allí para conocer a los poderosos del país sino a matarlo, pensó que dios se había olvidado de él y de sus obras, más sin embargo ahora tenía la oportunidad de desenmascarar a muchos políticos que frecuentaban los lugares donde había mandado esa niña y ese tipo le iba a ayudar. Así se iba a vengar de aquellos que no le dieron oportunidad de tener un poco más de poder. Unos minutos después, que el cura hablara, Luca daba la autorización para que lo mataran.

El Camaleón ordenó a sus hombres que prepararan todo e inmediatamente estos obedecieron. En ese lugar había un tonel con ácido. Todos se pusieron unos trajes especiales antes de abrirlo. Otros agarraron al cura Damián, le amarraron los pies y las manos, lo alzaron y se dispusieron a hundirlo al tonel con ácido.

El cura Damián empezó a gritar de pavor, después a maldecirlos y al último a gritar como loco. Gritos que fueron callados por un instante al hacer contacto sus pies con el ácido. Instantes después volvía a gritar por el ardor que sentía en todo su cuerdo. Después lo soltaron aún vivo, y los tipos que lo echaron se retiraron para no ser salpicados.

El Camaleón empezó a quitarse el traje y cuando terminó de quitárselo volteo a todos lados y no vio a Luca. Salió de la casa y miró el coche donde habían llegado el y el cura Damián.

Preguntó a los hombres que estaban afuera si lo habían visto y dijeron que no. El Camaleón tendría que llamar al detective Huerta. Decirle todo lo que había pasado, incluyendo que su muchacho, su asesino, había desaparecido sin dejar rastro

El detective Huerta, solo dio un pequeño suspiro, cuando se interrumpió la conversación que había tenido por su celular. Desde que lo había llamado el Camaleón, haciéndole saber lo ocurrido con Luca, esperaba la llamada que le había hecho, apenas unos instantes atrás.

— Necesito un tiempo para arreglar unos asuntos — le había dicho Luca en esa llamada.

— Luca, te puedo ayudar a buscar lo que sea que busques — dijo el detective —. Y seguramente lo encontraremos, eso no es problema. El problema es ¿qué vas a hacer después de que encuentres lo que busques?

El detective escuchó como Luca iba a decir algo y no pudo decirlo.

— Tomate unos días, medítalo, recuerda que tú ya no eres el de antes, que tienes un gran futuro por delante y volver al pasado — hizo una pausa —. A tu pasado, puede ser peligroso y puede ser tu desgracia.

Un click, fue lo último que escuchó el detective Huerta. Luca había colgado.

Capítulo 24

Año 2006

Rodney R. Campbell, llegó a su pequeño apartamento, después de trabajar. El ahora ex agente de la DEA, ya que unos meses atrás había renunciado, llegaba después de su jornada laboral en una compañía de construcción. Aunque lo habían jubilado y su sueldo le llegaba cada mes, para que no trabajara más, éste no se quedó sentado esperando su dinero. Así que decidió seguir trabajando.

Había tenido la suerte de llegar a una empresa de construcción muy buena y realmente le gustaba hacer lo que hacía. Le divertía las historias de la gente con la que trabajaba, la mayoría de estos eran latinos, a su parecer, los mejores trabajadores latinos estaban en esa empresa. Eran realmente buenos y le gustaba hablar con ellos. Parecía que no había tema que no supieran dar una opinión. Siempre había alguien que sabía de algo. De cine, box, política, deportes en general, etc.

Terminó de bañarse y se sentó en su sala, prendió la televisión y lo puso en CNN. Estaba pasando un reportaje de un restaurante de comida rápida, que estaba infestada de ratas. Antes de terminar el reportaje, en la pantalla apareció un anuncio de noticia de última hora. Interrumpieron el reportaje y en las pantallas se veía como el ejército mexicano se movilizaba, como si fueran a invadir a un país.

— México le ha declarado la guerra al narcotráfico — decía el presentador de las noticias.

Campbell, sonrió, ahora que estaría tramando el heredero de Don German, claro con la ayuda del gran senador Portillo. Lo que sea que fuere no presagiaba cosas buenas para el pueblo mexicano. Siempre escuchaba eso de que todos los pueblos tienen al gobernante que se merecer. Él no estaba de acuerdo. Siempre había creído que el gobierno, siempre estaba en deuda con el pueblo, ya que el pueblo, era más noble, más fuerte y siempre era el que sacaba a flote las pendejadas de sus gobernantes.

Después de las imágenes del ejército mexicano, salía un comunicado de que el presidente de la nación mexicana iba a dar una conferencia de prensa. Apagó la tele. No quería saber más. Ya tenía planes para ese día y no dejaría que nadie lo arruinara. Había decidido ir al cine. Ese día se estrenaba una película donde salía su gran amor Platónico. Salma Hayek.

En ese mismo instante, Abigail, se encontraba en un programa de farándula, en vivo. Era el programa más importante en Estados Unidos. Estaba promoviendo su primera novela, hecha en ese país, aunque ella era muy bien conocida por sus novelas que pasaban en ese canal. La novela que estaba promocionando era muy especial ya que sería su primera novela en su totalidad, en los Estados Unidos. Donde se había mudado unos meses atrás.

Aunque había llegado a ese país muy entusiasmada, al poco tiempo se empezó a sentir desilusionada, ya que a su parecer llegó hacer lo mismo que en México y por si fuera poco también notó que no había mucha diferencia en cuanto a los favores que había que hacer para agarrar un protagónico en esa cadena de televisión. Aun así, se dijo que se daría la oportunidad de trabajar muy fuerte para lograr llegar a Hollywood.

La estaban entrevistando, cuando interrumpieron la programación para dar la noticia de que el ejército mexicano le había declarado la guerra al narcotráfico, por órdenes del nuevo presidente.

Tanto sus entrevistadores como ella, se quedaron sentados en el set, donde hacían el programa, viendo los tanques de guerra y camionetas militares, desfilando por las avenidas principales de la capital mexicana. Después salía el presentador diciendo que el presidente de México en unos instantes daría una conferencia de prensa.

El Shaggy se encontraba, junto con sus mejores hombres reunidos. Apenas le avisaron al Shaggy de las intenciones del gobierno mexicano, éste empezó a tratar de comunicarse con todos los carteles de México, para unir fuerzas, menos uno. Y es que no había que ser muy inteligente como para saber qué cartel no iba a ser tocado por el ejército mexicano. El cartel del Camaleón.

Cuando se comunicó con sus rivales y que ahora los unía un problema en común. Les dijo que eso se iba a poner feo y que no iban a correr, al contrario, le darían la bienvenida al ejército. Pero mientras llegaban, ellos iban a darles a entender que no iba a ser fácil pelear con ellos. Así que llegaron a un acuerdo de atacar inmediatamente las fuerzas del orden más vulnerables. Las estaciones de policía serían atacadas inmediatamente.

El Shaggy ordenó mucha comida y que mantuvieran prendida la televisión para ver que tenía que decir el payaso mayor que representaba el poder en México. Mientras veía la tele el Shaggy pensó en su amigo el Camaleón. Como era posible que se vendiera muy barato. Los narcos no trabajan para el gobierno, el gobierno trabaja para el narco, pensaba.

Mientras tanto el Camaleón y algunos de sus hombres más importantes, se encontraban en Cuernavaca, en una de sus casas de seguridad. Aunque se sabían a salvo, no escatimaban en seguridad. Así que nadie que no fuera el detective Huerta, sabían en donde se encontraban. Las cosas se iban a poner feas, pero después de que el ejército hiciera sentir su poder. Entonces el tomaría el mando del cartel y todos aquellos que quisieran trabajar, tendrían que rendirle cuentas a él y a su cartel.

A esa misma hora el general Briseño y el senador Portillo se encontraban juntos en la amplia oficina del primero, esperando el comunicado del presidente de la república. El senador se sorprendió al trabajar con el general, éste lo recibía siempre con extremo respeto. Esto hizo que se llevaran muy bien. Esa confianza había hecho que el senador Portillo le contara una anécdota que nadie sabía.

Cuando el senador Portillo llegó a la oficina del general, éste tenía puesto la radio en la estación que le gustaba escuchar. Apenas empezó a escuchar la música, supo inmediatamente que la canción era “Love Street” del grupo The Doors.

♪♪ She lives on love street ♪♪

♪♪ Lingers long on love street..... ♪♪

— Sabes que yo conocí a Morrison — dijo el senador, apenas terminó la canción.

— ¿En persona?

— Sí — contestó — Era chaval y había ido de vacaciones a Miami

El general se acomodó en su asiento mientras escuchaba al senador.

— Era en el año setenta y él se encontraba en Miami. Tenía un problema con la ley. Según lo acusaban por masturbarse en uno de sus conciertos allí.

— Se de ese incidente — interrumpió el general —. Lo escuché o leí en algún lado

— Bueno pues, él estaba yendo a juicio — reanudó su relato el senador —. Anduve con él y con algunos más. Había un artista cubano que tocaba los timbales y las maracas muy bien y se divertía mucho con él.

— Pero ¿usted habló con él?

— Si, aunque como estaba siendo enjuiciado, no tomaba nada de alcohol ni mucho menos alguna droga. Aun así, estaba medio loco y se divertía como un enano. Anduvimos con él varias noches, hasta que nos separamos y jamás lo volví a ver en vivo.

— Que gran anécdota — dijo el general, viendo una especie de brillo en el rostro del senador —. Me alegro por usted. Bien dicen que recordar es volver a vivir. Me siento emocionado, aunque no me pasó a mí.

El senador Portillo sonrió al ver que el comentario del general era sincero. Algo en la pantalla del televisor hizo que prestaran atención. El presidente de la república se preparaba para su rueda de prensa.

— Queridos compatriotas — empezó el discurso del presidente —. Mexicanos y mexicanas, hoy eh tomado la dura decisión de combatir a la minoría de los mexicanos. Esa minoría que se cree que puede andar extorsionando, asesinando, cobrando impuestos o tarifas a la gente trabajadora. Esa minoría es nada menos la delincuencia organizada. Y para que entiendan muy bien, ya que, si se dedican a eso, es que no son muy buenos pensantes. Les hablo a ustedes. Si a ustedes la peor vergüenza para este país. A ustedes señores narcotraficantes. Los vamos a sacar de nuestros hogares, vamos a limpiar las calles de ustedes, se acabó eso de andar por las calles como dueños de este país. Vamos hacerles saber que este país hay un solo dueño y ese dueño es el estado y si quieren pertenecer a ese dueño, tendrá que ser con las leyes del estado, no acataran otras leyes que no sean las del estado

Mientras el señor Logroño escuchaba y veía al presidente de la nación, a través de una pequeña televisión, que tenía en las viejas bodegas, también escuchaba el ruido de la maquinaria pesada que empezaba a trabajar en las dichas bodegas. Había decidido poner allí sus nuevas oficinas, serían unas oficinas creadas para y por él, así como el nuevo imperio que iba a construir.

Se sentía satisfecho por lo que había logrado hasta ahora. Estaba consiente que aún quedaba mucho trabajo, sin embargo, sabía que lo hecho hasta ese momento no lo podría haber hecho mejor. Veía como el último presidente de la dinastía Rivera, daba su discurso. Un discurso bélico, que traería a ese país muerte, inseguridad, más delincuencia, abusos sobre el pueblo, tanto por parte de la delincuencia organizada, como del ejército.

Todos esos problemas, aunado a la corrupción cada vez más fuerte en los políticos, haría que, en poco tiempo, México fuera un país fallido, que nadie podría arreglarlo, solo él y sus dos grandes socios. El senador Portillo y el general Briseño.

Pero mientras no llegara ese día, él se dedicaría a ser nuevas alianzas, a pensar en que hacer

para agrandar y fortalecer su poder. Una de esas ya lo había hecho, con la ayuda del senador y el general. Ya habían elegido al nuevo y primer presidente de la era Logroño. Éste se trataba de un gobernador del PRI, que estaba más preocupado por su apariencia personal que por los problemas de su estado. Se decía que no era un buen político, pero eso no le preocupaba, para eso tenía al senador Portillo.

En cuanto el general Briseño también le ayudaría. El gobernador era ambicioso, como la mayoría de los políticos. Era casado y la tarea del general era que destruyera ese matrimonio lo antes posible. Eso lo iba lograr haciéndolo de cupido. El general se iba a encargar de presentarle a la actriz Rebeca Acevedo, la cual con el tiempo se casarían y formarían una bonita pareja. Ambos guapos y ambiciosos. Uno representaba los políticos, la otra la farándula, que buena combinación para encantar al pueblo. Los tres poderosos hombres sabían que no tenían que hacer grandes esfuerzos para convencer a estos personajes de los planes que tenían con ellos.

Aunque el señor Logroño deseaba que llegara el día en que su primer presidente llegara a los pinos, trataba de no pensar en eso, ya que como había aprendido, no había manera de forzar el futuro, éste llegaría en el presente. Por lo mientras tenía tiempo para construir ese lugar donde las maquinas se escuchaban. Apagó la tele, aunque el presidente de la nación estaba con su discurso.

Salió a caminar, a ver como sus trabajadores laboraban fuerte para él. Algunos lo veían y alzaban la mano tímidamente, para saludarlo, éste les regresaba el saludo, contento, sin preocuparle nada. Veía como un nuevo reino estaba surgiendo, “su reino”. Sonrió al recordar el mejor poema que allá leído, según él. “El Padre Nuestro”. Realmente le gustaba esa oración, sobre todo donde dice: “Venga a nosotros tu reino”.

Muchos pedían el reino de dios en la tierra, pero muy pocos estaban preparados para recibirlo. Ese no era el caso de él, ya que hacía años que se estaba preparando para recibir ese reino terrenal y ahora que veía como se estaba forjando, difícilmente iba a dejarlo ir y aunque había que trabajar mucho mas para obtenerlo totalmente, eso no lo desanimaba, sino al contrario, tenía días que se levantaba de muy buen humor y decidido con su cometido, que era ser el nuevo amo y señor de México.

Mamá Dolores, estaba sudando. Quien podía culparle de sudar. Cualquiera persona que se encontrara con una pistola en la cabeza haría lo mismo. Luca tenía la mano firme a esa pistola y le había dicho a la madrota que no saldría de ese lugar, sin saber lo que él quería saber.

En el lugar ya hacía, unos cuantos cadáveres y fuera de ese mismo lugar, algunas niñas y niños salían despavoridos, llamando la atención de todos los que pasaban por allí.

Unos instantes después, Luca salía de aquel lugar. No pudo evitar unas lágrimas al pensar la vida que habría llevado su amigo o amiga Pedrito, en ese macabro lugar. No pararía hasta encontrarla. Ya no era aquel joven adicto, ahora era un asesino y usaría todos sus conocimientos para encontrar a su amiga.

AUTOR



JUAN GABRIEL VÁZQUEZ CASTAÑEDA NACIÓ EN PUEBLA, MÉXICO. VIVE EN NEW YORK, ESTADOS UNIDOS. LUGAR DONDE EMPEZÓ A ESCRIBIR Y HASTA EL MOMENTO AH ESCRITO DOS NOVELAS DE FICCION: [MUNDOS COLATERALES](#) Y [VÉNGANOS TU REINO](#). LAS CUALES SE HAN TRADUCIDO AL INGLÉS. [PARALLEL LIVES](#) Y [LET YOUR KINGDOM COME](#) ESTAS OBRAS LAS PUEDEN ADQUIRIR EN: WWW.AMAZON.COM. DONDE TAMBIÉN PUEDEN COMENTAR. TAMBIÉN PUEDEN COMENTAR Y AGREGARSE A SU FACEBOOK: [Pirata JG Vázquez](#)

OTRAS NOVELAS

